

*enrique
menéndez
pelayo*

*memorias de
uno a quien
no sucedió
nada*

Introducción biográfica y notas:

BENITO MADARIAGA



La personalidad de Enrique Menéndez Pelayo se configura en el panorama de los escritores del siglo pasado santanderino como uno de los autores más relevantes, a causa de su fina sensibilidad y la variada producción escrita que le llevó a cultivar diferentes géneros literarios.

Perteneciente a la generación más joven de la llamada Escuela literaria montañesa, su obra le habría proporcionado una mayor consideración de la crítica si no hubiera soportado siempre la competencia que provenía del nombre de su hermano.

Libros suyos como *Poesías* (1886), *Romancero de una aldeana* (1892), *Las noblezas de don Juan* (1900), *La Golondrina* (1904), *Cuentos y trazos* (1905), *Interiores* (1910), etc., gozaron de gran estima en su tiempo.

El libro *Memorias de uno a quien no sucedió nada*, que ahora se reedita, es un delicioso cuadro del Santander de su época, cuya lectura nos transporta a los ambientes de su juventud y nos permite adentrarnos en el entorno familiar de los Menéndez Pelayo, cuya influencia en la ciudad fue decisiva. Pero el lector puede conocer también a través de esta autobiografía muchos curiosos detalles de la vida de su hermano Marcelino, las tertulias y espectáculos del momento y la popularidad de que gozaron los "hijos de Santander". De este libro se ha dicho que es como las hojas secas que guardan un recuerdo y resulta por ello imprescindible como documento informativo que, desde el personaje, trasciende al conocimiento de toda una época del Santander finisecular.

Colección CABO MENOR / 8

Enrique Menéndez Pelayo

MEMORIAS DE UNO A QUIEN
NO SUCEDIO NADA

INTRODUCCION BIOGRAFICA Y NOTAS:

Benito Madariaga

Enrique Menéndez Pelayo

MEMORIAS DE UNO A QUIEN
NO SUCEDIO NADA

INTRODUCCION BIOGRAFICA Y NOTAS:

Benito Madariaga

EDICIONES DE LIBRERIA **ESTUDIO**

SANTANDER 1983

© Ediciones de Librería Estvdio.

Avda. Calvo Sotelo, 21. Apartado 441 - Santander (España)

I.S.B.N.: 84-85429-28-1

Depósito Legal: SA-84-1983

Imprime: GUZMAN

Gravina, 13. Santander

SUMARIO

INTRODUCCION BIOGRAFICA

Influencia y entorno familiar	15
Origen y transformación de la Biblioteca	22
Los estudios universitarios de Marcelino.	29
Los estudios universitarios de Enrique	38
De Madrid a Santander	55
Médico y periodista	61
La obra literaria de Enrique Menéndez.	66
Crepúsculo de unas vidas.	85
Apéndice I	93
Apéndice II	95
Bibliografía de Enrique Menéndez	101
Bibliografía sobre Enrique Menéndez	107
Críticas y referencias periodísticas	113

MEMORIAS DE UNO A QUIEN NO SUCEDIO NADA

Al lector	121
Memorias...	125

Cap. I La revolución del 68.— Tomó parte en algunas de las operaciones de aquel día.— De- clárase quién era la Juana y las hazañas que tam- bién ella llevó a cabo en tan memorable fecha. . . .	127
--	-----

	<i>Pág.</i>
Cap. II Remotos orígenes de la Biblioteca Menéndez Pelayo.	132
Cap. III El juego de la apertura.— Don Alva- ro de Luna, en Santander	139
Cap. IV Memorias escolares.— Una confe- sión heroica.— Cinematógrafo político.— Don Amadeo, veraneando.— Una habanera y una ciu- dadana	144
Cap. V Dos joyas olvidadas.— Siempre cari- tativa.— El colmo del agradecimiento	150
Cap. VI Una corona real y un birrete de doctor.— Señores que dijeron sí.— Papeles inéditos de Menéndez Pelayo.	158
Cap. VII Marcho “sobre” Valladolid.— Un interior.— ¡Zorrilla! o el Poeta.	167
Cap. VIII El hospital de la Resurrección.— Cómo se evita un apodo.— “Clavícula” y otros ca- maradas.— La estudiantina española.— Nuevo pro- cedimiento electoral.	173
Cap. IX Recuerdos literarios.— Dos poetas y un cuentista.— La casa de Cervantes.— El ‘IDILIO’, de Núñez de Arce.— El “terrible laconismo”.	181
Cap. X A Madrid.— Otra casa de Cervantes y otra casa de la Troya.— Más estudiantadas.— Una recepción académica: un rasgo de “El curioso par- lante”	188
Cap. XI Menéndez Pelayo en el “mundo”.— Prosigue la historia del hombre a quien no sucedió nada	196
Cap. XII “A tu tierra, grulla”.— Los “hijos de Santander”: apuntes para un estudio de psicolo- gía colectiva.— La ciudad alegre y confiada.	202
Cap. XIII “Tú lo quisiste, fraile mostén...”.— El cólera del 85.— A buen alcalde, gran párroco.— Una copla bien “sacada”.	210

	<u>Pág.</u>
Cap. XIV Salones santanderinos.— Los teatros de “sociedad” en la Montaña.— Documentos inéditos para su historia.	215
Cap. XV Letras montaÑesas.— “El Atlántico”.— ¡Viva la Reina!.— Otra vez Zorrilla	227
Cap. XVI La lengua de mal camino.— Los dos amigos, o tal para cual.— El cénit de un astro.— Un acuerdo del Consejo de Instrucción Pública.— Opinión de un limpiabotas sobre el asunto	234
Cap. XVII De la catástrofe.— El tío Pepe.— Retrato de una monja.	241

INTRODUCCION

Influencias y entorno familiar

Al escribir Enrique Menéndez el libro en que recogía los pormenores de su vida y la de su hermano Marcelino, enmarcados en el ambiente decimonónico de la época, comienza por sus recuerdos infantiles, cuando tenía seis años, a raíz de los sucesos revolucionarios de septiembre de 1868, que obligaron al General Calonge a tomar la plaza.

Vivía entonces la familia de los Menéndez Pelayo en la Cuesta de Gibaja, donde habían fijado su residencia, previo traslado de la que anteriormente tenían en el número 5 de la calle de los Tableros, donde nació el autor de las *Memoorias* que vamos a comentar.

Constituían la familia, el padre, Marcelino Menéndez Pintado, catedrático entonces del Instituto de Santander, a donde llegó trasladado, procedente del de Soria, en el que había sido nombrado profesor interino de matemáticas en marzo de 1846.¹ En sus años de soltero y en los primeros de matrimonio, a partir de su casamiento en 1851, vivió con el resto de la familia de su padre, Francisco Antonio Menéndez, en el número 22 de la calle de Rua Mayor, de Santander, donde nació el que sería hijo varón primogénito del matrimonio, al que impusieron el nombre de Marcelino.²

1. Véase el expediente completo en Benito Madariaga y Celia Valbuena: *El Instituto de Santander. (Estudio y Documentos)*. (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1971), pp. 180-183.

2. Tomás Maza Solano: *El Diario Montañés*, 19 de mayo de 1956. En la discusión todavía existente sobre el lugar de nacimiento de Menéndez Pelayo nos parece la tesis más acertada la expuesta por Tomás Maza Solano, que es la que aceptamos en este estudio.

Doblaba en 1868 éste en edad a Enrique, nacido en 1861.³ quien por entonces cursaba sus estudios de primaria en la escuela de don Víctor Setién.

La madre, María Jesús Pelayo y España tenía en aquellos momentos cuarenta y cuatro años, uno menos que su marido, y era la encargada del cuidado de la casa y de los hijos, menesteres para los que mostró una especial disposición. No fue, sin embargo, a lo que parece, mujer muy preparada, tal como se desprende de su epistolario, aunque tuvo ese sentido práctico para la vida tan característico de los habitantes del valle de Carriedo, de donde descendía.

No lejos de la Cuesta de Gibaja vivían las dos tías maternas, en el número 2 de la calle Becedo, en la llamada casa del Peso, donde debió residir también su tío Juan Pelayo, célebre médico que llegó a ostentar la dirección de cirugía del Hospital de San Rafael. Era el tío Juan un profesional de prestigio, compañero de tertulia de José María de Pereda y hombre afín a sus ideas tradicionalistas que habían mantenido en sus colaboraciones en *El Tío Cayetano* y en *La Abeja Montañesa*. Se conserva en el Fondo Pedraja una muestra de la poesía de carácter festivo y satírico, publicada principalmente en los citados periódicos.⁴

El pequeño Enrique comienza sus estudios de bachillerato en el curso de 1869 a 1870. Cuando asiste por primera vez al Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, del que su padre era ya catedrático en propiedad desde 1852, su hermano Marcelino estudiaba el cuarto curso, por lo que coincidieron juntos dos años ambos hermanos. Según se desprende de la "Hoja de Estudios" de Enrique, fue un buen

3. Nacido el 8 de diciembre de 1861, fue bautizado el día 12. (Vid. partida bautismal, folio 276, libro 56).

4. *Poesías de D. Juan Pelayo coleccionadas por D. Eduardo de la Pedraja*. (Santander, 1886). Copia manuscrita. Biblioteca Municipal de Menéndez Pelayo. Fondo Pedraja. Ms. 16.

alumno, con un expediente destacado y premio en todas las asignaturas, menos en Física y Química, y un accesit que le concedieron en Francés. Con todo, no alcanzó la altura y brillantez de su hermano mayor. En tanto Marcelino fue un ejemplo claro de alumno superdotado, con una inteligencia privilegiada, una memoria envidiable y una gran confianza en sí mismo, Enrique no pasó de ser un alumno estudioso, caracterizado por tener, como su hermano, una gran limpieza ética, aparte de un respeto social acentuado y una bondad derivada de la blandura de su carácter. Lo que en Marcelino es agresividad y vitalidad instintiva, en Enrique se sustituye por timidez y fragilidad de carácter. Tal como él mismo se retrata, era entonces un niño alegre, guapo e inquieto y, a la vez, tímido, soñador e idealista.⁵ Hombre bueno e inteligente, su falta de equilibrio psicológico, que le hizo ser un enfermo de neurosis, le inclinaron ya de mayor hacia la poesía y la pasividad.

De esta primera época infantil se conserva una carta suya de felicitación a su abuela, en la que candorosa e ingenuamente le promete hacerlo mejor para el año que viene.

Los dos hermanos se quisieron mucho y se ayudaron mutuamente, sintiendo Enrique una profunda admiración hacia Marcelino. Sin embargo, eran ambos muy diferentes, como hemos visto, incluso en el gusto y forma de vestir y en su comportamiento en las relaciones sociales.

Ocuparon un plano más apartado los otros dos hermanos, María Jesús, la más mimada de la familia, a la que pronto perdieron en su trato al ingresar como monja profesora de clausura, y el pequeño Agustín, que nació subnormal, y murió relativamente joven.

Marcelino ya desde muy niño, ofreció muestras de precocidad intelectual, por lo que sus condiscípulos en la es-

5. Véase, en parte, su personalidad reflejada en el cuento "Retrato de hombre" en *Cuentos y trazos*. (Madrid, Biblioteca "Patria", 1905), p. 119.

cuela de don Víctor Setién y luego los del bachillerato y los de las clases de Ganuza le consideraron "un fenómeno" o prodigio.⁶ A los doce años, tal como nos cuenta Enrique en sus *Memorias*, es cuando participa en el concurso establecido por *La Abeja Montañesa*, en el que ofreció la solución exacta al problema planteado. La madurez de su carácter y su sentido de responsabilidad hicieron que llegara incluso a sustituir a su padre en las clases particulares de matemáticas y le llevaron a frecuentar la compañía de personas mayores. Para entonces Marcelino es un lector infatigable y como todos los niños precoces tiene la tendencia al aislamiento, al alejarse de sus condiscípulos, a causa de la discordancia entre la edad real y la mental. No se olvide que a esos años traduce sin dificultad textos en latín de Virgilio y se recrea leyendo la *Historia de Inglaterra* de Goldsmith. Compárense estas lecturas con las de Enrique, que eran las justamente adecuadas a su edad, como los cuentos de "Las veladas de la Quinta", de la Condesa de Genlis; "Historia del señor de la Paliniere" o "Los solitarios de Normandía".

Pero hay otro aspecto que interesa consignar y es la influencia que tuvieron el ambiente familiar y los "injertos psíquicos" de sus profesores en la formación del carácter y, sobre todo, en el mundo de las ideas de ambos hermanos.

En la familia de los Menéndez Pelayo había miembros liberales por la parte paterna y tradicionalista por la materna, sin que sepamos hasta qué punto esta dualidad influyó en la formación ideológica de ambos hermanos. Era la suya la típica familia de clase media, honrada, trabajadora y católica. El padre, como ya hemos apuntado, fue un buen profesor en el Instituto, autor de un *Album geométrico* y de dos libros de matemáticas. Hombre religioso, ostentó el cargo de segundo Hermano mayor de la Real Hermandad de

6. Eduardo de Huidobro: "De la infancia del sabio". *El Diario Montañés*, 19 de mayo de 1913, p. 1.

la Milicia Cristiana, de la que era presidente nato el obispo de la Diócesis.⁷

De carácter un tanto severo con sus discípulos y posiblemente también exigente, aunque menos, con sus hijos, los alumnos asistían temerosos a sus clases sabiendo que la ignorancia de la asignatura o el abandono en la preparación de los ejercicios de matemáticas solían originar en él estados irritables, en los que utilizaba la ironía o el castigo físico, tan de moda en la época. Pero aparte de sus actividades académicas tuvo Menéndez Pintado una especial influencia en la vida pública de la ciudad, de cuyo municipio fue regidor en el año 1885 y parte del siguiente. Enrique, en sus *Memoorias*, recuerda algunas efemérides de aquellos años, como la epidemia de cólera, y traza unas pinceladas certeras del carácter de su padre en esa época.

De estos primeros años juveniles, Enrique nos ha dejado el testimonio de unos juegos que imitaban la ceremonia oficial de apertura de los cursos del Instituto, en el que se encomendó a su padre precisamente el discurso inaugural en el de 1850 a 1851.

El más gracioso suceso de infancia, ocurrido a su hermano en aquellos años, es el de la cabeza decapitada de don Alvaro de Luna, que expusieron unos feriantes a la curiosidad de los santanderinos. La erudición del joven Marcelino, cuenta Enrique que puso en un grave aprieto a la cabeza parlante de don Alvaro, incapaz de contestar a las difíciles preguntas del muchacho.

Otro recuerdo que dejó huella en su espíritu infantil fue la llegada a Santander en 1872 del rey Amadeo I, suceso que ocupó la atención de los santanderinos durante los días en que el ejército y el monarca residieron en la capital. Durante esos días don Amadeo participó en una serie de actos oficiales como fueron la visita a la Fábrica de Cigarros y a la

7. Cfr. *El Aviso*. Santander, 10 de enero de 1893.

Casa de Caridad, la inauguración de la Exposición de Ganados y la recepción a bordo del vapor "Chimborazo".⁸

El rey, hábil nadador, tomó los baños en la playa y asistió al baile de gala en su honor celebrado en el Casino del Sardinero. Por entonces un escritor, visitante también de la plaza durante el verano, Benito Pérez Galdós, sería testigo igualmente de aquellas jornadas del monarca en Santander, de las que dejó un testimonio en el Episodio Nacional que lleva el nombre de este rey.⁹ También Amós de Escalante dedicó un pasaje de un libro suyo a la simpática y gallarda figura de este rey de la Casa de Saboya, al que Enrique Menéndez recordaba con su casaca cruzada y pantalón blanco, con el uniforme de gala de marino que sustituía con gran facilidad por el traje de baño.

Su abdicación dio paso, como se sabe, a la República, que tuvo en nuestra capital una exaltada figura femenina evocada por Enrique en su libro de memorias. Se trataba de una cigarrera llamada Agueda Montes, conocida por "La Republicana", a la que el pueblo cantaba una tonada alusiva a sus sentimientos liberales.

Aparte de estos recuerdos de las efemérides históricas más sobresalientes, que marcaron su niñez, y de algunas anécdotas de la época escolar, no nos cuenta Enrique con excesivo detalle esa primera etapa de su vida, tan importante para poder esclarecer su trayectoria futura. Desde 1869 a 1875 estudia el bachillerato en el Instituto de aquella típica calle de Santa Clara, con sus antiguos mesones a la derecha de su entrada, de los que perduraron bastante tiempo las argollas de hierro, donde dice José Simón Cabarga que ata-

8. *El Chimborazo* era un correo del Pacífico que hacía línea a Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso, Arica, Islay y Lima. Este correo vapor de 4.000 toneladas y 800 caballos tenía la casa consignataria en el Muelle, 32, de Santander.

9. Véase el cap. XXII de *Amadeo I.* (Madrid, Alianza-Hernando, 1890), pp. 162-168.

ban las caballerías los trajinantes que se encaminaban al mercado o al puerto.¹⁰ A la izquierda, el que fue antiguo convento convertido en Instituto, mostraba la forma curva del ábside demostrativo de su origen religioso.

Aparte de su padre, fueron profesores suyos Francisco María Ganuza, Víctor Ozcáriz, Orodea y José Escalante. Ninguno de ellos tuvo especial influencia en su carácter o en sus estudios, fenómeno que no ocurrió en su hermano Marcelino, al que las influencias le vinieron fundamentalmente de sus catedráticos. Así ocurrió con su profesor oficial y particular de Latín y Castellano, Francisco María Ganuza, y después en Barcelona con Manuel Milá y Javier Lloréns. Al trasladar su matrícula a Valladolid, otro profesor influyó también notablemente en la formación de Marcelino Menéndez Pelayo estudiante. Este era un paisano suyo, Gumersindo Laverde, con el que intimida a pesar de la diferencia de edades, 39 y 17 años, respectivamente.

A Ganuza debió Marcelino Menéndez su firme vocación por la cultura y lengua latinas, que dominó con profundidad. Sin embargo, su admiración por todo lo referente al mundo clásico estuvo unido inexplicablemente a una animadversión o, al menos, desdén por lo germánico, como cultura competidora de los pueblos meridionales, y a la que consideraba importadora de corrientes religiosas y filosóficas, como la Reforma y el Krausismo, que rechazaba en su fuero interno de estudioso y defensor del catolicismo. Habrían de pasar años para que el erudito montañés se interesara por la cultura alemana, aprendiera el idioma y estudiara a Heine, con el que llegó, según sus propias palabras, a reconciliarse.

Los dos catedráticos de la Facultad de Letras de Barce-

10. Vid. José Simón Cabarga: "El Instituto de Santa Clara" en *M. Menéndez Pelayo. Antología de Escritores y Artistas Montañeses*, 47 (Santander, Impr. Moderna, 1956), p. 53.

lona consolidaron, a su vez, la personalidad del joven estudiante santanderino sin modificar fundamentalmente sus creencias y evitaron que cayera de la órbita krausista o escolástica. "Allí aprendí —diría años más tarde— lo que vale el testimonio de conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía".¹¹

El conocimiento de la personalidad de Gumersindo Laverde y de la correspondencia mantenida con su discípulo resulta imprescindible para evaluar la influencia ejercida sobre su joven corresponsal, al que incitó a mantener la célebre polémica sobre la Ciencia española y del que aprovechó su disposición antikrausista para que interviniera en contra de ellos y fueran incluídos en el libro de los *Heterodoxos*, facilitándole incluso los datos biográficos de las principales figuras.

Finalmente habría que citar a Juan Valera, quien en seguida se percató de la valía de aquel estudiante santanderino al que califica de "portentoso joven". Fue éste quien le introdujo en el mundo aristocrático e intelectual de Madrid y quien posiblemente le contagió, no poco, su mentalidad liberal que se advierte fundamentalmente en la trayectoria de la llamada segunda época del polígrafo santanderino.

En Enrique Menéndez esa influencia vendrá, como luego veremos, de sus compañeros de Facultad y después de sus amigos y familiares santanderinos.

Origen y transformación de la Biblioteca

Enrique Menéndez nos ha dejado en este libro de *Memorias* las primeras referencias a la biblioteca infantil de su hermano, que el propio Marcelino en sus comienzos, en

11. Cfr. El Dr. D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza Literaria) en t. V. de *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria*. (Santander, Aldus, 1942), pp. 134-137.

1868, llamó con mayor propiedad librería, cuando el catálogo se limitaba a un total de veinte obras con treinta y cuatro volúmenes. En los diferentes traslados de domicilio el joven bibliófilo se hizo acompañar siempre de sus libros, que iban aumentando progresivamente. En 1872 su padre manda fabricar una librería con tres cuerpos, dos de los cuales se los reservaba a su hijo donde, según sus cálculos, podrían caber de 1.800 a 2.000 volúmenes.¹²

Al mejorar las condiciones económicas de la familia, el padre decidió construirse un hotelito en la calle Gravina, en la antigua posesión conocida con el nombre de Refino, y cuyo pliego de condiciones de la contrata se firmó por Camilo Gutiérrez el 15 de junio de 1875.

En estas fechas el padre tiene destinado un lugar para los libros de su hijo, ya conocido por sus aficiones bibliográficas. En 1878 cuenta Artigas¹³ que don Marcelino poseía "cinco estantes de seis tablas cada uno" y en 1885 el propio Menéndez Pelayo le confiesa a Laverde tener una biblioteca de ocho mil volúmenes. Con el tiempo este número se incrementó de tal manera, por compras y donaciones, que la familia se vio obligada a ampliar en 1892 la primitiva biblioteca construyendo un pabellón en el jardín que limitaba por los costados con la calle Gravina y con una huerta de Simón González. El arquitecto Atilano Rodríguez hizo los planos de la nueva biblioteca, así como el presupuesto de las dos plantas. El contrato de la obra, por un coste de 16.758 pesetas, se firmó en abril de ese año, comprometiéndose a terminarla en un plazo de cinco meses. En el pliego de condiciones se indicaba así la clase de obra: "A la explanación

12. Marcelino Menéndez Pelayo: *Epistolario*. (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982), I, p. 17.

13. Miguel Artigas: "La Biblioteca de Menéndez Pelayo" (Santander, Imp. F. Fons, 1916). Véase igualmente: "D. Enrique, bibliotecario". *Bol. Bibli. Menéndez Pelayo*, núm. 4, julio-agosto 1921, p. 215.

del terreno se dará la extensión horizontal y superficial necesaria para emplazar el ensanche de la actual biblioteca, ampliando por el Sur dos metros y por el Este el terreno que ha de ocupar el patio colindante con la propiedad vecina".¹⁴ En diciembre de 1893 se pagaron las facturas por obras en el jardín de la biblioteca, alcantarillado de la calle del Rubio, blanqueo del cuerpo bajo de la biblioteca, retejado, colocación de una estufa, etc. Estas obras de acabado duraron prácticamente un año, desde el 12 de diciembre de 1892 hasta el 10 de diciembre de 1893, y se continuaron al año siguiente con diversos trabajos en el jardín, en la acera de la calle Gravina y en la misma biblioteca, que volvió a pintarse, así como las verjas de entrada.¹⁵

En 1910 se realizaron de nuevo obras en la Biblioteca por orden de Marcelino a su hermano, y se encargó a un carpintero presupuesto para nuevas estanterías y a un albañil el arreglo del tejadillo de zinc del cuerpo primero o antiguo, obras que la dejaron, como le decía después Enrique, "compuesta y limpia como una novia". Por una carta suya sabemos también que la Biblioteca estaba asegurada.

La construcción de una biblioteca propia y adecuada fue una necesidad en Menéndez Pelayo y no es exagerado decir que se convirtió en el santuario de la casa y en el lugar más respetado por toda la familia. Estas aficiones bibliográficas fueron también en él de una gran precocidad, ya que, siendo estudiante en Madrid, se matriculó libremente en la asignatura de Bibliografía que explicaba entonces Cayetano Rosell, en la Escuela Diplomática.

Con dieciocho años, Menéndez Pelayo es un visitante asiduo de las bibliotecas de Madrid, principalmente de la

14. Contrato de ensanche del pabellón biblioteca de D. Marcelino Menéndez en 1892. Documentación inédita de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

15. Obras realizadas por el maestro de obras Luciano Fernández.

Nacional, en la que había ingresado en 1845 Cayetano Rosell como oficial del Cuerpo de Archiveros. Pero, a la vez, consulta en los viajes a su ciudad natal los documentos de Eduardo de la Pedraja, referentes a la provincia de Santander, y frecuenta las bibliotecas del Marqués de Casa-Mena y de Fernández de Velasco. A primeros de 1876 don Marcelino aspiraba al profesorado o a realizar las oposiciones de Archivos y Bibliotecas con destino, a ser posible, en la Biblioteca Nacional. Fermín Caballero consultó, en este sentido, con Magín Bonet y Cayetano Rosell la posibilidad de que ingresara, en la primera ocasión, en el Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios.¹⁶ Al año siguiente Leopoldo Eguilaz le escribe a Marcelino preguntándole concretamente por sus futuros deseos profesionales de colocarse como becario en el extranjero, en un puesto *decente* en la Biblioteca Nacional o en el profesorado.¹⁷

Su fama en estos años como bibliófilo es reconocida en Madrid, a pesar de sus años mozos, y hombres como Posada Herrera, el Marqués de Valmar y el mismo Cánovas tienen ocasión de comprobar la erudición del joven santanderino. Posiblemente el dato más impresionante de su capacidad retentiva, en cuestiones de libros, es la manera como mantuvo, desde el extranjero, parte de la "polémica sobre la Ciencia española", sin tener a mano los innumerables libros raros que citaba.

Después fueron llegando a Santander cajones y paquetes de libros con los que el erudito fue completando las diversas secciones de aquella privilegiada y selecta biblioteca particular, a costa muchas veces de enormes sacrificios. Cuenta al respecto su hermano Enrique cómo muchas veces se quejaba el sabio del precio elevado de algunos libros raros

16. Carta del 5 de enero de 1876. Cfr. Marcelino Menéndez Pelayo: *Epistolario* (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982), t. I, pp. 382-83.

17. *Ibidem*, p. 284. Carta del 12 de febrero de 1877.

que le ofrecían. Enrique, conociendo su afición a ellos, le animaba siempre a comprarlos, recordándole que no tenía hijos.¹⁸

En esta biblioteca tenía don Marcelino su despacho en el ángulo S. O. del edificio y se componía de una mesa de escritorio con su sillón, la estantería con libros y documentos y un sofá al lado de la mesa donde descansaba cuando en sus últimos años le invadían la fatiga y el dolor. "El maestro se sentaba a trabajar de espaldas a la puerta de una galería que daba al jardín; a su lado izquierdo se abría otra ventana sobre la calle Gravina".¹⁹ El decorado de las paredes estaba formado por un retrato de su maestro Milá y Fontanals, una reproducción de Jovellanos, según Goya, y el retrato del colombiano Rodrigo Caro, tres símbolos de la literatura hispánica. Este despacho se conservó y todavía puede admirarse en el actual edificio, construido después de su muerte.

Al fallecer dejaba Menéndez Pelayo en su Biblioteca 45.000 volúmenes. Constaba ésta de tres naves, con dos mesas de nogal en el centro rodeadas de estantes abarrotados de libros. Las obras más importantes estaban en la sala del Sur, donde se guardaban los códices; en la nave central tenía todos los libros referentes a literatura, incluída la colección de autores griegos que le regalaron sus amigos de Santander, y en la del Norte guardaba las revistas y los libros menos interesantes. Según Enrique,²⁰ en los últimos años se preocupó mucho del fondo referente a teatro.

Su padre fue el primer bibliotecario, al que sustituyó Enrique, del que dice Artigas que era el encargado de ordenarle los papeles a su hermano, recordarle las citas con personas y limpiarle la mesa, destruyendo las pruebas y notas

18. X: "En la Biblioteca de don Marcelino". *La Atalaya*, Santander, 14 de junio de 1913, p. 1.

19. *Ibidem*, p. 1.

20. *Ibidem*, p. 1.

inservibles. Enrique fue, pues, como un ayuda de cámara de Marcelino y el que hizo, viviendo todavía éste, el primer catálogo de la nave central. Después le ayudaron Lomba, Huidobro, Enrique Vial y Campos Corpas. A los ocho meses tenían, por lo visto, catalogados treinta mil volúmenes.²¹ Esta labor se vio completada después por la catalogación de libros y documentos efectuada por Miguel Artigas.

La idea de dotar a la Biblioteca de Menéndez Pelayo de un edificio nuevo, después de su muerte, surgió, curiosamente, con motivo de la reunión celebrada en Buenos Aires en homenaje al polígrafo por la Asociación Patriótica Española. Se acordó entonces costear por suscripción pública, entre argentinos y españoles, el nuevo edificio y crear, a la vez, una cátedra en Buenos Aires para explicar la presencia cultural de España en América.²² La iniciativa fue acogida favorablemente por José Ramón Lomba y Pedraja y se unió a ella con su indiscutible autoridad Carmelo de Echegaray, quien puso únicamente como condición que el edificio estuviera independiente de otras bibliotecas y fuera adecuado y digno, según requieran las circunstancias. También "Pedro Sánchez" apoyó la iniciativa de sus colegas.²³

El proyecto del nuevo edificio pasó todavía por una serie de vicisitudes y necesitó el estímulo de la prensa, hasta que la llegada a Santander de Miguel Artigas, primer director de la Biblioteca, resucitó de nuevo la polémica²⁴ y de-

21. *Ibidem*, p. 1.

22. "En honor de Menéndez Pelayo". *La Atalaya*, 12 de julio de 1912.

23. José R. Lomba y Pedraja: "La Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander". *La Atalaya*, 22 de mayo de 1912, p. 1; "Pedro Sánchez": "La Biblioteca de Menéndez Pelayo". *La Atalaya*, 16 de julio de 1912; Carmelo de Echegaray: "La Biblioteca de Menéndez Pelayo". *La Atalaya*, 19 de julio de 1912, p. 1.

24. Véase para más detalle el estudio de Manuel Revuelta: "La Biblioteca de Menéndez Pelayo". *Bol. Bibl. de Menéndez Pelayo*, núms. 1-4 (1979), pp. 262-271.

cidió el resultado al alegar el estado deplorable del inmueble. Creada una comisión, se encargaron las obras al arquitecto montañés Leonardo Rucabado, quien el 2 de diciembre de 1916 presentaba un primer contrato como arquitecto director de las obras de reforma de la Biblioteca de don Marcelino, de las que sería el contratista Alberto Corral. En mayo de 1917 formula su propuesta para la restauración y reforma del edificio, propiedad entonces del Excmo. Ayuntamiento, cuya ejecución se compromete a llevar a cabo en ocho meses. Las ayudas del Ayuntamiento, la Diputación y el dinero obtenido por suscripción y procedente de América, hicieron posible su ejecución. Rucabado, en numerosas cartas dirigidas a Luis de Escalante, apuntó sus ideas sobre la fachada en piedra de la Biblioteca, los temas de la cristalería central de la sala y otros detalles.²⁵ La reja se le encargó a la herrería de Floro Mogro, de Castro Urdiales. Sin embargo, Rucabado moriría en octubre de 1918 sin ver concluida aquella joya de arquitectura renacentista que había creado para servir de marco adecuado a una de las bibliotecas más importantes de España.

Después de la muerte de don Marcelino, su hermano y la Sociedad de Menéndez Pelayo ampliaron el cometido de fomento de su obra cultural y de la conservación de los recuerdos del polígrafo santanderino. Así, en 1916 Enrique suscribe una adición al contrato formulado por su hermano y Victoriano Suárez para la publicación definitiva de las obras completas.

Por su lado, Francisco Laiglesia había propuesto a la Academia de la Historia, al desaparecer su usuario, que se conservaran las habitaciones que había ocupado, y se colocara en su despacho una lápida conmemorativa.

25. Existe en el archivo Personal de Enrique Menéndez una serie de cartas inéditas de Leonardo Rucabado, referentes a la construcción de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

A su vez, la Sociedad de Menéndez Pelayo adquirió, en abril de 1935, la casa en que vivió y murió don Marcelino, obligándose a pagar a la viuda de Enrique Menéndez, María de Echarte, una pensión anual de seis mil pesetas por todos los días de su vida. La casa fue inaugurada oficialmente el 25 de agosto de este año con asistencia de Gil Robles, ministro de Guerra a la sazón.

En enero de 1945 la Sociedad escribió a los herederos de don Francisco Macho y García de los Ríos, propietarios de los terrenos que lindaban con las Bibliotecas de Menéndez Pelayo y la Municipal, con el fin de adquirir los terrenos que permitieran agrandar estos edificios. Todavía en 1956, con motivo de los actos conmemorativos que se celebraron en honor de Menéndez Pelayo, se acordó reparar previamente su casa solariega, que a partir de entonces quedó convertida en museo.

Los estudios universitarios de Marcelino

Cuando Pérez Galdós inicia sus veraneos en Santander, en 1871, Marcelino Menéndez Pelayo, con sólo 15 años, se preparaba para sus estudios en la Universidad de Barcelona. Es entonces, según un retrato, prácticamente un adolescente, con pelo corto y al que todavía no le ha asomado el bozo. Pero es su mirada, una de las características personales que no cambia con los años, la que denota su fuerte personalidad. Un amigo de su padre, José Ramón de Luanco, catedrático de Química en aquella Universidad, fue su tutor y también una de las personas que, de alguna manera, influyeron en el carácter del joven Marcelino, al que instruyó en el campo de la bibliografía científica. Ya para entonces el joven estudiante escribe y traduce poesía y va a confrontar su personalidad con los estímulos para él bien atractivos del mundo universitario. En Barcelona Marcelino se relaciona con sus profesores que, como ya hemos dicho, le dejaron

una profunda huella en su preparación, y tiene también allí sus primeras amistades estudiantiles.

Desde Barcelona se escribe con su hermano Enrique, que ese año obtenía sobresaliente en Retórica y Poética en el Instituto, con Víctor Ozcáriz, quien definía la poesía de una manera bien curiosa, comparándola con una nuez, de la que decía que "el casco es el metro de los versos, y los granos el corazón".²⁶

Ese verano de 1872, como hemos dicho, llega Amadeo I a Santander y al curso siguiente vuelve Marcelino por segunda vez a Barcelona, donde estudia Literatura Griega, Historia Universal y Lengua Hebrea. En este curso es cuando proyecta su futura obra *Biblioteca de Traductores Españoles* y se estrena en una velada pública hablando sobre Cervantes.

La situación política del momento a causa de las guerras carlistas decide a la familia a trasladarle la matrícula a la Universidad de Madrid. También aquí, en el curso 1873-74, Marcelino Menéndez va a encontrar profesores que luego tendrán especial resonancia en su vida futura, como son Castelar, Salmerón, Camús y Bardón. En esos momentos la influencia krausista en la Universidad de Madrid se hace sentir considerablemente y resulta curioso cómo desde el principio Marcelino se muestra refractario a esta escuela filosófica, no sólo por sus creencias, sino también a causa del lenguaje abstruso de Salmerón. Ni siquiera personalmente Marcelino admira a quien había dado una lección de ética y moral retirándose voluntariamente de la presidencia de la República por no firmar unas penas de muerte. No deja de ser curiosa la diferencia de criterios que Menéndez Pelayo y Bartolomé Cossío ofrecieron de Salmerón como profesor. Ambos eran hombres honrados, ecuanímenes e inteligentes y,

26. Carta de Enrique del 13 de marzo de 1872 en *Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo*. (Santander, C.S.I.C., 1954), p. 1.

sin embargo, mientras el primero recordaba aquellas clases con la angustia de quien sale de un profundísimo sepulcro, el segundo asiste gustoso en 1885 a sus explicaciones de metafísica y repite su asistencia en 1887 y 1888 como oyente.²⁷

Por esta razón se sospecha que hubo además unos motivos ideológicos que explican la incomprensión entre Salmerón y Menéndez Pelayo. El segundo ya frecuentaba entonces los grupos llamados neocatólicos, nada afines a los de los krausistas. Este año de 1874 Menéndez Pelayo mantendrá también su primera contienda contra uno de ellos al dar un duro varapalo —de “invectiva feroz” la califica el propio interesado— a Manuel de la Revilla en un artículo escrito en junio de ese año por el joven Marcelino y remitido a la revista *Miscelánea Científica y Literaria* de Barcelona.

Salmerón y Revilla fueron los orígenes de una reacción bien patente luego, en el curso de su vida, de Menéndez Pelayo contra los krausistas, reacción en la que Gumersindo Laverde obró como poderoso catalizador.

Tampoco Marcelino tendrá muy buena opinión de Castelar, otro de los profesores republicanos, por su falta de puntualidad y por dejar las clases en manos de profesores sustitutos.

Con los restantes profesores, Alfredo Adolfo Camús y Lázaro Bardón, tuvo una relación muy desigual, a pesar de ser los dos excelentes maestros de sus asignaturas. Marcelino frecuentó más las clases del primero; sin embargo, reconoció que su verdadero maestro en griego fue Bardón, aunque sólo le dio aprobado en la asignatura.

27. Véase el prólogo de Julio Caro Baroja al libro de fragmentos de Manuel B. Cossío, *De su jornada*. (Madrid, Aguilar, 1966), p. IX. En el caso de Menéndez Pelayo puede verse su opinión de Salmerón en la curiosa y extensa carta a Antonio Rubio y Lluch del 30 de mayo de 1874, existente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo y publicada en el t. I de su *Epistolario*, pp. 78-80.

Sánchez Reyes ofrece una explicación muy simplista alegando que el joven estudiante prefería las clases del primero, para lo cual se ausentaba de las de Bardón.²⁸ Suponemos que el distanciamiento de Menéndez Pelayo de este excelente profesor, que además era clérigo, se debería a la simpatía que tenía Bardón por el krausismo, razón por la que había sido expedientado en 1867, por el ministro Orovio, en compañía de Fernando de Castro y Nicolás Salmerón.²⁹ No se olvide tampoco que Lázaro Bardón tuvo de sustituto en la cátedra de griego a Valeriano Fernández Ferraz, discípulo íntimo de Sanz del Río.

Fue también Bardón uno de los contados sacerdotes que asistió a la muerte de éste a rendirle homenaje en el cementerio civil.³⁰

Años después ni Camús ni Bardón acudieron a la toma de posesión de la cátedra de Menéndez Pelayo.

Galdós, alumno también de los dos, los recordaba con cariño y se sintió, por el contrario, muy atraído por sus enseñanzas y por la fuerte personalidad de ambos profesores.³¹

En estos momentos en que Menéndez Pelayo es todavía un estudiante, produce asombro su enorme erudición bibliográfica, para la que tiene una predisposición especial de memoria, paciencia y una fuerte voluntad de trabajo.³² Marcelino asistía entonces a las tertulias de los viernes en

28. Enrique Sánchez Reyes: *Don Marcelino, biografía del último de nuestros humanistas*. (Santander, Aldus, 1956), p. 104.

29. F. Díaz de Cerio: *Fernando de Castro, filósofo de la Historia* (León, Centro de Estudios e Investigación "San Isidoro", 1970), pp. 84 y 102.

30. José Pérez Vidal: "Anticipo de la polémica sobre la ciencia española". *Hispania*, t. 41 (1981): 49.

31. Jacques Beyrie: *Galdós et son mythe*, t. 1. Tesis doctoral de la Universidad de Toulouse, 1980, p. 129.

32. *Epistolario*, I, p. 65.

casa del Marqués de Pidal. Magín Bonet, amigo de su padre y catedrático de Química en Madrid, le presentó en estas reuniones donde ya se hablaba con admiración de aquel joven de portentosos conocimientos. Pero frecuenta además la dirección de la revista *España Católica*, hace lecturas de poemas suyos, gana un concurso y prepara el material para su "Ensayo de una biblioteca de traductores españoles".

Su incompatibilidad con don Nicolás Salmerón, que quería hacer repetir curso a todos los alumnos, tal vez con el propósito de atraerlos a la causa krausista, le obliga a trasladar a Valladolid la matrícula de esa asignatura, negándose, por el contrario, a utilizar cartas de recomendación en su favor.

Bajo este estado de ánimo antikrausista escribe en la citada revista *Miscelánea* de Barcelona el duro ataque contra Manuel de la Revilla, al que ridiculiza y del que demuestra sus equivocaciones en un tono áspero y duro en la forma, como confesaría después el propio Menéndez Pelayo.³³

Era Manuel de la Revilla entonces una de las figuras prestigiosas del Ateneo de Madrid, al que no acudía, por cierto, Menéndez Pelayo, y además crítico literario, poeta y autor del libro titulado *Cartas inéditas de don Julián Sanz del Río*.

Las noticias que le llegan de sus amigos y protectores a Marcelino, después de sus exámenes, están llenas de alusiones contra los krausistas y contra Manuel de la Revilla, de cuya madre le cuentan que se había hecho protestante, con gran escándalo en ciertos círculos madrileños. Pero es interesante consignar cómo había una intención polémica premeditada contra Manuel de la Revilla, ya que le fueron remitidos números de la revista, de septiembre de 1874, con el artículo de Menéndez Pelayo, con objeto de que contestara y provocar así la polémica.³⁴

33. *Ibidem*, p. 107.

34. *Ibidem*, pp. 99-101.

En agosto, al regresar Marcelino a Santander, había intervenido en una función homenaje al poeta Eguilaz, donde leyó su composición en verso de arte mayor titulada "Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja".³⁵

En tanto se dispone a dar por terminado el veraneo, inicia su correspondencia con Gumersindo Laverde, quien le proporciona bibliografía para sus trabajos e intercambia con él opiniones.

A partir de ahora Laverde ejercerá en él una especial influencia, incitándole a polemizar contra los krausistas. Sus contemporáneos, incluso sus amigos y admiradores, han subrayado la peculiaridad e importancia de este período de su vida juvenil, de "ímpetu agresivo", como lo llama Marañón, en que es calificado de ultramontano.

Era Laverde un profesor erudito, sobre todo en bibliografía, y hombre de múltiples proyectos que no pudo realizar a causa de su enfermedad.

En la Universidad de Oviedo había obtenido en 1859 la licenciatura en Derecho y en Madrid la licenciatura y el doctorado en Filosofía y Letras. Tres años más tarde consiguió por oposición la cátedra de Retórica en el Instituto de Lugo. En 1871 opositó de nuevo a una cátedra de Universidad en Literatura Latina, permutada después por la de Literatura General y Española, que desempeñó en la Universidad de Valladolid, donde, como hemos dicho, conoció a Menéndez Pelayo en 1874.³⁶ A partir de este momento la amistad entre ambos eruditos se hace íntima y entrañable, y comienza la citada correspondencia. De la lectura de estas cartas se desprende que fue él quien incitó al joven Menén-

35. *El Aviso*, núm. 62 (Santander, 5 de agosto de 1874), p. 6.

36. José María de Cossío: "Gumersindo Laverde Ruiz", *Estudios sobre escritores montañeses*. (Santander, Inst. Cultural de Cantabria, 1973), II, pp. 385-414. También se publicó su semblanza por "Pedro Sánchez" en *De Cantabria* (Santander, 1892), p. 264.

dez Pelayo a mantener la célebre polémica sobre la ciencia española. Laverde estimula a don Marcelino a contestar a Gumersindo de Azcárate, diciéndole que él está enfermo y no puede hacerlo y que el ataque de éste iba contra el *catolicismo*, lo cual no era cierto en aquella ocasión.³⁷

Su animadversión contra los krausistas es evidente en todo el epistolario y a Laverde se debe también la sugerencia de que sus principales figuras fueran incluidas en los *Heterodoxos*.

En el proyecto autógrafo de la obra existente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo y que data de 1875, aparece la siguiente nota del joven autor: "El plan de estos dos últimos capítulos (los referentes a Sanz del Río y a don Fernando de Castro, etc.) ha sido extendido, en la forma que aquí aparece, por mi doctísimo amigo y paisano don Gumersindo Laverde Ruiz, a quien tanto deben todos mis proyectos, tareas e investigaciones".³⁸ En efecto, pocos meses antes de escribir estas notas, Laverde le había hecho la siguiente propuesta, referente a los personajes que podían incluirse en la obra: "¿No podrían tener cabida en ella Sanz del Río, Castro, don Fernando, y alguno de los protestantes de esta última era, como el pastor (no sé cuantos), que naufragó, poco ha, viniendo de América?".³⁹ A lo que don Marcelino le responde en una de sus posteriores cartas de contestación: "¿Quiere Vd. remitirme el plan de los dos capítulos Sanz del Río y el krausismo y don Fernando de Castro?".⁴⁰

Nada hubiera hecho pensar esta actitud de Gumersindo Laverde, si tenemos en cuenta que unos quince años antes

37. Miguel Artigas: *Menéndez y Pelayo* (Santander, Aldus, 1927), pp. 83-86.

38. *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo 1874-1890* (Santander, Diputación Provincial, 1967), t. I, p. 246, nota 3.

39. *Ibidem*, p. 256. Carta del 5 de octubre de 1875.

40. *Ibidem*, p. 284.

había escrito a Sanz del Río pidiéndole un favor para un amigo y, entre otras cosas, le decía: "Leo con mucho gusto sus artículos filosóficos en *La Revista* y no dejaré de manifestarle con franqueza mis dificultades, siquiera sean de poca importancia. ¡Feliz yo si pudiera consagrar a tales estudios todas mis horas! Pero, qué quiere Vd., no a todos nos es dado seguir nuestra vocación. Daría cualquier cosa por leer en compañía de Vd. las grandes obras de los Filósofos y analizarlos bajo su dirección.

Respecto a Balmes deseo mucho que Vd. se extienda en sus observaciones porque su influencia es grande y no conviene que a la sombra de su reputación se entronquen opiniones erróneas".⁴¹

Ya en 1856 Gumersindo Laverde había mantenido una polémica en la *Revista Universitaria*, a raíz de un artículo suyo en el que proponía la creación de una Academia de Filosofía española que armonizara la tradición nacional con la universal. Pero aparte de esto, Laverde intentaba demostrar entonces la existencia de una filosofía española y aludía por ello al proyecto de una biblioteca de filósofos españoles. A este artículo,⁴² que servía de introducción a una sección sobre Filosofía ibérica, respondió en el mes de abril del año siguiente J. M. Sánchez de la Campa, a quien le parecía bien la idea de crear una academia, pero negaba la existencia de un pensamiento filosófico.⁴³ Al mes siguiente, como réplica a la tesis de Sánchez de la Campa, intervino en la polémica N. Martín Mateos para sustentar la opinión de que España había tenido algunos filósofos de especial

41. Julián Sanz del Río: *Documentos, Diarios y Epistolario* (Madrid, Tecnos, 1969), p. 375.

42. Gumersindo Laverde: "Filosofía Ibérica. Introducción". *Revista Universitaria*, núm. 12 del 30 de diciembre de 1856.

43. *Revista de Instrucción Pública*, núm. 26 del 18 de abril de 1857.

categoría en tiempos pasados.⁴⁴

El artículo a que aludimos de Laverde le sirvió, ampliado, para su segunda defensa de la ciencia española, tal como figura en su libro *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública*, publicado en 1868, donde aparecen los que podríamos considerar precedentes de la polémica menéndezpelayista sobre la ciencia española. Laverde esboza en el capítulo titulado "El plan de estudios y la historia intelectual de España", una valoración de la ciencia española, al ofrecer una relación de nuestros filósofos, teólogos, matemáticos, físicos, cosmógrafos, etc.

André Baron se ha referido en un estudio suyo⁴⁵ a esta primera fase de Laverde en la que colaboró oficialmente con los krausistas desde un puesto destacado en el Ministerio de Fomento.

La mentalidad de este personaje, su oportunismo cuando tanto influían los krausistas en la Universidad y luego su animadversión hacia ellos merecen una consideración mayor que la que esbozamos ahora.

Laverde, pretextando falta de salud, incitó a Menéndez Pelayo a intervenir en el terreno peligroso siempre de la polémica y no tuvo tampoco reparos en pedirle que le hiciera el discurso de inauguración del curso 1884-85, leído en la Universidad de Santiago y publicado después con su nombre, previos ligeros retoques. Pero también supo corresponder entregando a su fallecimiento los datos y apuntes que tenía a su amigo y discípulo.

Si bien hay que reconocer en Gumersindo Laverde su capacidad intelectual, al ser un hombre de grandes lecturas

44. *Revista de Instrucción Pública*, núm. 31 del 23 de mayo de 1857. Para la polémica en su mayor detalle, véase de José Pérez Vidal: "Anticipo de la polémica sobre la ciencia española", *Hispania*, t. 41 (1981): 47-60.

45. André Baron: "Más sobre el krausismo y Menéndez Pelayo". *Bol. de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, núms. 1, 2, 3 y 4 (Santander, enero-diciembre de 1972), p. 109.

y proyectos y no pocos conocimientos, que hicieron posible a su discípulo escribir una obra tan útil como *La Ciencia Española*, también es cierto que fue el culpable de la leyenda negra que se forjó contra Menéndez Pelayo, acusado por sus contemporáneos de intolerante e incluso "de acre y mordaz", como escribió en 1876 el propio Laverde, en la carta-prólogo a *La Ciencia Española*.

Los estudios universitarios de Enrique

En 1877 marchó Enrique a estudiar Medicina a Valladolid. La antigua Facultad estaba instalada entonces en el viejo Hospital de la Resurrección, donde tuvo lugar el conocido coloquio de Cipión y Berganza.

El joven provinciano fue conociendo con el tiempo Valladolid y los innumerables museos, templos y monumentos de la ciudad. Asistió también a las representaciones del teatro Calderón de la Barca, inaugurado en 1864, y al de Lope de Vega, abierto tres años antes. Al joven poeta le fue mostrada la casa del escritor Zorrilla cuando todavía el Ayuntamiento no había colocado en su fachada la placa conmemorativa de su homenaje. También atrajo su atención la Casa de Cervantes, en la calle del Rastro, próxima a un pequeño puente sobre el río Esgueva, donde la tradición señala que había vivido Cervantes en 1605.⁴⁶ En ella tuvo una intervención el joven estudiante, aprendiz también de poeta, con unas décimas donde no salía muy bien parado el Príncipe de los Ingenios.

Cuando tiene dieciséis años escribe en febrero de 1878

46. Para conocer el Valladolid de aquella época y la impresión que producía al viajero puede consultarse la visita a esta ciudad de Edmundo de Amicis, referida en su libro *La España*, publicado en Florencia en 1873. Puede verse también la *Guía anuario de Valladolid y su provincia* (Valladolid, Imp. Castellana, 1927).

unas quintillas tituladas "La Esperanza" que publica al mes siguiente en el número 3 de la *Revista Literaria*. Tal vez sea ésta su primera publicación poética.

No pasó desapercibido su nombre a don Gumersindo Laverde, quien pocos meses después en una de sus cartas a Marcelino Menéndez Pelayo le preguntaba: "En un periódico he visto citado a un Menéndez Pelayo entre los autores de poesías leídas en una sección de la Juventud Católica de Valladolid. ¿Es hermano tuyo?"⁴⁷

Enrique Menéndez nos ofrece una puntual descripción del ambiente literario de Valladolid de aquellos años y de sus principales figuras, algunas vinculadas al mundo santanderino, como Juan Macho Quevedo y Menéndez, nacido en Reinosa; José Estrañi, luego redactor de *La Voz Montañesa* y director de *El Cantábrico*; Juan Campuzano ("Juan Sierrapando"), escritor montañés, igual que Albino A. Madrazo, etc.

El trato con dos jóvenes, también aficionados a la poesía, dejaría un rastro en la futura vocación de poeta de Enrique. Uno era Fidel González Bustamante y el otro Juan Menéndez Pidal. Este último, estudiante de Derecho, que luego perteneció al Cuerpo de Archiveros, fue historiador y poeta. Después fueron Pereda y su tío Juan Pelayo los que habrían de tener especial significación en su vida.

En Valladolid Enrique estudia Anatomía y lee y admira a Zorrilla, "al poeta cristiano y español". Los recuerdos de anécdotas estudiantiles tan graciosas como la del bruto Villalobos, las reuniones y veladas de sus compañeros montañeses, su actuación en el teatro Calderón con unos versos, etc., son otras tantas evocaciones de aquellos tiempos en los que cualquier joven culto soñaba con ser poeta.

Con motivo del éxito alcanzado por Núñez de Arce con

47. Citado por Eduardo de Huidobro: "Bibliografía de Enrique Menéndez". *Bol. Bibl. de Menéndez Pelayo*, núm. 4 (Santander, julio-agosto de 1921), p. 199.

"El Vértigo" y "El Idilio", Enrique comete su primera travesura juvenil, que consistió en una escapada a Madrid con otros dos compañeros para asistir en el Teatro de la Zarzuela a uno de los actos literarios de lecturas públicas de "El Idilio", que tanto impacto produjo en los nacientes literatos. La presencia en la sala de su hermano Marcelino estuvo a punto de descubrir aquella primera salida furtiva del joven Enrique de la casa de huéspedes donde se alojaba en Valladolid.

La estancia en Madrid de Marcelino, que podía vigilarle más de cerca y, sobre todo, la protección y consejo que podía prestarle José Ortiz de la Torre, que llegó a ser después célebre médico, hizo que la familia decidiera enviar a Enrique a la capital de España, para continuar sus estudios. Alojado con Ortiz de la Torre en una posada de la calle Cervantes, refiere el menor de los Menéndez Pelayo algunos graciosos incidentes estudiantiles de aquel momento.

Sus últimos cursos académicos coincidieron, tal como él mismo nos cuenta, con la recepción en la Real Academia Española de su hermano, de cuyo acto nos da una somera descripción en el libro.

Marcelino para entonces había ido cumpliendo puntualmente las metas de su programa de postgraduado. En Madrid realiza el doctorado leyendo su tesis *La novela entre los latinos*.⁴⁸ Después se presentará en competición con Joaquín Costa al premio extraordinario del doctorado, en el que consiguió el premio Menéndez Pelayo, aunque posteriormente se haya puesto en duda que el veredicto fuera justo. Menéndez Pelayo realizó un acopio bibliográfico exhaustivo sobre "Doctrina aristotélica en la antigüedad, en la Edad Media y en los tiempos modernos", pero no desarrolló el tema como Joaquín Costa. Sin embargo, el tribunal le

48. Véase la noticia en la prensa santanderina de *El Aviso* del 15 y del 26 de junio de 1875.

concedió su voto por unanimidad, aunque Costa solicitó después del Rector una revisión de los escritos.

Su nombre era entonces bien conocido en los medios sociales y políticos de la capital. El mayor de los Menéndez Pelayo frecuenta también, como dice su hermano Enrique, “los más aristocráticos salones de Madrid”. En esa época viste con frecuencia el frac, asiste a los bailes y tertulias y conoce a multitud de intelectuales y políticos.

El género que cultiva con más agrado en estos años es el poético, con traducciones del latín y griego, realizadas en gran parte entre 1875 y 1876. Estas traducciones, así como otras del francés, italiano, catalán y portugués, tenían el acierto de ser una inteligente versión española, que corregía y repetía, a veces, en múltiples variantes.⁴⁹

Una parte de esta poesía era amorosa y fue dedicada a su primer amor, posiblemente platónico, una vecina suya llamada Isabel Martínez, a la que canta con el pseudónimo de Belisa, sacado del anagrama de su nombre. En 1878 sustituye este amor, al que califica de “símbolo elegido”, por otro más real que le despierta su prima Conchita Pintado Llorca, una gaditana simpática y salerosa, de la que estuvo muy enamorado el joven Marcelino, si bien el noviazgo no duró mucho, en parte debido al carácter de la madre de la prometida.

Por estos años inicia Marcelino su vida de sociedad, que conoce su mayor intensidad de los 20 a los 25 años. Las principales familias tienen a gala invitarle a sus fiestas y a su mesa. Antón del Olmet y G. Garrafa, Bonilla y el propio Enrique Menéndez han recogido los nombres de algunas de aquellas familias, entre las que se contaban la condesa de Villalobos, las duquesas de Alba, de Sotomayor y de Fernán-Nuñez, la marquesa de Casa-Loriz y los marqueses de

49. Benito Madariaga: “La iniciación poética de Marcelino Menéndez Pelayo”. *Peña Labra*, núm. 19. Santander, primavera de 1976, pp. 22-24.

Molins, de Pidal o de Vallejo. En 1881 Emilia Pardo Bazán le escribe y le recuerda su vida ajetreada en estos términos: "Dígame si sigue usted levantándose a la una, trasnochando hasta las cuatro, haciendo esa vida de perdido que hará que hoy o mañana sus biógrafos de usted se asombren de que haya podido estudiar, escribir y hacer algo tan disipado estudiante".⁵⁰ Ya el año anterior el joven Marcelino había recibido una dura reprimenda de José María de Pereda, quien se lo comentaba después a Gumersindo Laverde en estos términos: "Tal es su vida ordinaria en Madrid. Asombrado yo de conocerla, tuve con él una larga conferencia sobre el particular, y hasta llegué a ponerme serio, hablándole sin miramientos ni contemplaciones. Recibió el sermón con toda la apetecible docilidad, pero sin el menor vislumbre de arrepentimiento. Dice que es desordenado por naturaleza y, sobre todo, que "eso hace Valera", a quien por las trazas ha tomado por modelo".⁵¹ En efecto, Valera, a quien eligió como ejemplo de relaciones sociales, defendió poco después, creemos que con razón, el derecho que tenía un hombre joven, como Marcelino Menéndez Pelayo, a gozar de la vida y divertirse sin abandonar por ello su constante dedicación intelectual. Así, le escribe Valera en carta a don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, prologuista de los *Estudios poéticos* del santanderino: "El señor Menéndez es un mozo de veintidós a veintitrés años, muy estudioso y aplicado, con más trato de libros que de mujeres, y con más afición al estudio que a los deportes; mas no por eso deja de ser joven, deja de ser artista y poeta y deja de amar la hermosura de este universo visible, del cual es compendio y bellísimo resumen la criatura humana, con su alma y con

50. Recogida por Sánchez Reyes en su biografía. Tercera edición del C.S.I.C., *Op. cit.* p. 210.

51. Carta de julio de 1880. Publicada por José F. Montesinos en *Pereda o la novela idilio* (Madrid, Castalia, 1969), p. 298.

su cuerpo, tal como Dios lo ha formado".⁵² Teniendo a Valera por maestro en estos lances no le faltaron a don Marcelino otras mujeres en su vida, a las que dedicó poemas amorios y figuraron en sus cartas con los nombres de Aglaya, Lydia, Corina, Epicaris, etc. Pero, pese a su buena intención y a su buen gusto a la hora de elegir mujeres, estaba dispuesto que Menéndez Pelayo se mantendría en una recalcitrante soltería, lo cual no le vino bien ni a su producción literaria ni a su proceso biológico, porque todavía joven, su estado y abandono le llevaron a una prematura senectud. Por una carta de Unamuno a Pedro Múgica sabemos que a los 39 años se encontraba hecho una ruina, avejentado y con un gran descuido de su persona.⁵³

De esta primera época, a la que se refiere su hermano, el acontecimiento más notable, que le otorgó sin paliativos la admiración de los medios intelectuales, fue su triunfo en la reñida oposición a la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española.

Esta oposición significaba para Marcelino Menéndez el reconocimiento en un puesto oficial digno de su categoría intelectual, pero esta aspiración suya no iba a estar libre de serias dificultades. En primer lugar, perdía la ocasión de concursar al no tener todavía la edad reglamentaria fijada en 25 años. Los amigos de Menéndez Pelayo se movieron entonces para obtener una reforma de la ley que le amparase en lo que él consideraba un derecho, ya que cuando hizo el doctorado no se fijaba una edad límite a los opositores. El 15 de junio de 1878 don Juan Valera le pregunta por la marcha de sus gestiones al decirle: "Escríbame, si sus prepa-

52. Carta de Juan Valera (1878) al Marqués de Valmar. Vid. t. I, *Poesías* de Marcelino Menéndez Pelayo. (Santander, Aldus, 1955), pp. 24-25.

53. *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larrain, 2.^a Edición (Madrid, Rodas, 1972), p. 206.

rativos para las oposiciones lo consienten".⁵⁴ Una vez resuelto este primer escollo era muy importante conocer el tribunal y procurar que no fuera adverso al opositor, teniendo en cuenta que sus competidores protestaron al comprobar que se ampliaba la edad a partir de los 21 años. También este aspecto fue cuidado por los amigos de don Marcelino. El 12 de julio Juan Valera le comunica haberle sido ofrecida la Presidencia del Tribunal de Oposiciones, pero que no se sentía dispuesto a aceptar habida cuenta de sus continuas declaraciones en favor suyo. "Yo he contestado que creo que usted se llevará la cátedra o no hay justicia en la tierra".⁵⁵ Valera, que conocía la valía y erudición de su joven amigo, no dudaba en su triunfo, pero no quería comprometerse públicamente. De aquí que Marcelino le escribe disponiéndole a que aceptara, aún después de haberse negado. En una nueva carta de Valera (14-VII-78) alude por primera vez a la fama de *neo*, nombre con el que se conocía a los neocatólicos,⁵⁶ y en las cartas siguientes le da consejos y vuelve a insistir en la fama ya extendida por Madrid de ser Marcelino un acérrimo neocatólico: "También me parece que si bien es absurdo que muchos hayan dado en decir que es usted *neo*, absolutista o como quiera llamarse, usted, por su parte, ha hecho y sigue haciendo un poquito para que le afilien en ese partido sin comerlo ni beberlo. La verdad es que usted hasta ahora no se ha metido en política y que es una lástima que le metan en política antes de que usted se

54. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo 1877-1905* (Madrid, Espasa-Calpe, 1946), p. 25.

55. *Ibidem*, p. 30.

56. Se conocía con este nombre al grupo político-religioso que a partir de 1870 ostentó la defensa de las tradiciones católicas en los problemas sociales y del Estado.

Vid. sobre el catolicismo liberal, su grupo oposicionista, el libro de López Morillas: *El krausismo español*, (México, Fondo de Cultura Económica, 1956).

meta".⁵⁷

Los mismos reparos para formar parte del tribunal pusieron otros miembros designados, como Fernández Guerra y Milá. Fue entonces cuando intervinieron los amigos neocatólicos de Menéndez Pelayo para vencer las últimas resistencias. Así le escribe Valera: "...Hoy he recibido una carta del marqués de Pidal, quien se encarga de los negocios de usted con mucho interés".⁵⁸ Valera, que deseaba vivamente ayudar a don Marcelino, le contesta a Pidal aceptando la presidencia del tribunal, que después confirma personalmente al director de Instrucción Pública. Al conocerse la presidencia de Valera los otros opositores, Canalejas y Sánchez Moguel, fueron a visitarle recomendándose ellos mismos, pero al contárselo advierte Valera a don Marcelino su propósito de ser imparcial: "Yo estoy seguro de mí en cuanto a la buena y recta voluntad. Daré mi voto a quién me parezca que más lo merece".⁵⁹

Por otra parte, los hermanos Pidal tuvieron informado a don Marcelino de los ya definitivos miembros del tribunal e incluso hablaron con Cánovas, quien pensó que lo mejor para evitar posibles suspicacias era nombrar a aquellas personas con mayor prestigio. Pronto tuvo confirmación Menéndez Pelayo de haber sido designados Valera, Milá y Rosell, los tres amigos suyos, quienes, por otra parte, tampoco dudaban de su triunfo. Como se sabe, después de renunciar otros opositores, se presentaron únicamente Menéndez Pelayo, José Canalejas y Méndez, Antonio Sánchez Moguel y Saturnino de Milego.

Conocemos la crónica de aquellas oposiciones por don Manuel Marañón, Benito Pérez Galdós y García Romero.

Menéndez Pelayo, cuando le tocó su turno, comenzó

57. *Epistolario Valera y Menéndez Pelayo*, p. 33. Carta del 23 de julio de 1878.

58. *Ibidem*, p. 35.

59. *Ibidem*, p. 36.

persignándose y santiguándose. En todo momento mostró el opositor naturalidad y sencillez y, sobre todo, una erudición en los temas que causó verdadera impresión en el tribunal y en el numeroso público que acudió a presenciar aquellas reñidas oposiciones. A los balbuceos y tartamudez incipiente de don Marcelino le siguió, como recordó a su muerte su contrincante Canalejas, un raudal de elocuencia en cada una de sus intervenciones.

Manuel Marañón recogió en una carta remitida a Pereda la crónica del examen cuando le correspondió a Marcelino Menéndez actuar en turno con Milego, el 30 de octubre de 1878. En unas notas escuetas, casi taquigráficas, en medio de exclamaciones de asombro y admiración, le informa de la profundidad y originalidad del opositor, terminando la carta con un ¡Viva Marcelino!⁶⁰

También Pérez Galdós, enemigo declarado de los neocatólicos, le hace ver a Pereda en una carta suya cómo en Madrid se ha reconocido al fin la valía del joven opositor y se ha hecho justicia a sus méritos. Así le escribe: "Ya habrá V. visto a Marcelino en Santander y la certeza de su triunfo habrá disipado en V. esas preocupaciones contra los libros, contra los liberales y contra todos nosotros en general. Sepa de una vez que nuestro joven y prodigioso amigo ha recibido plácemes y verdaderas ovaciones de todo el mundo y principalmente de los liberales, pues no conozco uno solo, ni uno siquiera en cuyo concepto no estuviera aquél a la altura más grande. Sí, V. tiene algunas ideas equivocadas acerca de las personas y de las cosas de este pueblo, y ya me pa-

60. Para conocer con detalle la opinión de Manuel Marañón véase la *Biografía de Menéndez Pelayo* (1956) de Enrique Sánchez Reyes y la citada carta en el apéndice del libro, p. 373.

Vid. también de Miguel Artigas: "Introducción al programa de Historia de la Literatura Española de D. Marcelino Menéndez y Pelayo", *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 1, enero-marzo 1924, pp. 1-19.

rece que se lo he dicho en otra ocasión. Aquí, fuera de la turbamulta eclesiástica se hace justicia al mérito donde quiera que esté, y hay toda la tolerancia y el espíritu de justicia al mérito que son compatibles con la evolución de los tiempos modernos y el ardor del antagonismo de escuela".⁶¹

No se hizo esperar la respuesta, en el mismo tono, de José María de Pereda, quien le escribe el 14 de noviembre de 1878: "Lo que me cuenta V. de Marcelino, es lo mismo que yo esperaba, y algo de lo que me escribieron durante su primer ejercicio. Lo que sucedió después entre los partidarios de la *libertad de pensar y de saber*, apaleándole infameamente en papeles públicos, pasa a ser una de las cien mil pruebas que yo tengo de que esos caballeros, vamos al decir, que no sueltan la *ciencia* de los labios, estornudan delante de ella como el diablo delante del agua bendita. ¡Pistonudos alientos se necesitan para echarse a *liberal* en estos tiempos y esperar algo bueno y concertado de ese tropel de pedantes e imprudentes!"⁶²

No contento con esta filípica en defensa de don Marcelino le vuelve a escribir a Galdós el 10 de enero de 1879: "Recuerde V. que no fundaba yo lo que le dije sobre Menéndez en el desconocimiento, por algunos despreocupados, de sus altos merecimientos, lo que yo hallaba y sigo hallando monstruosamente absurdo es que reconociéndolos hasta los *sabios*, como los reconocen, y V. mismo lo afirma, haya sido necesario un tribunal *suvo* para hacerle justicia contra el vocerío de los *espíritus fuertes* que le excomulgaban porque no es *más liberal que Dios*".⁶³

61. Carmen Bravo Villasante: "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252, octubre 1970-enero 1971, pp. 26-27.

62. Soledad Ortega: *Cartas a Galdós* (Madrid, 1964), p. 71.

63. *Ibidem*, p. 72.

La verdad era que el triunfo de Marcelino Menéndez había sido rotundo y otorgado con la más estricta justicia por un tribunal competente, en el que si bien había liberales, como decía Pereda, también había amigos y maestros del joven santanderino.

Ya en el nuevo año de 1879, recién obtenida la cátedra, Miguel García Romero, Secretario de la Juventud Católica de Madrid, escribe la primera biografía de don Marcelino destacando su historial hasta esos momentos y las altas cualidades de quién, siendo un joven de 23 años, había conseguido la fama de sabio en aquel Madrid de la Restauración.⁶⁴

Mientras tanto, su hermano Enrique continuaba los estudios de Medicina, teniendo como encargado de atenderle y vigilarle a su hermano, ya catedrático. Curiosamente no cuenta Enrique en sus *Memorias* nada de sus profesores, entre los que figuraban Rogelio Casas, catedrático de Clínica Quirúrgica; Carlos Quijano, de Higiene; Francisco Alonso, de Obstetricia; José Seco Baldor, de Patología Médica; Francisco S. de Castro, de Terapéutica, etc. En esos años de estudiante presencia una auténtica revolución de la medicina: el nacimiento de la microbiología y de la inmunología, de la fisiología experimental, de la asepsia y la antisepsia, que desbordan unos conocimientos antiguos y rutinarios, ineficaces frente a las grandes epidemias. A pesar de ello, de vez en cuando hacían éstas su aparición, sobre todo las de cólera, produciendo enormes bajas en la población. La higiene, incluso hospitalaria, dejaba todavía mucho que desear y gran parte de los conocimientos que llegaban a estu-

64. Miguel García Romero: *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez Pelayo* (Madrid, impr. de la Vda. e Hijos de Aguado, 1879).

Véase también: Julián de Santillana, "Un montañés ilustre de gloria universal: Menéndez Pelayo". *La Montaña* (Habana, 5 de enero de 1918).

diantes y profesores provenían de textos traducidos del extranjero.

Estaba entonces situada la Facultad de Medicina en la calle de Atocha y era un edificio que contaba con cuatro anfiteatros, sala de actos públicos y dos salas de disección. La *Guía Oficial de España* ofrecía el siguiente informe acerca de la calidad de sus enseñanzas: "En los medios de instrucción práctica se comprenden ejercicios de Anatomía y Operaciones, experimentos en animales vivos, colecciones de instrumentos y vendajes, de máquinas y aparatos de Física y Química, de objetos de Historia Natural y preparaciones farmacéuticas; magníficos gabinetes con piezas anatómicas que representan la Anatomía normal, la Patología, los partos, las enfermedades de la piel, ya en piezas naturales, ya en artificiales, hechas con cera y cartón piedra. Hay también establecidas —según diciendo la *Guía*— clínicas con todos los materiales que exigen".⁶⁵

En esos años sobresalían en Madrid, entre otros, Federico Rubio en la especialidad quirúrgica y el montañés Manuel Rioz, decano de la facultad de Farmacia y antiguo profesor de Física y Química en el Instituto Cantábrico de Santander. La figura del médico, en este siglo de adelantos en el conocimiento de las ciencias salta a las páginas de la literatura, donde Galdós nos presenta en *Gloria* a don Nicomedes, el médico titular de Ficóbriga, y Pereda en *De tal palo tal astilla* a los Peñarrubia, ejemplo de médicos racionalistas y descreídos. El mismo Enrique Menéndez utilizará más tarde también a sus colegas como personajes habituales en las narraciones y se servirá de sus conocimientos médicos para retratar con maestría las dolencias de algunos enfermos, como el Manolito de *Las noblezas de Don Juan*, del cual dijo el doctor Simarro que estaba muy bien reflejada la personalidad neurasténica del personaje.

65. *Guía Oficial de España* (Madrid, Imprenta Nacional, 1875), p. 570.

Años después recordaría Enrique aquellos tiempos de estudiante madrileño, de alegrías juveniles empañadas por el agobio de los exámenes: “Volvía uno a casa —después del último examen— por aquella fatigosa cuesta de Atocha o por la desigual y primitiva calle Ancha, según cuál hubiera sido el teatro de la batalla, quebrantado del susto y de no haber dormido, mal resguardado de aquel sol de fuego, que dejaba caer sus horrores sobre la villa, por el raquítico ramaje que se aparecía a querer dar sombra a alguna de las aceras; dirigíase inmediatamente a pedir al *encargado* dinero para el viaje; almorzaba sin ganas, poco después, y acudía en seguida a tomar café con los montañeses, servido por un *mozo* montañés también, y al que daba esta circunstancia el derecho de mezclarse en todas nuestras conversaciones, a la par que imponía la obligación de escuchar con envidiosa pena nuestros proyectos de próxima vuelta a la Montaña”.⁶⁶

Estando de estudiante en Madrid escribe, en colaboración con Ortiz de la Torre, una colección en verso de tipos santanderinos. Algunas de sus poesías las reseña en estos años de 1881 a 1885. Ya para entonces colabora en *El Aviso* (1884 y 1885) y en Santander-Crema donde solía publicar anónimamente o con los pseudónimos “Argos” y “Henriot”.

Pero los momentos más felices de Enrique Menéndez transcurrían cuando tenía su hermano un día libre para invitarle a comer en Lhardy o en Los Cisnes para después llevarle al teatro a presenciar alguno de los dramas de Echegaray o las comedias de Vital Aza, Ramón Carrión, etc. Entre los recuerdos que dejaron mayor impresión en su ánimo figura una representación que vio en el Teatro de la Comedia de *Hamlet* y el acto público de la entrada de su hermano Marcelino en la Academia de la Lengua, en la que fue elegi-

66. Casa-Ajena: “Recuerdos”. *El Atlántico*, 9 de junio de 1886, p. 3.

do el 3 de diciembre de 1880, cuando sólo contaba 24 años. En aquella memorable ocasión relata Enrique cómo conoció a Mesonero Romanos, uno de los padres de la literatura costumbrista, quien ya viejo y sordo quiso cumplimentar al nuevo académico acudiendo al acto. De lo que supuso aquella recepción pública y de la consideración en que se tenía al nuevo académico ofrecen suficiente testimonio estas palabras de Manuel Cañete, escritas con motivo de la entrada de Menéndez Pelayo en la Academia: "Mírese desde el punto de vista que se quiera, sean cuales fueren nuestras opiniones, habremos de convenir en que Menéndez Pelayo, por su temprana juventud y por el valor excepcional de sus dotes intelectivas, debe ser considerado y apreciado como alta gloria de la patria. Podrán muchos no estar de acuerdo con él en puntos de doctrina religiosa, filosófica o literaria, aún siendo las suyas tan sólidas y verdaderas; pero cerrar los ojos a la luz que brota en su entendimiento, al resplandor de su fantasía, a la claridad de su juicio, a su prodigiosa memoria, a la viril independencia de su carácter, a los valiosos elementos que reunidos en armónica proporción constituyen su individualidad, poderosísima en las regiones intelectuales, valdría tanto como suponer que es noche oscura cuando el sol inunda con sus rayos la tierra, prestándonos vida y calor desde la mitad del firmamento".⁶⁷

Es lamentable que Enrique no haya referido en su libro póstumo otros acontecimientos de la vida de su hermano, de los que fue testigo presencial, o al menos que recogiera el testimonio de sus contemporáneos. Tampoco ofrece demasiada información sobre sus estudios de Medicina en Madrid, que terminó en 1883 con la licenciatura en Valladolid.⁶⁸

67. Manuel Cañete: "Menéndez Pelayo en la Real Academia Española". *Revista de Madrid*, 1881 (5): 233-239.

68. El título le fue expedido en Madrid el 1 de mayo de 1883.

Estos años son, por otra parte, sumamente interesantes en la vida de su hermano Marcelino. Son los años de su incipiente profesorado, al que se dedica con detenimiento y entusiasmo y también cuando tiene lugar en la primavera de 1881 el famoso y discutido "Brindis del Retiro" que pronunció en el banquete con motivo del centenario de Calderón de la Barca. Las clases no le impiden escribir y terminar la *Historia de los heterodoxos españoles*, libro polémico que le ocasionó disgustos y sinsabores por no ser aceptado plenamente en ninguno de los campos ideológicos de las dos Españas. La complejidad y extensión del tema, que le llevó erróneamente a incluir a muchos de sus contemporáneos en este libro y la dificultad de tratar entonces objetivamente algunas materias hizo que la obra, en manos de los intolerantes, se volviera contra él mismo.⁶⁹ La obra fue provechosa a pesar de los defectos y el propio Menéndez Pelayo la juzgó útil, mucho más si tenemos en cuenta los errores materiales que enmendó y las rectificaciones de juicios sobre personas que honradamente atemperó en la segunda edición. Así se lo dice a Pereda en 1877 cuando estaba trabajando en ella: "Tengo la convicción de hacer un trabajo útil y nuevo y esto me basta". De la obra se dijo cuando apareció que se podía equiparar e incluso superaba a los "Herejes de Italia", de César Cantú. Al ser un libro de historia religiosa, escrito en su juventud, no fue por este motivo el más estimado por él, ni tampoco por la mayoría de sus contemporáneos.

Valera, en el homenaje que hizo el Ateneo de Madrid a Menéndez Pelayo, al juzgar el libro de los heterodoxos españoles, dice que en esta obra se muestra "menos liberal que se ha mostrado más tarde" y añade, a continuación, que no le faltaron críticos que basándose únicamente en este libro

69. Bernardino Martín Minguez: *El Excmo. Señor D. Marcelino Menéndez Pelayo juzgado por sus libros*. (Madrid, Impr. Sucesores de Cuesta, 1899).

censuraron a don Marcelino de "intolerante, de fanático, y aún de retrógrado".⁷⁰ Sin embargo, reconoce este mismo autor su espíritu recto, honrado y de profundo respeto, incluso para con sus enemigos cuando dice: "...El Sr. Menéndez, hasta en la misma *Historia de los heterodoxos* llega a señalarse por su tolerante y elevada indulgencia y por su amor a las especulaciones encumbradas, a pesar del riesgo de extraviarse a que se aventura quien se consagra en ellas".⁷¹

Jacinto Octavio Picón, en el mismo número de la revista *Ateneo*, alude también a esta primera época del polígrafo que alcanza su momento culminante en 1881 cuando tiene lugar su defensa de Calderón en el citado banquete del Retiro. A este respecto escribe: "Comenzó su vida literaria bajo el amparo de los elementos más retrógrados de España. Sus obras en esta época están en perfecta armonía con el espíritu de aquellos protectores; en ellas aparece admirador y defensor apasionado de todo lo tradicional, enemigo franco y terrible de todo lo liberal y revolucionario, mostrando en lo brioso del ataque el ardor de los pocos años, y acaso también cierta hermosa gratitud y secreta complacencia en defender el ideal de aquellos a quienes debía el comienzo de su encumbramiento".⁷² Pero igual que Valera, reconoció Octavio Picón la atemperancia del carácter de don Marcelino a medida que fue pasando el tiempo. "Sigue siendo profundamente religioso —escribe en 1906—; pero aquella juvenil intolerancia, aquella violenta acometividad, se han ido

70. *Ateneo. Revista mensual*, núm. 11. "Homenaje al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo". (Madrid, 1906), pp. 411-12.

Vid. "Menéndez Pelayo juzgado por Valera" en prólogo al *Homenaje a Menéndez Pelayo* (Madrid, 1899), I, pp. XVII a XXXIII.

71. *Ibidem*, pp. 411-12.

72. J. Octavio Picón: "Artículos publicados". *Ateneo*, núm. 11 (Madrid, 1906), p. 423.

apaciguando hasta casi borrarse, surgiendo en su lugar un espíritu de justicia, la imparcialidad y dulzura que aún a los que no piensan como él impone respeto y simpatía. El enemigo furibundo se ha trocado en apacible adversario; su espíritu busca la verdad sinceramente".⁷³

Las alusiones de Octavio Picón a sus consejeros y protectores iban dirigidas a sus paisanos Pereda y Laverde y a Cánovas y Alejandro Pidal, sobre todo a este último, que tanto le ayudó en su primera etapa. El propio Menéndez Pelayo, en carta a Pereda en 1878, lo reconocía con estas palabras: "Los Pidales han hecho y están haciendo esfuerzos inauditos en mi favor. También estoy agradecido al omnipotente Cánovas".⁷⁴

En su misma provincia natal el diario *El Cantábrico*, al incluirle en la galería montañesa de personajes, le califica como ultramontano en política, "pero sin intrasigencias ni fanatismos".⁷⁵ Aquí se dice que figuró en las filas del partido conservador, ostentando los puestos de senador y diputado. Esto mismo manifiesta Polo y Peyrolón, quien al considerarle católico y monárquico se atreve a encasillarle como tradicionalista, no carlista.⁷⁶ Precisamente cuando su hermano Enrique terminaba sus estudios, en 1882, el diario *El Aviso*, de Santander, recogía de *El Liberal*, el siguiente rumor, que confirmaba esta opinión generalizada en ciertos medios: "El señor Menéndez Pelayo, a lo que parece, se propone manifestar públicamente su separación de los tradicionalistas".⁷⁷

Estos testimonios tienen un indudable valor al escri-

73. *Ibidem*, p. 424.

74. *Epistolario*, 1953, p. 46.

75. *El Cantábrico*, 3 de noviembre de 1898, p. 1.

76. M. Polo y Peyrolón: *Menéndez Pelayo como hombre, como sabio y como católico* (Valencia, Tip. A.C. de M. Gimeno, 1912), p. 8.

77. *El Aviso*, 23 de septiembre de 1882, p. 2.

birse viviendo el protagonista y proceder, en su mayoría, de amigos o admiradores suyos. Pero todos ellos pretenden juzgar a Menéndez Pelayo por sus libros más discutidos —los de *La Ciencia española e Historia de los heterodoxos españoles*— sin considerar su obra global, su inmensa aportación a la investigación histórico-literaria de su tiempo, su indiscutible patriotismo y el profundo dolor de un hombre incomprendido por las dos Españas, que le denostaron en tantas ocasiones y se sirvieron de él cuando les convino. La precocidad en la producción literaria de Marcelino Menéndez Pelayo, las incitaciones que le hicieron a la polémica, de los que salieron los referidos libros, dieron origen a que se le acusara, como dijo Unamuno,⁷⁸ de ser el forjador de la leyenda blanca española.

De Madrid a Santander

Terminada la licenciatura en Medicina, a la que Enrique no concede ninguna importancia, se encontró en el trance de buscarse un medio de vida adecuado. Ya para entonces no sólo había terminado su carrera sino que había logrado librarse del servicio militar que le destinaba a Ultramar, por sorteo, en el reemplazo de 1881. En su sustitución se presentó en Caja el licenciado del ejército Gumersindo García Abad, quien previo cobro de cinco mil reales de vellón cubrió la plaza del recluta Enrique Menéndez, embarcándose a bordo del vapor *Méndez Núñez* el 20 de febrero de 1883, con dirección a Cuba.

Después acude a su hermano en demanda de ayuda y consejo y éste le consigue, en febrero de 1884, una plaza de oficial auxiliar de la clase de quintos, agregado a la Secretaría particular de Obras Públicas. El propio Enrique lo relata

78. Miguel de Unamuno: "Renovación" en *Visiones y comentarios*. (Madrid, Espasa-Calpe, 1967), pp. 149-50.

en estos términos: "Y aconteció que, no sintiendo yo por entonces gran devoción por la práctica de mi carrera, y habiéndome, por otra parte, aficionado (según yo creía) a la vida madrileña, agarrarme a un faldón de Marcelino, y, tira que tira, hube, al fin, de sacar un empleo en el Ministerio de Fomento, regido en aquella época por el ilustre hombre público Alejandro Pidal, muy amigo a la sazón, y pienso que siempre, de mi hermano".⁷⁹ Poco más de un año estuvo en este puesto de la Administración donde recordaba, tiempo después, el trabajo que le dio el expediente del famoso puente de Treto, por el que se interesaba el diputado de Laredo don Manuel Eguilior.⁸⁰

Pero el hombre de la "vida quieta", como le llama su amigo Alfonso Ortiz,⁸¹ empezó a sentir en seguida la nostalgia de la "tierruca" y de la proximidad de los suyos. No le iba a su carácter la vida agitada de Madrid, por lo que decide pronto regresar a Santander. En realidad, aunque el poeta médico nos diga que fue la nostalgia del Muelle, de la Alameda y de las tertulias de la guantería de Juan Alonso lo que le arrastró a volver a su ciudad natal, no olvidemos que el regreso coincide con dos nombramientos familiares importantes: el de su tío Juan Pelayo como director del Hospital de San Rafael en 1885 y el de su padre como alcalde de Santander en ese mismo año.

Las aficiones literarias, sobre todo a la poesía, le atraían más que la medicina, pero al ser éste su único medio de vida pensó que la influencia de su tío Juan Pelayo podía abrirle paso y encauzarle en los comienzos del ejercicio profesional.

Al cambiar la tutela de su hermano Marcelino por la de

79. *Memorias de uno...*, pp. 86-87.

80. Cfr. Alonso Ortiz de la Torre: "Enrique Menéndez Pelayo". *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 4. Santander, julio-agosto de 1921, pp. 169-188.

81. *Ibidem*, p. 187.

su padre y la de su tío, se sintió Enrique más protegido, lo que convenía a su carácter sensible e inseguro. Por otro lado tenía en Santander a sus mejores amigos y a los modelos literarios que precisaba. Su amistad entrañable con Amós de Escalante y Pereda influyó considerablemente en la trayectoria de su producción literaria.

La vida provinciana de Santander era, por supuesto, muy diferente a la que había llevado en Madrid. Pronto se incorpora Enrique a las tertulias que proliferaban entonces como procedimiento casi único con el que se ocupaban las dilatadas horas de tedio de los lluviosos inviernos santanderinos.

Al fundarse a primeros de año de 1886 por Enrique Gutiérrez Cueto *El Atlántico*, diario político y de intereses generales, se formó allí una tertulia a la que acudía Enrique Menéndez, colaborador ya en seguida de sus páginas. Pereda evocó en su novela *Nubes de Estío* la tertulia del grupo de amigos que se reunían en "Las Catacumbas". Los más jóvenes solicitaron de Sinforoso Quintanilla, mediante "respetuosa instancia", entrar a formar parte de la que se organizaba en su casa en la calle Rúa Mayor, entre los que asistían Camino, Zumelzu, Vial y Enrique Menéndez.

José Zahonero refirió en un artículo cómo era la tertulia que se reunía en un rincón del café Suízo de Santander por las noches y a la que asistían Enrique Menéndez, José María Quintanilla, José Zumelzu, Fernando Camino, Federico Vial, Gregorio Mazarrasa, Ortiz de la Torre y Rueda. De vez en cuando acudían también Pereda, al que describe en la tertulia como hombre de espíritu ingenioso, y los pintores Campuzano y Gomar. A Enrique le define como un hidalgo, pagado de su honor, respetuoso con las damas, esmerado en la expresión y alude a que era médico, tal como por voto hubiera podido hacerse cartujo. "Entra Casa-Ajena, pálido y grave, y según los días muestra melancólicos los ojos o bien sonríe afablemente; porque unas veces lleva

el ánimo preocupado por su más o menos imaginaria enfermedad nerviosa, otras complacido por alguna feliz inspiración; satiriza con delicadeza, y su *humor* nada tiene de "extranjerismo".⁸²

En sus últimos años Enrique Menéndez organizó en la Biblioteca de su hermano, ya desaparecido, una tertulia muy popular, de donde, según Alfonso Ortiz de la Torre, "salieron proyectos beneficiosos para las patrias Letras". Por ello sugería se colocara en el llamado *conventículo* una lápida "que recuerde que allí habitaron grandes almas y se forjaron grandes empresas".⁸³

Otro procedimiento para entretenerse la gente joven consistía entonces en participar en las fiestas y bailes organizados por algunas sociedades de las llamadas de recreo. En este sentido, Enrique escribió las crónicas de estas fiestas celebradas en el Círculo de Recreo de Santander. Una de sus primeras intervenciones en público tuvo lugar precisamente en el Casino Montañés, donde leyó, en 1884, su composición festiva: "Carta a un señor de Madrí". En otra titulada "En el Círculo" (1887)⁸⁴ va mencionando las bellezas femeninas de su época, a las que bien por el nombre o por algún rasgo, identificó luego Federico Vial y que eran las siguientes: Dolores Trueba, Leonor Pérez de la Riva ("gallarda muestra de la sal de Andalucía"), Rosario Tagle y Rosario Inzaisti ("dos bellísimos rosarios"), María Barrera ("noble doncella"), María Vial ("La elegante, la dulce, la hermosa niña"), las dos graciosas hermanas Madrazo (una de ellas,

82. José Zahonero: "Mesa-Club". *El Atlántico*, 26 de octubre de 1889.

83. Cartas del 9 de diciembre de 1918 y del 8 de enero de 1919. Epistolario de Alfonso Ortiz de la Torre a Enrique Menéndez. Biblioteca Menéndez Pelayo. Epistolario inédito de Enrique Menéndez Pelayo. Manuscrito D-126.

84. Enrique Menéndez: "En el Círculo". (1887). *Poesías de Enrique Menéndez*. Colección Federico de Vial, pp. 67-78 de la copia manuscrita.

Lola Madrazo, fue famosa en la ciudad por su belleza), Inés Villatorre ("la moradora en palacio"), Luz Colina, Paz Polanco, etc.

Recuerda Enrique en sus *Memorias* cómo todavía llegó a asistir a las tertulias de Eulogia Montero o a las que ofrecía en su casa Pepita Campuzano.

Las veladas de las Montero llegaron a ser famosas hasta el punto de aludir Pereda a esta familia en su novela *Nubes de Estío*, bajo el nombre de las de Sotillo. Allí nos recuerda que "en invierno *daban reuniones* todos los jueves, y se *quedaban en casa* para los íntimos la mayor parte de las tardes y de las noches".⁸⁵ Es incluso posible que el nombre de *La Montáñez* estuviera inspirado en la Montero. Pasados muchos años, cuando ésta ya había muerto, Alfonso Ortiz de la Torre le escribía estas palabras a Enrique Menéndez, recordándole humorísticamente los viejos tiempos de las reuniones en las casas de las familias distinguidas de Santander: "...toma la pluma y escribe un nuevo capítulo de los *Salones de las de Montero*, titulado "De cómo era el invierno de Santander en los tiempos de Eulogia y de lo mucho que se ha progresado en el asunto con las últimas reformas municipales evitándose las lluvias y los chubascos".

"Estoy pensando —le sigue escribiendo— qué nos habría parecido la pobre y simpática Eulogia, si la hubiéramos visto en un día de lluvia envuelta en uno de esos capotes impermeables que ahora se estilan".⁸⁶

En las reuniones literarias era frecuente que se dieran a conocer, mediante lecturas, las primicias de obras inéditas en prosa o en verso. Así, en estas tertulias leyó Pereda parte de *Nubes de Estío*, Pachín González y el Discurso de entra-

85. Cfr. el cap. VII de *Nubes de Estío*. (Madrid, Aguilar, 1943), pp. 101-2.

86. Carta desde Barcelona del 13 de marzo de 1918. Epistolario de Enrique Menéndez. Biblioteca de Menéndez Pelayo. (Inédita).

da en la Academia, y Enrique Menéndez dio a conocer su comedia *Las noblezas de don Juan*. En la óptica de Basáñez, otro de los lugares de tertulia que alcanzó a frecuentar, se leyeron algunas páginas de *Casta de Hidalgos*, de Ricardo León, y *La Golondrina*, de Enrique Menéndez.

La literatura era una de las modalidades de estas tertulias, en las que destacaban los poetas recitando algunos de sus poemas o escribiéndolos en el abanico o en el álbum de las mujeres, tal como nos recuerda Enrique Menéndez en estos versos:

“Suplicóme una muchaca
—linda persona por cierto—
que en un álbum que tenía
le pusiera yo unos versos”⁸⁷

Otras veces las tertulias derivaban en baile, donde al compás de un vals o de una mazurca danzaban los jóvenes de aquella sociedad burguesa decimonónica santanderina. El saber bailar constituía una condición casi necesaria para hacer un papel respetable en las fiestas mundanas y de sociedad, tal como recomendaba en sus tiempos un anuncio del maestro Asinelli:

“Muy útil es el bailar
elegante y acertado,
pues a un joven bien portado
le da medio de agradar”.

Todavía llegó a conocer Enrique Menéndez los bailes populares, llamados de campo, que tenían lugar entre el final de la calle de Burgos y la actual Plaza de Numancia, bailes que recordaba así Pereda en 1872: “Como vivo y elo-cuente testimonio de la exactitud de mis ponderaciones, ahí está entre las dos Alamedas, enfrente del antiguo “Regan-

87. Vid. “Damas y poetas”. *Voluntad*, marzo de 1920.

che", y cada día más frondoso, más cultivado, más pulido, más bello, el famoso jardín o salón de "Bailes del Campo", delicia de los madrileños y asombro de los castellanos de Amusco y Becerril, que nos visitan durante la estación de los baños de mar".⁸⁸

Estos "bailes campestres" dieron paso, poco después, a los que se celebraban en el Casino del Sardinero, donde se organizaron también conciertos.

Enrique nos refiere también otro de los esparcimientos de la juventud de su tiempo, consistente en la realización de teatro casero, de amplia tradición desde el siglo XVIII. Enrique tuvo ocasión de representar y dirigir diversas obras en casa de algunas familias santanderinas, como en la de los marqueses de Casa-Mena o de las señoritas Yllera o Campuzano.

La actuación del joven médico-poeta en *El sí de las niñas*, en mayo de 1908, en el papel de Don Diego, constituyó uno de sus éxitos más resonantes como actor aficionado. Y como decía el autor de las *Memorias*, con estos y otros esparcimientos soportaba su ocupación de médico para la que Dios no le había llamado, como diremos a continuación.

Médico y periodista

La aparición del diario *El Atlántico* supuso una contribución notable al periodismo montañés y a la literatura regional, a través de las "misceláneas semanales", que gozaron de mucha popularidad. Los lectores de este periódico eran, por lo general, las clases cultas y los amantes de la noticia literaria. En seguida el periódico contó con un equipo colaborador prestigioso en el que se encontraban José María Quintanilla ("Pedro Sánchez"), Enrique Menéndez ("Casa-

88. "Los bailes campestres" en *Escenas montañesas*, tomo I de Obras Completas. (Madrid, Aguilar, 1974), p. 289.

Ajena”), Aurelio Piedra (“Stone”), Alfonso Ortiz de la Torre (“Tadeo Zortrelli”), Demetrio Duque y Merino, Gabino Gutiérrez Gómez, Ricardo Olaran, Domingo Gutiérrez Cuetto, Francisco Espínola, Evaristo Rodríguez de Bedia, Concha Espina e, incluso, José María de Pereda se asomó con su pluma a las páginas de este sugestivo periódico.

Asentado en Santander, es en *El Atlántico* donde da a conocer Enrique Menéndez la parte más interesante de su producción periodística. En 1886 ya consulta a su hermano algunos problemas lingüísticos, quien le anima a continuar en la tarea poética con estas palabras: “No dejes de mandarme los versos que vayas haciendo, y además puedes ir copiando para mí en ratos perdidos aquellos mismos que diste a Joaquina, porque aquí han gustado mucho a todos los inteligentes que los han visto”.⁸⁹ Y más adelante le dice en la misma carta: “Leo con mucho gusto tus artículos humorísticos y de costumbres en *El Atlántico* y veo que vas dominando la prosa. Por cierto que quisiera que me mandases, si le tienes, un artículo muy tierno y delicado que en *El Crema* escribiste, pintando la muerte de un niño después de recibir los juguetes de Navidad”.⁹⁰

Las reseñas de Enrique en las fiestas y bailes de sociedad y las informaciones que proporcionaba semanalmente en la sección titulada “Mis sábados” le otorgaron abundantes lectores femeninos, como ya hemos apuntado, pero también escribe cuentos, críticas de libros, artículos costumbristas, leyendas y poesía.

Simultáneamente con estos trabajos se ocupó también de la catalogación de la biblioteca de su hermano, quien aprovecha sus cartas para recordárselo: “Te agradeceré mu-

89. *Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo*, op. cit., p. 3.

90. *Ibidem*, p. 3. El cuento se llamaba “El nacimiento” y apareció publicado en *Santander-Crema* del 23 de diciembre de 1883, p. 3.

cho que a ratos perdidos vayas haciendo algo en el catálogo de la biblioteca", ⁹¹ y a la vez le recomienda, en otras ocasiones, que le busque algún ejemplar y, sobre todo, que vele por la conservación de aquellos más valiosos, como cuando dice: "De pado te agradeceré que hagas una visita a los libros en folio que colocaste en el último rincón de la sección de Historia confinando con la de Bibliografía: rincón que yo tenía condenado por haberse manifestado allí la humedad con caracteres alarmantes. Y no me haría gracia que fueran víctimas de ella libros de trabajo tan importantes como los *Anales* de Zurita, y preciosidades bibliográficas como la *Crónica* catalana de Carbonell, que me costó 40 duros, cuando tenía todavía menos dinero que ahora, o *Las cuatro partes de la crónica general de España* de don Alfonso el Sabio, que me costaron 25 duros. Lo mejor que puedes hacer es sacar esos libros de ahí, y ponerlos sobre una mesa o en cualquier parte. Los que no sois bibliófilos no comprendéis las angustias que padece el verdadero aficionado cuando ve mezcladas estas joyas con esos libros que *el vulgo* puede comprar en cualquier librería por tres o cuatro duros". ⁹² Con las cavilaciones que se le ocurrían a Enrique mientras catalogaba y limpiaba los libros de su hermano escribió, por cierto, un artículo en *El Atlántico*. ⁹³

Cuando llegó a Santander en 1885, el Ayuntamiento le nombró con carácter suplementario y en calidad de médico cirujano para sustituir a los titulares del Hospital de San Rafael, nombramiento que en 1888 se confirma por el de médico titular. Precisamente en este año es felicitado, tras un acuerdo municipal, "por los generosos esfuerzos humanitarios y auxilios que ha prestado a las familias epidémicas" durante la invasión colérica.

91. *Ibidem*, p. 4.

92. *Ibidem*, p. 14.

93. Cfr. "Cavilaciones: En la biblioteca". *El Atlántico*, 7 de noviembre de 1887.

En 1890 se le aumentó la gratificación anual que percibía como médico auxiliar del Hospital.

La verdad es que la medicina fue algo accesorio en el "segundo" Menéndez Pelayo, quien seguramente no hubiera ejercido la profesión sin el estímulo y ayuda de su tío Juan Pelayo, figura prestigiosa de la medicina montañesa establecido en Santander en 1853, el mismo año en que se le extendía el título de médico en Madrid. En 1862 es nombrado médico forense del Juzgado de Primera Instancia de Santander, comportándose con la mayor abnegación y celo durante las epidemias del cólera morbo asiático de los años 1865 y 1866, negándose a recibir los honorarios del municipio por retribución de servicios extraordinarios.

Por eso, al faltar su tío y agravarse su dolencia nerviosa, Enrique solicita en 1894 del Ayuntamiento su baja en el cargo de médico auxiliar del Hospital de San Rafael. No obstante, a pesar de su escasa vocación, Enrique Menéndez supo cumplir con su deber profesional en momentos decisivos, como sucedió con motivo de la catástrofe originada por la explosión del *Cabo Machichaco*, de cuyo suceso nos transmite de una forma directa un relato pormenorizado de sus consecuencias en las páginas del libro. En este capítulo refiere el escritor la curiosa historia del tío Pepe, el viejo hortelano vizcaíno del Hospital y resalta la entrega generosa de Sor Ramona a los enfermos y moribundos.

Enrique le relataba así, a los pocos días, la catástrofe a su hermano: "La explosión me cogió a mí camino del Hospital, cerca ya de él, y a nuestros padres en casa, donde no hubo más desperfectos que la rotura de cristales, común a todas las casas de la ciudad, y un trozo de hierro que atravesó el tejado de la nueva biblioteca. Nada padeció libro alguno, pues fue en el centro del salón. A estas horas se halla todo compuesto".

"Por lo demás, la hecatombe fue de las que escribirán las remotas historias. Maliaño ha desaparecido puede decir-

se, del plano de Santander. El aspecto del Hospital, donde incesantemente llegaban heridos, que curábamos en el suelo, por los pasillos, por todos los ámbitos de la casa, era desgarrador; pero más tarde, cuando a media noche recorría yo las salas haciendo guardia, era tristísimo, era algo así, como un castigo bíblico. ¡Qué ayes, qué penas, y qué impotentes los remedios humanos! Todo eran curas provisionales, absurdas algunas, pero no se podía apenas poner mano en ninguna, bajo pena de provocar la hemorragia irrestañable, el nuevo síncope, la muerte en fin, con sus mil formas. A cada requisa que se hacía, faltaban uno o dos... Mientras tanto en el depósito, en el patio, en la huerta, más de ciento veinte cadáveres, y otros tantos que lo parecían en su palidez buscando entre aquellos a los suyos.

Renuncio a describírtelo, y supongo que lees los periódicos. Juan y yo, y con nosotros cuantos tienen tan triste profesión, estamos fatigadísimos, aunque esta misma actividad y trabajo incesante nos ha librado, en parte, del común abatimiento. Figúrate que llevamos hechas más de treinta amputaciones".⁹⁴

La crónica literaria de esta catástrofe tuvo de autores a primeras figuras como Pereda, Galdós, Amós de Escalante, etc. y dio origen a toda una bibliografía, ya muy numerosa,⁹⁵ en torno a la explosión del *Cabo Machichaco*. Quizá la más conocida sea el relato de Pereda, bautizado con el nombre de *Pachín González*, en el que utilizó el personaje del "Tío Pepe" sobre el que Enrique Menéndez publicó un artículo el 3 de noviembre de 1895.

Cuando Pereda hizo en su casa una lectura de su narra-

94. *Epistolario*, op. cit. pp. 16-17.

95. Vid. el número extraordinario de *El Cantábrico* del 3 de noviembre de 1895 y el artículo de Enrique Menéndez, "El tío Pepe" publicado en *El Atlántico* del 3 de noviembre de 1895. También Alfredo del Río Iturralde dedicó un poema "¡Piedad, Señor!" al *Machichaco* que publicó en *El Eco de Carriedo*, núm. 26. Saro, 4 de noviembre de 1894.

ción, al aparecer la figura del hortelano del Hospital dicen que se dirigió a su amigo para decirle: "Ya me perdonará usted que no haya resistido a la tentación de apoderarme un rato del "tío Pepe".⁹⁶

Retirado en sus últimos años de la medicina, su amigo Alberto L. Argüello le envió en 1916 un romance donde humorísticamente le daba este consejo:

"Dios le guarde de tronadas,
de naufragios y de incendios,
de epidemias y de sustos,
de terremotos y médicos".⁹⁷

La obra literaria de Enrique Menéndez

Instalado definitivamente en Santander, Enrique iba a repartir su tiempo entre su profesión y su vocación. La medicina fue su forma de vida, aunque muy a pesar suyo. Pero la compañía de su tío materno le permitió adquirir, como hemos visto, una experiencia en el diagnóstico y terapéutica de las enfermedades más usuales y, sobre todo, de la práctica hospitalaria.

El resto del tiempo, el poeta cantor "de la vida quieta" lo dedicó a escribir. Su obra fue numerosa y varia con incursiones a diferentes géneros, como la poesía, el teatro y la narración. Su nombre salió del ámbito local para proyectarse en las revistas de la Villa y Corte, como *Voluntad* o *El Cuento semanal*, en el semanario *El Castellano*, de Toledo; *Tierra castellana*, de Valladolid; *Hispania*, de Barcelona; *El Noticiario Malagueño*, etc. Como autor teatral conoció los triunfos del estreno fuera de su tierra natal representándose

96. Citado por Eduardo de Huidobro en "Bibliografía de Enrique Menéndez", *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 4, julio-agosto de 1921, p. 205.

97. Remitido el 16-XI-1916. Papeles del Archivo personal de Enrique Menéndez. Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Aicardo, J.M.: De Literatura contemporánea. *Razón y Fé*, núm. 39, t. X, nov. 1904, p. 399. Sobre "La Golondrina".

Alonso, Román: "A la sombra de un roble". *La Atalaya*, 16 de diciembre de 1900, p. 1.

Anónimo: "Alma de mujer". *El Diaro Montañés*, 28 de enero de 1904, p. 1.

Anónimo: "De un libro nuevo. *Cancionero de la vida quieta...*" *Bol. de Comercio*, 7 de julio de 1915, pp. 1 y 2.

Argumosa, Miguel Angel de: *Historia de la poesía montañesa* (Madrid, 1964), p. 33.

Artigas, Miguel: "Don Enrique, Bibliotecario". *Bol. de la Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 4, julio-agosto 1921, pp. 215-218.

Artigas, Miguel: *Menéndez y Pelayo* (Santander, Aldus, 1927).

Barreda, Luis: "Enrique Menéndez". *El Eco Montañés*, 16 de junio de 1900.

Busquets y Punset, A.: Bibliografía. *Interiores*. Cuadros literarios por don Enrique Menéndez y Pelayo". *El Norte*, Gerona, 4 de noviembre de 1911, p. 1.

Cossío, Francisco de: El libro de la Semana. "Cancionero de la vida quieta", por Enrique Menéndez Pelayo. *El Norte de Castilla*, 1915, Año I, núm. 4 Supl. literario, p. 3.

Delgado, Ignacio; González, Eva; González Herrán, J.M. y colab.: *Lecturas de Cantabria (Una Antología didáctica)* (Santander, Serv. Publ. Univers. de Santander, 1979), pp. 291-97.

Diego, Gerardo: "Enrique Menéndez y Pelayo". *Santi-llana*, núm. 4, Santander, 1921.

Diego, Gerardo: "Un médico poeta, Enrique Menéndez Pelayo". *Medicamenta*, Madrid, 1946, t. IV: 341-343 y 1947, t. V: 144-146.

Diego, Gerardo: *Enrique Menéndez Pelayo*. Antología de Escritores y Artistas Montañeses (Santander, Imp. Librería Moderna, 1951).

Epistolario de Morel Fatio y Menéndez Pelayo. Prólogo de Enrique Sánchez Reyes. (Santander, C.S.I.C., 1953).

Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo. Prólogo y notas de María Fernanda de Pereda y E. Sánchez Reyes. (Santander, C.S.I.C./Soc. Menéndez Pelayo, 1953).

Escalante, Amós: "Sobre un libro en prosa" en vol. II de *Obras escogidas de Amós de Escalante*, t. 94 de la Biblio-

teca de Autores Españoles (Madrid, Edic. Atlas, 1956), pp. 419-422. Publicado inicialmente en *El Atlántico*, 18 de enero de 1890. Se refiere a *Desde mi huerto*.

Escalera, Santiago de la: Cancionero de la vida quieta. *El Pueblo Cantabro*, 2 de julio de 1915.

García del Moral, José: *Galería de Escritores Médicos Montañeses* (Santander, Imp. Vda. de F. Fons, 1906), pp. 192-197.

Gayé, Alberto: *Santander y su provincia* (Santander, Blanchard, 1903). Vid. "Movimiento literario" en p. 84.

Huidobro, Eduardo de: "Bibliografía de Enrique Menéndez". *Bol. de la Bibl. Menéndez y Pelayo*, núm. 4, julio-agosto, 1921, pp. 189-214.

J. A. G.: "Las noblezas de don Juan", *El Eco Montañés*, 22 de marzo de 1900, p. 4.

Lomba, José Ramón: "Don Enrique Menéndez y Pelayo. El poeta y su obra. Algo a modo de crítica", *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 3, julio-setp., 1922, pp. 193-222.

Madariaga, B. y Valbuena, C.: *El Instituto de Santander (Estudios y Documentos)* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1971).

Menéndez, Enrique: "La Sociedad Menéndez Pelayo". *La Montaña* (La Habana, 4 de enero de 1919).

Menéndez Pelayo, Enrique: "Remotos orígenes de la Biblioteca Menéndez Pelayo". *Bol. de la Bibl. de Menéndez Pelayo*, enero-febrero, 1919, pp. 5-10.

Montesinos, José F.: *Pereda o la novela idilio* (Valencia, Edit. Castalia, 1969).

Morsamor: Mis Lecturas. "La Golondrina". *El Defensor de Córdoba*, 7 de julio de 1904.

Nevermore: "Los estrenos. Teatro Principal. Del mismo tronco..." *El Cantábrico*, 25-II-1911, pp. 1 y 2.

Olarán, Ricardo: Un libro montañés. *El Atlántico*, 29 de enero de 1890, pp. 1 y 2. Alude a *Desde mi huerto*.

Oller, Narcís: *Memories Literaries*. Pról. de Gaziel. (Barcelona, Aedos, S.A.).

Ortiz de la Torre, Alfonso: "Después de la Victoria". *La Atalaya*, 22 de marzo de 1900, p. 1. Sobre "Las noblezas de don Juan".

Ortiz de la Torre, Alfonso: "Enrique Menéndez Pelayo". *Bol. de la Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 4, julio-agosto, 1921, pp. 169-188.

Bol. de la Bibl. Menéndez Pelayo, núm. 4, julio-agosto, 1921, pp. 169-188.

"Pedro Sánchez". Poesías (Enrique Menéndez Pelayo). "Miscelánea Semanal" de *El Atlántico*, 10 de enero, 1887.

"Pedro Sánchez": Gacetillas. *La Golondrina. El Diario Montañés*, 24 de junio de 1904, p. 1.

"Pick": "El dulce don Enrique". *La Atalaya*, 22 de junio de 1927.

"Pick": "Aire de la calle. Don Enrique". *La Voz de Cantabria*, 25 de enero de 1936, p. 1.

Rees, Jorge: *El Sur*, Concepción (Chile), 26 de junio de 1906.

Rodríguez Alcalde, Leopoldo: "Enrique Menéndez Pelayo" en t. I de *Retablo biográfico de Montañeses ilustres*. Colección Cabo Menor, núm. 1 (Santander, Ediciones de Librería Estvdio, 1978), pp. 119-123.

Rodríguez Fernández, J.: "La familia de Menéndez Pelayo". *Las Riberas del Ea*, Ribadeo, 2 de diciembre de 1944.

Rogero Sánchez, J.: Revista Literaria. *El Universo*, Madrid, 14 de agosto de 1902. Sobre "El idilio de Robleda".

Sánchez Reyes, Enrique: *Biografía de Menéndez Pelayo*. Tercera edición (Santander, Aldus, 1974).

Sánchez Reyes, Enrique: *Historia compendiada de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (Santander, 1957). Vid. "Don Enrique Menéndez Pelayo, Presidente de honor", pp. 30-33.

Simón Cabarga, José: *M. Menéndez Pelayo*. Antología de Escritores y Artistas Montañeses (Santander, Impr. Moderna, 1956).

Simón Cabarga, José: "Don Enrique Menéndez, el poeta mínimo que vivió abrumado por la gloria de sus apellidos". *A B C* (Madrid, 13 de diciembre de 1961).

Simón Cabarga, José: *Historia del Ateneo de Santander* (Madrid, Editora Nacional, 1963), pp. 19, 30, 56, 59, 231.

Tormo, Enrique: "Pizzicato. La sombra del gigante". *Las Provincias*, Valencia, 26 de mayo de 1912.

Vázquez, Francisco: *La medicina en Cantabria* (Santander, Institución Cultural de Cantabria. Universidad de Santander, 1982).

CRITICAS Y REFERENCIAS PERIODISTICAS

- Enrique Tormo: España intelectual. "Cancionero de la vida quieta". *Las provincias*. (Valencia, 31 de enero de 1866).
- "Pedro Sánchez": "Poesías (Enrique Menéndez Pelayo). Miscelánea. Semanal de *El Atlántico*, 10 de enero de 1887.
- "Juan García": "Sobre un libro de prosa". *El Atlántico*, 18 de enero de 1890.
- Ricardo Olarán: Un libro montañés. *El Atlántico*, 29 de enero de 1890, pp. 1-2. Crítica del libro *Desde mi huerto*.
- "Pedro Sánchez": Gacetilla. De un Romancero. *El Atlántico*, 22 de mayo de 1892.
- Teatro. Una obra de Enrique Menéndez. *Alma de mujer. Boletín de Comercio*, 28 de enero de 1904.
- Teatro. *Alma de mujer. El Cantábrico*, 28 de enero de 1904, p. 2.
- Monte Verde: Ecos teatrales. *El Diario Montañés*, 28 de enero de 1904, p. 1 *Alma de mujer*.
- E. de H. "Alma de mujer". *El Diario Montañés*, 29 de enero de 1904.
- "Pedro Sánchez": Gacetillas. *Repetas Quaeso. El Diario Montañés*, 31 de enero de 1904, p. 1.
- "Rayo de luna": *El Diario Montañés*, 10 de febrero de 1905.
- Teatro: *Boletín de Comercio*, 10 de febrero de 1905, p. 3 Sobre "Rayo de luna".
- Pascual Cordero: Teatro. Estreno de "Rayo de luna". *La Atalaya*, 10 de febrero de 1905.
- R. Teatro. "Rayo de luna". *El Cantábrico*, 10 de febrero de 1905.
- Teatro. Beneficio del señor Ramírez. *La Atalaya*, 2 de marzo de 1905 sobre "Un buen partido", de Enrique Menéndez.
- Teatro. *El Diario Montañés*, 2 de marzo de 1905. Monólogo en prosa de Enrique Menéndez titulado "Un buen partido".
- D: Teatro. "Del mismo tronco". *La República* (Santander, 25 de febrero de 1911, p. 2.
- Teatros: *Boletín de Comercio* (Santander, 25 de febrero de 1911), p. 2. "Del mismo tronco".
- Autores montañeses. Los estrenos de ayer. *La Atalaya*, 25 de febrero de 1911, p. 1. "Del mismo tronco".
- Teatro Principal: "Del mismo tronco". *El Diario Montañés*, 25 de febrero de 1911, p. 1.

- Nevermore: Los estrenos. Teatro Principal. "Del mismo tronco". *El Cantábrico*, 25 de febrero de 1911, pp. 1 y 2.
- F. Larrosa. Desde Santander. Tres éxitos teatrales. *El Noticiero Bilbaíno*, 26 de febrero de 1911.
- Teatro: *La Atalaya*, 27 de febrero de 1911. "Del mismo tronco". Compañía de Villagómez.
- Del Teatro. Tres estrenos. *Revista Cántabra*, 4 de marzo de 1911, pp. 9-10, sobre "Del mismo tronco".
- Fiesta simpática. Banquete a Enrique Menéndez. *El Diario Montañés*, 6 de marzo de 1911.
- Homenaje a Enrique Menéndez. *La Atalaya*, 6 de marzo de 1911.
- El triunfo de Enrique Menéndez. *Revista Cántabra*, 11 de marzo de 1911, pp. 2-5.
- "Del mismo tronco". *Revista Cántabra*, 8 de abril de 1911, pp. 11-12.
- Bibliografía. Biblioteca "Patria". *Diario Regional* (Valladolid, 21 de abril de 1911).
- De espectáculos. Notas teatrales. *A B C*, 23 de abril de 1911.
- José Alsina: Teatro Lara. "Del mismo tronco". *El País*, 23 de abril de 1911, p. 2.
- Zeda: Veladas teatrales. *La Epoca*, 23 de abril de 1911. *Del mismo tronco*.
- José de Laserna: Los teatros. Lara. *Del mismo tronco*, comedia en dos actos de D. Enrique Menéndez Pelayo. *El Imparcial*, 23 de abril de 1911.
- Caramanchez: Los teatros. Estrenos. "Del mismo tronco". *La Correspondencia de España*, 23 de abril de 1911, p. 6.
- "Del mismo tronco". Estreno en Madrid. *El Diario Montañés*, 23 de abril de 1911.
- Alejandro Miquis: Los estrenos. En Lara. "Del mismo tronco" *Diario Universal* (Madrid, 23 de abril de 1911), p. 1.
- B. G. de L.: Los estrenos. Del cartel de anoche. Lara. Beneficio de Joaquín del Pino. *El Mundo* (Madrid, 23 de abril de 1911), p. 1 sobre la obra "Del mismo tronco".
- S. de A.: Crónica teatral. Lara. "Del mismo tronco" (El Universo. Madrid, 23 de abril de 1911, p. 1).
- "Del mismo tronco". *La Atalaya*, 24 de abril de 1911.
- "Del mismo tronco". La Prensa de Madrid. *El Diario Montañés*, 25 de abril de 1911.

- Los estrenos. Lara. "Del mismo tronco". *La Prensa* (Madrid, 24 de abril de 1911), p. 1.
- Romenski: Información teatral. Lara. *Madrid Cómicó*, 29 de abril de 1911, sobre "Del mismo tronco".
- Crispín: De telón adentro. Crónica teatral. *Diario Regional*, 3 de mayo de 1911, p. 2. Reseña del estreno *Del mismo tronco* en Valladolid.
- Un libro de Enrique Menéndez. *El Diario Montañés*, 1 de julio de 1915, p. 1.
- Santiago de la Escalera: "Cancionero de la vida quieta". *El Pueblo Cántabro*, 2 de julio de 1915.
- Eduardo de Huidobro: El "Cancionero" de Enrique Menéndez. *El Diario Montañés*, 7 de julio de 1915, p. 1.
- Pick: Un libro de Enrique Menéndez. Impresiones de una lectura. *La Atalaya*, 16 de julio de 1915, p. 1, sobre "Cancionero de la vida quieta".
- El homenaje a Menéndez Pelayo. Insistiendo. *La Atalaya*, 18 de julio de 1915.
- Un libro de Enrique Menéndez. *El Diario Montañés*, 1 de julio de 1915, p. 1.
- "Romancero de la Vida quieta": *El Debate* (Madrid, 10 de agosto de 1915).
- Claudio Luanco: "Cancionero de la vida quieta". *Castropol*, 20 de agosto de 1915, núm. 374, p. 2.

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO
(OBRA PÓSTUMA)

MEMORIAS
DE UNO A QUIEN
NO SUCEDIO NADA



VOLUNTAD
Serrano, 48. - MADRID
M C M X X I I

AL LECTOR

Cuando el querido y admirado poeta autor de estas MEMORIAS las escribía casi ante mis ojos, y su cordial amistad —una de las cosas que con más orgullo he llevado por la vida— haciame lector y confidente de los deliciosos capítulos que las componen, bien lejos estaba yo de sospechar que habría de tocarme algún día poner orla de luto a aquellas páginas admirables y desacorde y dolorida introducción al libro risueño que formarán. Así lo ha querido Dios, no obstante, al disponer, ha pocos meses, que a aquel hombre, a quien, “nada había sucedido” hasta entonces, le aviniera el común suceso que jamás dejó de acaecer a nacido alguno, por alta y excelente que fuera su condición. Así también lo quiso el insigne poeta montañés, de cuyos labios, ya fatigados y trémulos, como en camino de cerrarse para siempre, recibí, en una triste mañana, el encargo de sacar a la luz la postrera de sus obras: las MEMORIAS que tienes, lector, entre las manos.

Este libro apacible, todo gracia y primor, todo serenidad y equilibrio, fue lenta y penosamente elaborado; y acaso pocas veces como en esta ocasión riñieron tan recias batallas la materia desfalleciente y el espíritu hambriento de gloriosas actividades. Pero toda la fortaleza de aquel alma templada en el yunque cristiano, habituada al dolor y hecha a andar valerosamente las heroicas jornadas del propio vencimiento, no bastó por esta vez para dar cima a la obra comenzada; ganó el combate final “la eterna vencedora”, y el libro quedó sin concluir, aunque pocos capítulos, por fortuna —tres o cuatro más de los que hoy ven la luz, según oí a

su autor en varias ocasiones— faltaban en la obra para darla por terminada. Esto mismo confirman los materiales allegados para esta labor, que se encuentran reunidos entre los papeles del poeta.

A pesar de esta malaventura, que, si es de lamentar para las letras españolas, nunca será bastante llorada por las montañesas, las MEMORIAS que hoy ven la luz, no solamente legan a la Montaña, en un libro ejemplar y bellissimo, cumplida noticia de su autor, sino que aportan a la biografía de su inmortal hermano, el polígrafo español, asombro de su siglo, datos íntimos e ignorados de singular interés. Esa característica magia de narrador; esa nota familiar y apacible que en la prosa de Enrique Menéndez asombra por su gracia y flexibilidad como cautiva por humana y verdadera, campea, además, en este libro como soberana, y ella ha de hacer que sus páginas como todas las del autor de Interiores, estén para siempre destinadas, no sólo a producir admiración entre los doctos y letrados, sino, lo que es más y mejor, a ser gustadas con fruición por los espíritus ingenuos que no saben de fórmulas literarias ni de complicaciones psicológicas, pero que saben reír y llorar, amar la vida y esperar en Dios.

Plumas autorizadas y doctas sabrán, sin duda, inquirir el alto valor literario de este libro y estudiarle con el detenimiento que merece; tentación que he de alejar de la mía humilde en este momento. Permítaseme, no obstante, expresar aquí llanamente mi profunda convicción de que páginas hay en él, como las encantadoras dedicadas a los hijos de Santander, o las del maravilloso interior del capítulo VII que no sé yo qué autor de nuestro tiempo, ni aún de cualquier otro, tendría a mengua dar por salidas de su pluma,

Yo entrego el sagrado depósito que recibí de las manos de mi llorado amigo a la noble tierra de Cantabria, amor de sus amores; a los amigos entrañables del poeta, en cuyas almas derramó tantas veces toda la efusión romántica y gene-

rosa de la suya privilegiada; a todos los espíritus selectos, a semejanza del suyo, en donde tengan un altar la virtud y un trono la delicadeza. Para todos ellos guarda en estas páginas un recuerdo cordial y una confianza afectuosa la voz querida del poeta, que hoy les habla por última vez.

Alberto L. Argüello*

Santander, 23 de Noviembre de 1921.

* Alberto López Argüello, aunque leonés de nacimiento, estuvo íntimamente vinculado a Santander y a su vida intelectual, en la que participó como consejero de la Sociedad Menéndez Pelayo, escritor y poeta. Amigo íntimo y admirador de Enrique Menéndez, fue también testamento suyo.

Inspector de trabajo en la provincia de Santander, escribió sobre temas de entidades de Ahorro y Cajas de Compensación. A su muerte, en 1932, dejó escrito un libro de poemas (*Mi granero*, Santander, Aldus, 1926), el epistolario de Fernán Caballero y algunos trabajos sobre literatura infantil y protección a la infancia.

(Cfr. Alberto López Argüello: *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, enero-diciembre de 1932, pp. 191-2.

Véase también "Epistolario de Fernán Caballero por Alberto López Argüello", *El Cantábrico*, 12 de julio de 1922, p. 2.

MEMORIAS

I

La revolución del 68.— Tomó parte en algunas de las operaciones de aquel día.— Declárase quién era la Juana y las hazañas que también ella llevó a cabo en tan memorable fecha.

Cuenta Mesonero Romanos, al principio de sus deliciosas *Memorias de un setentón*, que él fué una de las primeras víctimas del 2 de Mayo de 1808, en cuyo año se cumplían los cinco de su edad, y refiere, en comprobación de su aserto, cómo, habiendo oído en la mañana del épico día rumor de tropas que avanzaban por la calle, corrió a un balcón para verlas, é hízolo con tal prisa y aturdimiento, que, tropezando en el umbral, causóse una herida en la cabeza. Así yo, a imitación de *El Curioso Parlante*, aunque con mejor fortuna que él, hube de tomar parte, a los seis años de edad, en cierto asalto efectuado el día 24 de Septiembre de 1868. Pero la relación de tan glorioso hecho de armas necesita de algún preámbulo.

Vivía yo entonces --claro está que con mis padres y hermanos, pues no había entrado en mis propósitos hacerme independiente— en la Cuesta de Gibaja, y vivía en el piso inmediato inferior un jefe de Ejército, con cuya estimable familia sostenía la nuestra cordial y continua relación. Cada oveja del redil de arriba tenía en el de abajo su pareja; quiero decir que todos encontrábamos allí sujetos de nuestra misma edad y circunstancias.

El comandante —que tal grado pienso que tenía mi vecino— era de los que se habían puesto al frente del levantamiento de nuestra ciudad, y puede, por lo tanto, imaginarse la inquietud y zozobra que en la atribulada esposa y en sus hijos mayores, capaces de entender la gravedad de la situación, reinaría en aquella mañana infausta. Con intento de remediarla en lo posible bajaron mis padres (que de Dios hayan) a consolar a nuestros vecinos, y temerosos todos de posibles represalias en la casa o de las molestias, al menos, de algún registro, decidióse que la abandonara toda aquella familia y se refugiase en nuestro piso. Fácil es también figurarse lo divertidos que la gente menuda andaríamos con la novedad de los sucesos y la consiguiente perturbación del orden normal de la casa, así como con la perspectiva de todo un día pasado con nuestros amiguitos de abajo y sin acordarnos que había escuelas ni otros lugares de tormento y expiación.

No eran nuestros vecinos las únicas personas que aquel día hubieron de buscar asilo en mi casa, pues también paraban en ella mis dos tías maternas, inquilinas de la casa número 2 de Becedo, llamada todavía, por aquel entonces, la casa del Peso por haber estado allí establecido el Peso público. Parece ser que este edificio, como tan estratégicamente situado para batir a las fuerzas que entraran, Becedo adelante, por la parte Occidental de la ciudad, ya fuera que avanzaran hacia San Francisco, ya que se dirigieran hacia Atarazanas, pues sobre ambas vías abre sus huecos, había sido ocupado, o se temía que pudiera serlo, por los sublevados, y así se apresuraron a desalojarle sus pacíficos moradores, entre los que, como digo, se contaban mis dos tías, a quienes condujo a mi casa su hermano don Juan de Pelayo, afamado médico, que, una vez dejadas en lugar seguro las señoras, fué al Hospital, de cuya sección de Cirugía era director, para prestar en la triste ocasión, que no había de hacerse esperar, sus humanitarios y relevantes servicios.

Entre zozobras y perplejidades; llegada de unos y otros huéspedes; ir y venir de personas y mutaciones de decoración en las estancias de la casa y estorbar de los chiquillos en todas partes, fuéase pasando la mañana, y llegó la hora de comer. Sentámonos todos a la mesa, excepto aquella pobre señora a quien tanto iba en la jornada aquel día y mi santa madre, que la asistía y consolaba.

A duras penas conteníamos los muchachos el desasosegado regocijo que todas aquellas novedades producían, y que tanto contrastaría —ahora lo reconozco— con el ambiente de tristeza y sobresalto que llenaba la casa.

Y sucedió que, a punto ya de ir a servirse los postres, hubo de sonar muy cerca una descarga de fusilería, reveladora, sin duda, de que el General Calonge había ganado ya la calle de Atarazanas y avanzaba por ella. Acabóse allí la comida, pues todo el mundo púsose en pie, y, gemebundas o gritando las señoras, y callados y sombríos los hombres, abandonaron todos el comedor. Mas aquel pelotón de valientes a que yo pertenecía, llenos de un estoicismo y un sublime desprecio del peligro, decidimos *ipso facto* no resignarnos a quedar sin postre, y organizamos un asalto al aparador, en que se guardaban el queso y demás finales de fiesta. Bien pronto un formidable tren de sitio, constituido por las sillas, y no sé si alguna escalera, estuvo colocado ante las alacenas. Creo recordar que en la toma y asalto del aparador distinguióse notablemente mi llorado y glorioso hermano Marcelino, que a la sazón contaba once años —glorioso hoy con la gloria verdadera, con la que reserva Dios a los que fueron fieles a su vocación—. Debió de luchar con ardor en aquella jornada que voy relatando, pues, si es cierto que ya para entonces sabría de coro la *Epístola ad Pisones*, y aun analizarla y comentarla, no lo es menos que se parecía por ciertos higos pasos que se vendían en La Emperatriz (Puerta la Sierra, esquina a las Atarazanas), y que presumo no faltarían entre los postres de aquel día.

Mas no fueron estas muestras las únicas proezas que, por haberse llevado a cabo en la penumbra del hogar doméstico, no han sido registradas en las crónicas de lo sucedido en Santander el día 24 de Septiembre de 1868, y cuya omisión he de suplir yo ahora, mal que bien, en honor de la justicia y la equidad.

Cuando mi tío Don Juan dispuso que sus hermanas abandonaran su casa aquella mañana, fué con ellas la doncella de las señoras; mas con la otra sirvienta, llamada la Juana, famosa y singular cocinera, no se pudo acabar que dejara *la casa*. Subrayo estas dos palabras para dar a entender el tono solemne y como de quien nombra algo sagrado que ella les daba.

Quedóse allí la Juana, y pasaron las horas, no sé si bien o mal —muy bien no sería—, para la pobre vieja; y libre, al fin, de sublevados la casa —no recuerdo si por haber sido tomada a viva fuerza por las tropas leales a la Reina, o porque aquéllos la abandonasen al saber que éstas triunfaban—, hubo de alojarse en ella uno de los jefes que con Calonge venían, creo que un brigadier, que se puso enseguida a escribir en el despacho algún parte u oficio que sin duda le urgía poner. Pareció a la lealísima Juana que no era bien que persona tan calificada utilizara el tintero que de ordinario se usaba, y con gran aplomo, y suponiendo que a haber estado en casa sus amos así lo hicieran, trájole al brigadier una bella escribanía de plata, que con gran respeto y estima allí se conservaba, y que con no menos afecto guardo yo hoy, tanto por la persona a quien perteneció como por los que hubieron de hacerla tal presente y por la ocasión del obsequio. De todo enterará al lector la inscripción que en una cartela ostenta dicha escribanía, que transcribo aquí:

“Al celo y abnegación del facultativo don Juan de PeLAYO y España, el Ayuntamiento de Santander—. Epidemia de 1865”.

La pieza es de un bellísimo dibujo y de una ejecución

perfecta.

Al brigadier parece que le cayó en gracia la cándida obsequiosidad de la Juana, y claro está que rehusó servirse de la argentífera escribanía.

Pero la Juana encontraba muy natural que aquel buen señor, con todos sus galones y preeminencias, estuviese a las verdes y a las maduras.

Sucedió en esto que al poco rato, como el militar sintiera deseo de descansar, que harto lo habría menester después de tan ruda brega, se arrojó sobre la primera cama que al paso encontró, y sobre la cual aquella impasible guardiana, tan celosa del decoro de la casa, había extendido una rica colcha de damasco, de las guardadas para ocasiones solemnes. El fatigado guerrero echóse al lecho como en circunstancias tales nos hubiéramos echado todos, esto es, con cuantas prendas tenía encima, incluso las botas y aun las espuelas. Percatóse de ello la Juana, y llegándose a él, y comenzando a tirar de la colcha, para substraerla a aquel mal rato, díjole muy serena:

—Ya podía haber usted retirado la colcha.

Y el buen señor, en vez de enfadarse, y acordándose, sin duda, del favor anterior, toleróle en calma este disfavor, y contestó riéndose:

—Tiene usted razón que le sobra. Tire, tire para abajo.

II

Remotos orígenes de la Biblioteca Menéndez Pelayo.

A su ilustre jefe don Miguel Artigas.

La fundación de esta Biblioteca se pierde, no diré que en la noche de los tiempos, pero sí en la aurora de la vida de aquel precocísimo hermano mío, de aquel caso de bibliofilia congénita.¹

Yo creo que en cuanto poseyó un catecismo del Padre Astete, dos libros de cuentos infantiles y tres pliegos de aleluyas echó los cimientos a su librería, distribuyéndola, por el momento, en las tres secciones de "Ciencias Eclesiásticas", "Obras de vaga y amena literatura" y "Pliegos sueltos".

Lo que con toda exactitud recuerdo es que al poco tiempo hubo ya que hacerle merced, para que en él guardara sus libros, de cierto armario que hasta allí había desempeñado oficios de aparador.

No contaría yo más de ocho años cuando ya me regalaba duplicados.

Amaba a Dios sobre todas las cosas, y al libro, como a sí mismo.

1. Para conocer la historia de la primitiva Biblioteca véase: "Pedro Sánchez". "Algunos datos sobre la Biblioteca de Menéndez Pelayo".

Ateneo, núm. 11 (Madrid, 1906), pp. 459-461.

Mostró lo primero en los que escribió; lo segundo, en los que tuvo. Sin duda, para él, en cada hombre hay un libro, en cada libro había un prójimo. Como a prójimos los trataba y quería que se los tratase, y golpe o herida recibidos por ellos como dados a sí mismo los sentía, y aun los vengara si pudiera.

Lejos de ser bibliopirata, era un tirano conservador, que se creía obligado a velar por los volúmenes de todo el mundo. Juzgaba, por la pesadumbre que a él hubiera producido la pérdida o substracción de alguno de los suyos, lo que los demás coleccionistas sentirían en trance semejante.

Otra cosa le espantaba aún más, y al modo con que un honrado padre más quiere ver muerto a un hijo que verle sin honor, este padre universal de los libros hubiera preferido perder definitiva e irremediabilmente un ejemplar cualquiera a verle regresar a casa manchado o inutilizado, que son las dos formas que suele adoptar el deshonor en los libros. Porque de otra tercera, que alguna vez padecen también, no quería ni oír hablar: de la que resulta de cortar las hojas a dedo, técnica usada ya solamente por algunas tribus salvajes.

Por todo ello no podía sufrir en calma que nadie prestase un libro. Y eso que si hubo hombre pródigo de los suyos, fue él; pero en casita, a dos varas, lo más, del estante solariego y en paraje donde el lector pudiera ser convenientemente vigilado.

No se fiaba en el mundo más que de mí, y esto, según pienso, más que por mi condición de hermano, por la de *abibliófilo*.

En cierta ocasión, como me hallase yo mirando, en un libro que había sido del marqués de Morante, la leyenda que aparece en la parte baja del *ex libris* usado por éste, y que dice, como es sabido:

"J. Gómez de la Cortina et amicorum", llegóse a mí Marcelino, y me dijo, como curándose en salud, y por lo que pudiera tronar:

—Te advierto que eso es una broma, porque no presta-
ba un libro así lo matasen.

A lo que parece, la generosa oferta sólo rezaba con los *amicorum* que se tomaban el trabajo de ir a casa del aristócrata humanista.

Decía, en suma, que por un libro prestado comienza a deshacerse una biblioteca, como por un punto suelto una media. Y quién sabe si a la rigurosa y continua aplicación de este principio salvador, es decir, a la evitación constante de aquel peligro, debe acaso Santander la magnífica Biblioteca que aquel buen hijo suyo le legara.

Amaba, como el más empedernido bibliómano, la rareza o la elegancia de la edición, la nitidez y gentileza de la estampa, la encuadernación de época, el ejemplar en gran papel, el intonso, el de ediciones *no venales* —como decía el doctor Thebussen—, y, en fin, cuantas particularidades y excelencias suelen amarse en la parte externa y contingente de los libros. Pero, sobre todo ello, amó, y amóla más que nadie, el alma que en ellos vive, lo que dicen, lo que enseñan.

De lo que en él hubo de madurar este amor, el más grande acaso de su vida, después del que a Dios tuvo, me ha parecido que dará buena idea el documento que a continuación transcribo. Aparece extendido en una cuartilla de papel de cartas, escrita de su puño y letra; una letra infantil, muy terminada y clara, por la que hubieran dado algo bueno los cajistas que habían de componer los futuros originales de su autor.

Como preparación a la lectura de este curioso papel he de recordar que en el año 1868, a que se refiere esa lista que copio, apenas contaba mi hermano doce años de edad. Pienso yo que el lector no sabrá luego qué admirar aquí, en primer término: si la precocidad de aquella pasión por los libros; la preferencia dada en plena infancia a tan graves y serias lecturas. la delectación con que tan temprano apuntaba los aumentos de su incipiente librería, o, finalmente, la viva

gratitud que sentía por los generosos donantes, y que le llevaba a consignar el nombre de cada uno junto al título del libro por él regalado.

Dice así el documento:

“Nota de las obras que han ingresado en esta librería durante el año de 1868:

1^o.— Bossuet: *Discurso sobre la historia universal*.— Dos tomos.— Regalo de don Juan Pelayo.

2^o.— Ochoa: *Miscelánea de literatura, viajes, novelas*.— Un tomo.— Regalo de don Esteban Aparicio.

3^o.— Fortoul: *Fastos de Versalles*.— Un tomo.— Regalo de ídem.

4^o.— Larousse: *Florae latinae*.— Edición de lujo.— Un tomo.— Regalo de don Francisco Ganuza.

5^o.— L. Figuiet: *La terre et les mers*.— Edición de lujo.— Un tomo.— Regalo de don Marcelino Menéndez.

6^o.— Fenelón: *Traité de l'Existence de Dieu*.— Un tomo.— Regalo de ídem.

7^o.— *Los oficios de Cicerón*, traducidos por Balbuena.— Dos tomos.— Regalo de don Juan Pelayo.

8^o.— Chateaubriand: *Obras completas*.— Cuatro tomos.— Regalo de don Marcelino Menéndez.

9^o.— Balmes: *El criterio*.— Un tomo. 10 reales.

10.— Min Elli: *Comentarii in Tristes et Pontum Ovidii*.— Dos volúmenes.— 4 reales.

11.— Amador de los Ríos: *Estudio sobre los judíos de España*.— Un tomo.— Regalo de don J.P.

12.— Goldsmith: *Historia de Inglaterra*.— Cuatro tomos.— Regalo de doña Perpetua Menéndez.

13.— Márquez: *Arte explicado*.— Un tomo.— 4 reales.

14.— P. Virgilii Maronis: *Opera ad usum Delphini*.— Dos tomos.— Premio.

15.— Hermosilla: *Arte de hablar en prosa y verso*.— Dos tomos.— Premio.

16.— Cejudo: *Explicación del libro 4.^o y 5.^o de Gramática*.— Un tomo.— 4 reales.

17.— Colonia: *Rhetorica*.— Un tomo.— Regalo de don Francisco Ganuza.

18.— Quinti Curtii Rufi: *De Rebus gestis Alexandri cum notis*.— Un tomo.

19.— *Biblioteca de clásicos españoles*.— Se han recibido los tomos 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º.— Regalo de don Juan Pelayo y don Esteban Aparicio.

20.— *Catulli Tibulli et Propertii opera omnia*.— Un tomo.— Regalo de don José Posada Herrera.

Total de obras, 20.

Total de volúmenes, 34”.

Hasta aquí el que quizá podemos suponer primer índice, aunque parcial, de la Biblioteca Menéndez Pelayo. No serán ahora como inoportuno dos palabras que quiero decir sobre estos primeros favorecedores de la Biblioteca, a los que, si ya por otros méritos no se lo hubieran ganado, deberíamos agradecimiento por eso solo los santanderinos.

El famoso ministro asturiano que aparece como donante de una edición de Catulo veraneaba, como se sabe, en el lugar de Miengo, donde había reunido una selecta librería, y adonde hubo de llevar a mi hermano una tarde el ilustre abogado don Tomás Agüero, cariñoso amigo de nuestra casa, escritor y poeta en sus años mozos y alcalde santanderino de grata memoria, a quien alude, con el debido elogio, Marcelino en su *Epístola* a los amigos que le regalaron la Biblioteca Griega de Didot:

Ni a ti, que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy...

Quedó asombrado Posada Herrera² del tempranísimo saber de aquel chiquelo, que parecía haberse encajado por broma en la cabeza el entendimiento de un hombre maduro como otros de su edad juegan a ponerse el sombrero de su padre. Ofrecióle, en recuerdo de la visita, el libro que más

2. José Posada Herrera, vinculado por lazos de familia con Santander, fue Diputado por la capital y Torrelavega en numerosas legislaturas. Como dice Enrique Menéndez, veraneaba en Miengo.

le gustara, y el obsequiado, tras de una breve vacilación, cayo con su fina manecita sobre los tres enamorados poetas, de los que ya alcanzaría la *elegantia sermonis*, aunque no, seguramente, la malicia y licencia de muchos pasajes.

Don Francisco María Ganuza fué el catedrático de Latín que Marcelino tuvo, docto catador de las mieles clásicas, al que su discípulo dedica, en algún pasaje de sus obras, sentido recuerdo de cariño y reconocimiento, como a quien le había iniciado en el gusto e inteligencia estética de las letras latinas.

Don Esteban Aparicio³ enseñaba dibujo por aquellos años en nuestro Instituto provincial, del que pasó luego a la Escuela de Bellas Artes, de Madrid, en la que desempeñó no sé qué cátedra. Era pintor estimable, de cuya mano se conservan en Santander varias obras. Yo poseo, debido a este autor, un retrato de mi padre, y no me parece mala pintura, bien dibujado y bastante justo de entonación. Creo recordar que aún es mejor el del citado señor Ganuza; desde luego, el parecido —mérito muy secundario para la fama del pintor, mas no para la familia del retratado— era en ambos lienzos muy notable, como en otros que por el mismo tiempo hubo de trabajar este artista. También se ven en algunas casas de esta ciudad, autorizando su salón principal, según la costumbre de antaño, algunas copias, hechas por Aparicio, de una de las Concepciones de Murillo, la cual trasladaba con gran destreza y fidelidad. Fue hijo este don Esteban del pin-

3. Esteban Aparicio, maestro de numerosos pintores de su época, participó en la Exposición Provincial de Santander de 1866. Dió clases de pintura a la mujer de Pareda, Diodora de la Revilla (Vid. *La Abeja Montañesa*, 20 de octubre de 1866, pp. 2 y 3; Benito Madariaga y Celia Valbuena; *El Instituto de Santander (Estudios y Documentos)* Santander, Inst. Cultural de Cantabria, 1971, p. 268.

Entre los cuadros que pintó en Santander figura el retrato de don Marcelino Menéndez Pintado.

tor don José Aparicio, el autor del cuadro llamado *Del Hambre*, que figura en el Museo de Arte Moderno.⁴

Nuestra bonísima tía doña Perpetua Menéndez, citada también en ese índice de gratitud, preguntaría, sin duda, a su sobrino mayor qué aguinaldo deseaba aquel año, y él, en vez de pedir un ferrocarril de los que habían venido a la tienda de Predary, o bien una linterna mágica, de que ya se empezaba a hablar, pidió — ¡al diablo se le ocurre! — la *Historia de Inglaterra*, de Goldsmith. Partiéronos, con esta determinación, a los demás hermanos, vecinos y conmiltones, porque él podía disfrutar a su antojo de nuestros juguetes, y, en cambio, nosotros, ¡a ver para qué queríamos la *Historia de Inglaterra*!.

De don Juan de Pelayo, nuestro tío materno, he hecho ya mención en el anterior capítulo de estas MEMORIAS.

Por estos años, además de ejercer ya, con lucimiento y justa fama, su profesión, daba muy finas muestras de su culto ingenio poético en varios periódicos santanderinos, singularmente en *El Tío Cayetano*,⁵ modelo de sátira política, que con Pereda, Fernández de Velasco y otros escribía en los años de 68 y 69.

Finalmente, claro está que el don Marcelino Menéndez que en la lista de donantes figura no era el propio dueño de la naciente Biblioteca, sino nuestro venerado y excelente

4. José Aparicio (1773-1838), pintor de Cámara de Fernando VII, estudió pintura en Valencia y Madrid y estuvo pensionado en París y Roma. Gozó de gran estima en su tiempo por sus cuadros de temas históricos, entre los que figuran "El hambre en Madrid", "Combate de San Marcial", "Retrato de Diego Rabadán", etc. En 1817 fue nombrado individuo de mérito de la Academia.

5. Periódico de censura política en el que escribía Pereda y el grupo de amigos, afines a sus ideas tradicionalistas y conservadoras. El número 1 de la Primera época apareció en diciembre de 1858 y el de la Segunda en noviembre de 1868.

padre, primer sembrador de aquel campo de bendición, y a quien Dios, en premio, sin duda, de sus desvelos por adoc-trinar a los hijos de los demás, permitió modelar en el alma del suyo aquella obra maestra de ciencia y de virtud.

Tales fueron los modestos principios de que vino a na-cer la Biblioteca Menéndez Pelayo, que en 1868 cabía en un armario, que hasta allí había desempeñado oficios de aparador, y que hoy apenas encuentra holgura en el suntuoso pa-lacio español en que vive, gala arquitectónica de la ciudad, y cuya traza proyecta viva luz de fama sobre el nombre del malogrado artista montañés don Leonardo Rucabado.⁶

III

El juego de la apertura.— Don Alvaro de Luna, en San-tander.

Los hijos del marino echan barcos y los hacen navegar, aunque sea en una jofaina; los sobrinos del cura arman un altar en cada rincón de la casa, y allí dicen misa y cometen todo género de incoscientos y graciosas irreverencias; juegan a los soldados los chicos del militar, y, aunque en sus filas formemos todos, de ellos suelen ser las iniciativas de organi-zación y el mando supremo de las fuerzas. Todos, en fin, gustamos de copiar, cuando muchachos, la parte externa y decorativa de las respectivas profesiones paternas. No es de extrañar, por lo tanto, que mis hermanos y yo, hijos de un catedrático, jugarámos a la apertura esto es, tratáramos de

6. Fernando Segura: "Rucabado". *La Montaña*, núms. 50 y 51 (La Habana, 21 de diciembre de 1918), p. 2.

Julio G. de la Puente: "Rucabado". *La Montaña*, núm. 18 (La Habana, 3 de mayo de 1919).

remedar en la guardilla de nuestra casa, de la manera más absurda y con los más deficientes medios que puede imaginarse, la ceremonia oficial de abrir el curso en el Instituto de esta ciudad, acto que a nuestros ojos era cuanto de más solemne, brillante y deslumbrador podía celebrarse en el universo mundo.

He aquí la técnica de este interesante juego. Jugábase, por regla general, entre cuatro, que no daba más de sí por entonces la porción infantil de la familia, y a nuestros vecinitos y demás amigos sin duda debía aburrirles aquella viva representación, que a los de casa nos divertía tanto; acaso no habrían visto nunca la apertura, y, de todos modos, faltaríales seguramente aquel espíritu claustal y docente de que nosotros nos sentíamos animados. Repartíanse entre los cuatro los diversos papeles de la comedia, designándose, ante todo, al que había de tener el discurso inaugural, y que claro está que solía ser Marcelino.

Este del discurso era el único jugador que ostentaba una representación unipersonal, pues cada uno de los demás representábamos grupos enteros. Así, la niña —como, sin duda, por no haber en la casa más que ella, llamábamos a nuestra única hermana, y como todavía, siendo ya él senador del Reino y ella monja profesa, la seguía llamando Marcelino—, la niña, digo, era *los convidados*, asistía al acto muy grave y oronda, cubierta su cabecita rubia con un pinjajo negro, el cual, como todo era allí puro simulacro y figuración, debía tomarse nada menos que por una mantilla de blonda. Cierta primo nuestro, que con nosotros vivía, figuraba ser *las autoridades*, y era el que, cuando por azar la ceremonia llegaba hasta su término, declaraba, con toda solemnidad y guiñando mucho un ojo —que tenía este *tic nervioso*—, abierto el curso académico de tal a tal año. Yo, en fin, representaba, aunque indignamente, *a los premiados*, y no hacía sino ir y venir desde mi sitio a la mesa presidencial; de donde se me iba llamando con diferentes nombres, para

que recogiera unos papelitos, que eran los premios. Para ello tenía que descender de un alto y encumbrado diván a que me había encaramado, y que armábamos amontonando unos cajones que en la guardilla había. Apunto este secreto de tramoya porque era copia exacta de lo que sucedía en el Instituto y en la apertura de verdad, en que también las gradas del asiento que ocupaban los alumnos premiados eran cajones, que lo ví yo una vez en que, con gran disimulo, levanté una punta de la percalina roja que las cubría. ¡Para qué andaré uno levantando velos y mirando donde no le importa!

Hacía de tribuna, donde se acomodara el que había de leer el discurso, un palanganero que nos habíamos agenciado, de aquellos, de forma cuadrangular, que entonces se usaban, y que tenían en su parte baja una balda o tablero, en la que ahora, al transformarse en pulpito o tribuna, apoyaba sus pies el que leía, sacando el busto por el agujero circular que en el tablero superior estaba destinado a recibir la jofaina. Para introducir por él al disertante, pues él, por su propio esfuerzo, nunca hubiera podido, por ser muy alto el artefacto, tumbábamos éste en el suelo: en él se echaba también el improvisado doctor, de modo que sus pies quedaran junto a la abertura del palanganero, y a rastras iba metiéndose por él hasta los sobacos; acudíamos entonces los demás, y, poniéndolo todo en pie, doctor y tribuna quedaban aupados y enhiestos, y tan aptos como los que más para la importante función que iban a desempeñar.

* * *

Otro episodio de aquellos pretéritos tiempos, en el que también interviene Marcelino, quiero ahora dejar apuntado.

No quisiera equivocarme al dejar aquí consignada una fecha, pues los modernos historiadores estamos obligados a afinar mucho. Y ni en la crítica ni en la cronología se nos

permiten aquella vaguedad y falta de precisión, que tanto enfadan a cada paso en los viejos relatores de cosas que pasaron.

Así, pues, no dejaré afirmado de una manera absoluta que la primera *cabeza parlante* que por estas tierras se vió debió llegar a Santander hacia el año 1869 o 1870. Era nada menos que la del famoso y desgraciado Condestable de Castilla, y se exhibía en la calle del Peso (Rupalacio de otros autores), en un local inmediato, o muy cercano al menos, al que ocupó durante muchos años la Confitería Gaditana, benemérita institución, desaparecida hace poco, como otras tantas, al implacable soplo del tiempo, que todo lo aventaja y esparce. Así sopló — ¡malhaya él! — sobre la guantería de Alonso, de la cual había dicho, con harta razón, el maestro Pereda: “La guantería, como la salud, no se sabe lo que vale hasta que se pierde”.

Llegó, como digo, don Alvaro de Luna a Santander, y digo que llegó don Alvaro porque, aunque vino en pedazos, esto es, la cabeza por un lado y el cuerpo por otro, es lo cierto que llegó todo él. Fuí a verle, y aún me dura el espanto que me produjo aquella testa con melena, colocada sobre una mesa, en una especie de jofaina, abriendo y cerrando los ojos como si tal cosa y charlando tan impávida como si aquello de la decapitación no fuese con ella.

Para que el efecto teatral fuese aún más terrible, yacía derribado en el suelo el cuerpo del pobre valido, escarmiento un día de poderosos y soberbios y miedo ahora de chicos impresionables y nerviosos.

No lo era poco mi hermano Marcelino; pero ante la cabeza de don Alvaro, conservada por artes desconocidas, pudo más en él la curiosidad que el miedo, si es que alguno le dió. Puede que no se le diera el espeluznante espectáculo, pues juzgo muy verosímil que adivinara bien pronto el secreto de la tramoya.

Ello fué que, como el hombre que enseñaba la cabeza

—no la suya, sino la de don Alvaro— invitara a los espectadores a que dirigiesen a la espantable testa cuantas preguntas quisieran, atreviéndose Marcelino a inquirir de ella no sé qué datos relativos a la vida del famoso Condestable, y en vista de haber contestado la cabeza a satisfacción del mozuelo, fué éste animando y metiéndose en harina histórica, de tal modo que el pobre don Alvaro no sabía al poco rato dónde tenía la cabeza. Interesóse el público en aquel examen y residencia a que un chiquillo de tan corta edad sometía a personaje de tantas campanillas, a cuya suelta cabeza iban ya los concurrentes, al verla tan ataraguda y vacilante para contestar, perdiendo el respeto en el mismo grado en que se le iba ganando aquel preguntón de doce años.

Preguntóle, por ejemplo, en qué año hubo de escribir su libro *De las claras e virtuosas mujeres*; qué recado dió —subido ya al cadalso y a punto el verdugo— al gentil hombre Barrasa para el Príncipe su señor; por fin, no pocos detalles de la batalla de Olmedo. De nada tenía la menor noticia la buena de la cabeza.

Vino a poner término a la curiosa escena la intervención del hombre empresario o administrador del decapitado, el cual empresario, acercándose a una de las personas mayores que acompañaban al mozuco “Diga *usté*, caballero: ¿no se divertiría más este niño en el teatro o en cualquier otro *espectáculo*? Nuestro trabajo es más bien *pa* personas mayores. *Misté*, ahora hay casualmente en la Plaza de Toros, como sabrán *ustés*, unos moros, paisanos míos —servidor es de la provincia de Zamora—, que trabajan pero que muy bien. Yo creo que al chico le gustarían más que esto; hacen unos equilibrios... Si el señor quiere yo hablaría al que hace de moro mayor *pa* que le dejaran entrar, si es caso, hasta sin billete. Ya sé que tendrán *ustés pa* pagarle; pero, *pa* aquí, al chico le haría más ilusión”.

Rióse mucho este ingenioso quite con que el buen hombre quería librar a don Alvaro de las embestidas del

muchacho, y, al fin, retiróse éste del salón con sus acompañantes. Quiso en los días sucesivos volver a él, a marear de nuevo a la pobre cabeza; pero hízosele desistir por las gentes graves de la casa, a quienes justamente inspiraban compasión aquellos pobres hombres, que con tales trabajos y exponiéndose a tales revolcones históricos se ganaban la vida.

IV

Memorias escolares.— Una confesión heroica.— Cinematógrafo político.— Don Amadeo, veraneando.— Una habanera y una ciudadana.

Yo no fuí nunca —vergüenza da escribirlo bajo este techo— buen latino. Apenas si, cuando cursaba la docta lengua, hacía lo indispensable para evitar los castigos que al holgazán le están aparejados, y en cuanto a ciertos primores que en mis ejercicios de traducción fueron elogiados alguna vez, no eran, ¡ay!, obra mía, sino de aquel otro escolar que iba delante de mí en los estudios, como más tarde había de ir delante de todos sus contemporáneos en el amor y comprensión de la antigüedad clásica, mundo espiritual sobre el que más amorosa y constantemente proyectó aquel poderoso reflector de su genio crítico.

Algo debía sospechar de esta superchería con que el cariño fraternal encubría mi tibieza estudiantil el docto maestro, aquel mismo a quien tanto quiso mi hermano, y a quien confiesa haber debido su iniciación en el gusto por las letras latinas; porque sucedió una vez que, habiendo adolecido mi

mentor de unos crueles sabañones (que en mí y otros holgazanes hubieran estado mejor), y llegando a ulcerarse y a hacerle guardar cama, impidieronle una noche *sacarme*, como usábamos decir, la traducción —que lo era de un trozo de Salustio—, de donde vino a resultar no dar yo pie con bola cuando al día siguiente fui invitado en la cátedra a interpretar el malaventurado pasaje. Levantóse, pues, el bueno de don Francisco, y llegándose a mí, y tirándome de una oreja, dejó caer estas terribles palabras, que acaso entendí yo solo: —Hola; parece que anoche no bajó el cuervo.

No fui, en cambio, mal matemático, y aún recuerdo la aparente indiferencia y la real y disculpable satisfacción con que mi venerado padre, profesor de la asignatura, me reservaba para cuando los mejores del aula habían fracasado en la demostración de algún difícil teorema o en la resolución de algún problema más o menos enrevesado.

De fuera de casa, cuando suelto mi memoria a que espigue en este campo de los pasados tiempos, vuelve a traerme recuerdos bélicos o de honda transformación política, pues la revolución y la guerra eran los solos vapores de que entonces andaba cargado el aire, y con los que inflamaba las pasiones de los hombres y la curiosidad de los niños. La venida de Don Amadeo; la proclamación de la República; el golpe de Estado del 3 de Enero; la guerra carlista; la Restauración..., todos estos sucesos, y su repercusión en esta mi bien amada ciudad, flotan, claro está que algo rotos, y como desfilachados por la distancia, en las lejanías de mi memoria.

Recuerdo haber visto a Don Amadeo cuando vino a Santander⁷ en el verano de 1872; evoco su agradable figura,

7. Para más detalles sobre el viaje de Amadeo I a Santander puede verse el capítulo XXII del Episodio Nacional *Amadeo I*, de Benito Pérez Galdós. También Amós de Escalante se refirió a este viaje y últimamente Fernando Barrera y José Simón Cabarga han comentado las jornadas del

alta y derecha; véole paseando por el Sardinero en lo que algunos años más tarde llamábamos *El Pañuelo*, acompañado de alguno de sus ministros, acaso de Ruiz Zorrilla, y de nuestro simpático paisano don Arturo Pombo, que sería a la sazón muy joven, pero que debía ya ocupar en el mando de la ciudad algún importante puesto; mas al revelar, digámoslo así, esta imagen del Rey italiano, aparece con pantalón blanco y casaca cruzada, como de marino de uniforme de gala, y yo supongo que no andaría así por el Sardinero, donde hizo bastante larga estancia, y adoptaría traje más cómodo y fresco y más propio de la ocasión.

Sin duda, el recuerdo de algún grabado o estampa, que así le representaba, se superpone a la imagen tomada del natural, y me estropea y emborrona la placa.

Dióse en su honor un baile en el primitivo Casino del Sardinero, donde aún no se celebraban fiestas periódica y regularmente. Claro está que no asistí a ésta que digo, pues contaba yo a la sazón once años; pero sé, por haberlo oído entonces, que Su Majestad bailó en ella con dos de las señoras asistentes: la marquesa del Robrero, dama de singular hermosura, tan admirada por ella cuanto estimada por sus virtudes y noble carácter, y la señorita doña Isabel López Dóriga, después señora de Blanco Recio, otra de las más salientes figuras de nuestro pequeño mundo santanderino.

Del nuevo régimen político que siguió al efímero reinado del Duque de Aosta me han quedado en el oído los compases de una habanera, y en la retina, la figura de una mujer que empuñaba una bandera roja. La habanera era número obligado de todas las serenatas callejeras de aquellos días, y la mujer, personaje muy principal en cuantas fiestas

viaje regio en 1872 (Vid. Fernando Barreda: "El Sardinero". *Revista de Santander*, número extraordinario del verano de 1930, pp. 260-270; José Simón Cabarga: *Santander. (Biografía de una ciudad)* Tercera edición (Santander, edición de Librería Estvdio, 1979), pp. 389-390.

o manifestaciones republicanas se celebraban en la ciudad.

Recuerdo la música de aquel bailable, todo lo bien que permite mi desastroso oído. La letra, de una deliciosa incoherencia, decía así:

Republicana del alma mía:
tú, que a las flores envidia das,
ven, derribemos la Monarquía:
de mis amores reina serás.

La morenita que yo prefiero
es una niña muy liberal;
cuando la digo "por ti me muero",
responde: "¡Viva la libertad!".

La Republicana, como se la llamó hasta su muerte, era una honrada cigarrera, llamada —si yo no enmaraño los recuerdos— Agueda Montes, entusiasta por las glorias del gorro frigio y por los políticos que las encarnaban.⁸ Venía a ser, en la historia de nuestra política femenina, como la contraposición de la Paulita,⁹ verbo popular del dinatismo santanderino. Ambas coincidían, sin embargo, en el desinterés y fervor con que profesaron sus respectivas opiniones, y

8. A juicio de José Manuel González Herrán, la figura de Agueda Montes pudo inspirar el personaje de la cigarrera Amparo, protagonista de *La Tribuna*, de Emilia Pardo Bazán. De ser cierto, suponemos que la información pudo llegarla a través del republicano montañés Augusto González de Linares, amigo íntimo, como Galdós, de doña Emilia.

Cfr. José Manuel González Herrán: "*La Tribuna*, de E. Pardo Bazán, y un posible modelo real de su protagonista". *Insula*, núm. 346 (Madrid, septiembre de 1975), pp. 1, 7 y 8.

9. Sobre este curioso personaje femenino puede verse el libro de Rafael Gutiérrez Colomer: *Tipos populares santanderinos*. (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1976), pp. 101-106.

en ser, ante todo y sobre todo, *hijas de Santander*, esto es, dispuestas a engarrarse con el más fiero enemigo que pusiera en duda la superioridad de este pueblo sobre todo el resto del planeta.

Vaya usted a saber de qué oscuros orígenes sentimentales nació en estas dos buenas mujeres el tomar partido por una u otra forma de gobierno. La Paulita lo explicaba, ahora que me acuerdo, bastante satisfactoriamente: la amistad entre las dos familias, la de nuestros Reyes y la suya, era cosa vieja, pues ya su padre, Cleto Polidura, llevaba a pescar por la bahía a la Reina Doña Isabel, cuando ésta veraneaba en Santander. Acaso a la *Republicana* llevóla a serlo su respeto y admiración por alguno de los que aquí alzaron tal bandera; acaso oyó una vez la palabra candente, y por excelencia tribunicia, de Castelar cuando por aquí pasó, agitando a las gentes.

De cualquier modo, el caso es curioso. No suelen las mujeres santanderinas entusiasmarse con las mudanzas políticas, sabedoras, por triste experiencia, la gran señora y la menestra, de que el primer efecto de tales acaecimientos es siempre y por de pronto una perturbación económica en la casa. Ellas, tan sentimentales, no suelen encontrar bueno ni fácilmente aceptable régimen ni derecho que obliguen a un sacrificio pecuniario, con la sola excepción de los que se refieren al adorno de su persona o de su sala.

En cambio, a los chicos todo les es grata novedad y contento, aun aquellas transformaciones de la cosa pública que van acompañadas de más graves y dolorosos trastornos. Discúlpales, por una parte, su impotencia para abarcar y sentir las desdichas colectivas, obedientes acaso a una ley fisiológica de su organismo en formación, que no puede pensar ni sentir sino en beneficio propio; y por otra parte, el imperioso deseo de movimiento y de ruido, que les lleva a aceptar por bueno cuanto suena y cuanto se mueve. Busca siempre el alma humana reflejarse en los objetos de fuera y

derramarse con su calor propio en lo que la rodea. El mozo, si no tiene a mano una gran parada o un paso triunfal de tropas, acude a mezclarse entre la confusión de un montón y aun a presenciar la ejecución de un reo; a ver, en fin, algo que no ocurra todos los días, que mueva, en uno u otro sentido, a la gente y a la vida; el viejo, mientras tanto, halla un íntimo goce en volver la espalda a la multitud, y ni la pregunta acaso a dónde corre cuando se la encuentra, llenando apresurada y febril calles y plazas; anhela la soledad y calma, y gusta de que las cosas se tiñan de aquel melancólico reposo que él siente que va invadiendo su espíritu, como la sombra del monte va ganando el valle luego que el sol ha traspuesto la cima.

Así la guerra civil, suprema tristeza de las naciones, era para nosotros, los chicuelos santanderinos, un manantial de estimulantes y agrídulces sensaciones, con su continuo paso de tropas, sus *alojados*, sus embarques de generales y de pertrechos de campaña y sus partes "acabados de recibir...". Algo hay, sin embargo, que sobrenada en mis recuerdos de aquellos días vestido con los colores de la tragedia; es una impresión mixta de compasión y de espanto, aunque mezclada con otra de viva admiración y de un precoz orgullo de ser santanderino. Grabáronlas en mí el espectáculo de las frecuentes llegadas de heridos que desde el campo de la guerra, cuando ésta hubo de correrse hacia nuestras montañas por la parte en que lindan con las de Vizcaya, eran conducidos a esta ciudad para ser asistidos en los varios hospitales que aquí se dispusieron.

Pero esto, la evocación y relato de la caridad santanderina, merece capítulo aparte, como lo tendrá, sin duda, en aquel otro libro en que Dios escribe los merecimientos de los pueblos como los de los individuos.

V

Dos joyas olvidadas.— Siempre caritativa.— El colmo del agradecimiento.

Siempre fué la caridad prenda del corazón santanderino. Nuestro egregio poeta Escalante da, en un bellísimo romance, cabal y preciosa explicación de ello: la tierra montañesa, al verse tan hermosa, y al sentir cuán generoso y providente anduvo Dios con ella, trata de satisfacer, en moneda de buenas obras, la deuda de gratitud que con el Señor de todos tiene contraída:

Deudas tienes con el cielo,
y si en la tierra mortal
deudas al cielo se pagan
con buenas obras no más,
tus obras caritativas
dicen que anhelas quedar
con el cielo acreditada
y con tu conciencia en paz.

Véase ahora con qué fervor de enamorado enumera y aquilata el poeta tales deudas:

¿Cómo no las confesara
quien miró centellear
las estrellas de tu cielo
en las noches de San Juan;
quien oyó, cual acarician
la roca o el arenal,
en las tardes de Septiembre,
los sollozos de tu mar?

¡Tierra de las altas cimas,
fresca sombra, verde faz,
adoración de tus hijos,
de los extraños imán;
de la cual son frías nieves
corona y manto eternal,
y aguas y flores y brisas
la voz de su soledad!

¡Tierra gloriosa del roble,
rey del bosque secular,
que altivo ramaje ostenta
en trono de pedernal!

¡De memorias y grandezas
guarda fiel, lengua tenaz,
de esforzados pechos cuna,
de almas sublimes altar!

Tus valles anima el río;
tus breñas, el manantial;
la madre selva, tus montes;
tus huertos, el azahar;
y anchas olas que en tus mares
clamando vienen y van,
abriendo a tus naves paso
te traen gloria y caudal.

Si embozado en pardas nubes
el sol te esquivo fugaz,
y zumba el viento, y te mojan
rociadas del vendaval,
sombras de melancolía
mejor a tus gracias van,
que a nadie veda reir
saber en sazón llorar.

En rostro y en cielo enfada
perpetua serenidad;
porque a tiempos se entristece
tu cielo enamora más.

... ..

No fue compuesta esta linda pieza poética con ocasión de los sucesos que voy relatando, sino años más tarde, en 1878, y para una velada que hubo de celebrarse en el teatro de Santander a beneficio de su población obrera, víctima por entonces de grave crisis económica.¹⁰

Rara vez estos versos, llamados "de circunstancias", traen en sí el vigor artístico suficiente a asegurarles larga y respetada vida. Relampaguean unos instantes en la sala del teatro o el liceo, relampaguean acaso por el arte de un buen lector, y mústianse en seguida al par de las flores que enguinaldaban los muros o adornaban la cabeza y el pecho de las damas asistentes. Apenas si su inserción en los diarios de la mañana siguiente acierta a prolongar durante algunas horas su efímera vida, como el agua del búcaro la de las rosas en él colocadas al volver de la fiesta.

Injusticia parece de la suerte, pues muy a menudo son tales versos los que mayor fatiga han costado al poeta. Pero más bien será venganza del irritado númen, que no gusta de ser llamado a deshora ni rendido por la fuerza, sino de visitar libremente, y en las solas ocasiones que a él le plazcan, la morada de sus escogidos y familiares.

Ni aun las obras salidas del taller de los grandes maestros suelen librarse de la ley común. Mas claro está que esta regla consiente, como todas, excepciones.

Fuéronlo, en efecto, y de tal importancia, que bastan a hacer olvidar aquélla, cuantas composiciones de este género trabajó nuestro gran poeta montañés.

Entre las varias que con uno u otro fin patriótico o benéfico escribió aquel varón excelso, cuyo corazón y cuyo ingenio no encontró jamás cerrados quien quiera que a sus

10. Aparte de esta velada en favor de la clase obrera, se produjo en ese año un nuevo motivo de socorro a causa del temporal del 28 de abril que ocasionó numerosas víctimas entre los pescadores embarcados.

puertas llamase, acude ahora a mi memoria otra no menos bella y henchida de alta inspiración que el romance que en parte he transcrito, y en la que se canta el mismo hermoso espectáculo de la caridad santanderina.

Leyóse en otra función teatral dispuesta en nuestra ciudad para acrecer la limosna nacional destinada a aliviar los daños causados por la terrible inundación que en tierras de Murcia hubo en el año 1879.¹¹ Alúdese principalmente en esta hermosa poesía al generoso rasgo de nuestros marineros, que destinaron el producto íntegro de su pesca de un día al socorro de los afligidos murcianos, y pienso que pocas veces o ninguna, la reina de las virtudes habrá sido celebrada en tan vibrantes, sonoras y calientes estrofas.

Tierra de las palmeras y las flores,
hoy luto de las almas españolas,
¡cuándo ensordecería a tus clamores
la tierra de los montes y las olas!

... ..

Mira, madre sin hijos, y repara
cómo, en obras de amor nunca postrero,
en el cántabro golfo te prepara
su trabajosa ofrenda el marinero.

11. Se refiere a las inundaciones de ese año en Levante, que ocasionaron víctimas y destrozos en las provincias de Murcia, Alicante y Almería, motivando todo un movimiento de solidaridad en Santander y Torrelavega, donde se organizaron bailes y funciones benéficas y se recogieron ropas para los damnificados.

Con este motivo compusieron poemas alusivos Ricardo Olarán, Víctor Fernández Llera, E. Pico, Carlos Coello y Amós de Escalante (cfr. *El Aviso* de Santander de los días 23, 25, 28 y 30 de octubre y del 4, 8, 10, 13 y 15 de noviembre de 1879).

La composición de Escalante se publicó el último día citado y José Estraña escribió con este fin benéfico el juguete cómico "Una cita en el teatro".

De cuantos generosos hoy invita
la acongojada patria a socorrerte
¿quién va a buscar su dádiva bendita
más cerca del peligro y de la muerte?

Mañana, por correr a tu desgracia
sordos a torpes miedos y cautelas,
sobre un mar que de vidas no se sacia
darán al viento impávidas sus velas.

Y aunque tal vez al arenal mañana
la rota vela el vendaval arroje,
sendas del cielo el sacrificio allana:
su voluntad ve Dios; Dios los recoge.

¡Oh, del cielo escogidos corazones
de cuantos viven en dolor hermanos:
en tierra, niños; en la mar, leones;
héroes en vida, y al morir, cristianos!

... ..

Publicadas ambas obras en los periódicos de sus respectivas épocas, no hubieron de hallar luego cabida en ninguno de los dos volúmenes poéticos de su autor, sin duda por su índole circunstancial o por creerlos necesitados de explicación y comentario. Aquí, que tan naturalmente los han encontrado, me ha parecido bien reproducirlas, siquiera fragmentariamente, que al fin, por modesta que sea esta casa de mi libro, siempre ofrecerá mejor abrigo y reparo contra el olvido que la endeble y volandera tienda del periódico diario.

Siempre fue la caridad, como digo, prenda del corazón santanderino. Y no solo de la poesía mereció fervorosas alabanzas, sino también de los altos poderes del Estado. Esa constancia, en efecto, en practicar tan excelsa virtud —que tan bienquista hizo siempre a nuestra ciudad de las otras partes del Reino, que tan a satisfacción y gusto hace que vivan en ella naturales y forasteros, y que, sobre todo, atrae la bendición de Dios, como el arbolado la lluvia— hubo de granjearla el honroso dictado de “siempre benéfica”, que se mandó añadir en la leyenda de sus armas.

Mejor acaso que el de “siempre benéfica” hubiera sonado en muchos oídos el de “siempre caritativa”, no sé si por el tufillo que el primer adjetivo despidió o cosa semiláica y como de la primera Constitución, o porque el segundo —por esto será, sin duda— expresa más claramente el noble origen de la abnegación santanderina.

Fuéle concedido al tiempo de la repatriación de los soldados que tornaban de la primera guerra de Cuba; pero desde mucho antes tenía ganado.

Aquel memorable año, por ejemplo, de 1874, año de grandes tristezas para la Patria, como no pocos de los que le antecedieron y siguieron, fué también por esa razón para Santander, nunca rezagada ni tibia en llorar los dolores nacionales, ni perezosa en acorrerlos con los medios que su lealtad le sugiriera. Mas a la par fue aquella época tela y palenque en que ganó eternos laureles, de esos incruentos y santos que nadie mira con ceño verdear sobre la frente ajena, porque no representan victorias de hombres sobre hombres, esto es, de hermanos sobre hermanos, sino del hombre sobre sí mismo, de las pasiones buenas sobre las malas, de la caridad, en fin, sobre el dolor, que por sabia providencia de Dios, es a un tiempo su enemigo y su aliado.

Acudían los santanderinos en socorro de los pobres soldados a la vera misma del agua, a la misma escala de los vapores, que en número aterrador los conducían. Y allí mismo, sobre el muelle, eran confortados con los auxilios y regalos que los vecinos bajaban de sus casas; y manos blancas se disputaban el gusto y el honor de templarles el humeante caldo o de escanciarles el jerez tónico y alegrador del ánimo.

Allí, luego, se les acomodaba en las camillas, que eran conducidas por hombres de todos los linajes y condiciones, aristócratas todos de la virtud, viéndose hermanados más de una vez en el servicio de unas mismas parihuelas al opulento comerciante con su almacenero, al propietario con su conserje, al menestral con el escritor, al elegante con el

mendigo.

Así llegaban al hospital de sangre improvisado en Miranda, milagro viviente de la caridad cristiana, el cual fundaron y sostenían las señoras más principales de la ciudad, en connivencia con otra Junta central de ellas, constituida en Madrid, y con el benemérito Instituto de la Cruz Roja.

Allí llegó una noche, entre más de docientos heridos que trajo de Castro el *Vizcaíno Montañés*, uno de aquellos héroes oscuros gravemente lesionado en un pierna. Era un mozo simpático y jaranero, de la última quinta el pobre, y cuya buena pasta y desahogado humor le hacían aparecer superior a sus dolores y aún a la misma incertidumbre de su curación.

Desde los primeros momentos hubieron de aficionársele todos, señoras y médicos, enfermeros y dependientes, y él correspondía a tales muestras de piedad disimulando cuanto podía sus tormentos y expresando lo mejor que sabía su gratitud y su afecto.

Fue largo el tratamiento y muy penoso. Luchaban los cirujanos por ahorrar al infeliz muchacho la amputación de la pierna.

La grave afabilidad y ternura de aquel inolvidable doctor Zorrilla¹² y su gran pericia, con la de los demás profesores que servían el hospital, fueron llevando adelante el generoso empeño, y el alegre mozo, aunque amarillo y flaco todavía, como una judía seca, salió al cabo, del Asilo con su pata entera y su buen humor de siempre.

No cabe referir las protestas de agradecimiento y cari-

12. El doctor Zorrilla, a que se refiere Enrique Menéndez, suponemos sea el mismo que cita Pereda en *Tipos trashumantes*, como médico de los baños. Era el Dr. Juan José Zorrilla y García colaborador de *La Tertulia* y de los periódicos de la ciudad. Fue un médico de gran cultura y reconocido prestigio, al que hay que considerar como un precursor de la microbiología y la higiene en su tiempo.

ño que, entre chistes y entre lágrimas, hizo a todos al partirse para su pueblo, y muy en particular a la noble dama a quien había correspondido cuidarle, y a cuyos ojos había visto el soldado más de una vez asomar las lágrimas cuando le servía de amanuense para escribir a su madre.

Este sentimiento de profunda gratitud persistió en el convaleciente, como persiste en toda alma buena, y así lo demostraban con su rústica elocuencia las varias y ternísimas cartas que desde su tierra escribía a la aristocrática enfermera, la cual, por cierto, reunía a las grandes bellezas de su alma una hermosura de rostro que por aquellos días aparecía en todo su esplendor, y era acaso la mejor gala de que la ciudad podía enorgullecerse.

Una vez, no sabiendo, sin duda, el pobre licenciado cómo ponderar su gratitud, y creyendo que había ya agotado todos los conceptos que hacen al caso, se le ocurrió escribir al fin de una carta lo que abajo se pone:

“Mire *usté*, señora, tanto es lo *agradeció* que *usté* me tiene, que si no fuera porque cuando me fui al servicio quedé apalabrado con una moza de junto a mi casa, lo que es Julián Gutiérrez no se casaba con otra persona que con la que yo me sé”.

Como decía con inimitable gracia la *favorecida*, contándome, muchos años después, el sucedido.

—Realmente ¿qué más se le podía pedir al hombre?

VI

Una corona real y un birrete de doctor.— Señores que dijeron sí.— Papeles inéditos de Menéndez Pelayo.

En aquellos años de tan revuelto y tormentoso curso, de tanta agitación y trastorno y de tan hondo malestar nacional, incubábanse, no obstante —como se incuban siempre gérmenes de vida entre el fragor de la tormenta—, los de una doble restauración patriótica. Y calmada, al fin, la tempestad, sereno ya el cielo y sosegado el aire, hubieron de aparecer a la vez, sobre el horizonte que clareaba, gallardamente colocados sobre dos cabezas juveniles, una corona real y un birrete de doctor.

Al dirigir el reflector de la memoria sobre esta parte del camino miro a esos dos mancebos, de una misma edad próximamente, llegar a Santander en diferente guisa y casi al mismo tiempo.

Viene el uno montado sobre un caballo blanco, aclamado por la multitud, vitoreado por las gentes, tendidas a su marcha palmas y flores, engalanados en su honor balcones y ventanas, seguido de todo el aparato y magnífica pompa que como estela señala el paso de los reyes. Llámase Don Alfonso XII. El otro mozo emerge modestamente de un vagón de ferrocarril, y es a su llegada efusivamente abrazado por los suyos y por cariñosos amigos. Llámase don Marcelino Menéndez Pelayo.

Son dos esperanzas. Fía del uno la afligida y desangra-

da Patria el público sosiego; la curación de tanta herida; el remansarse de tanta exaltada pasión; el pacífico y armonioso desarrollo de su vida fabril y comercial; el inteligente cultivo de sus opulentos campos; el majestuoso vuelo de su genio artístico, y, por fin, la suspirada fusión, o la inteligencia al menos, de dos contrapuestos sentimientos y criterios... Fía del otro la gloriosa vindicación de su alcurnia intelectual, de su inmarcesible pasado científico y sabio, sobre cuyo robusto cimiento se edifique y levante el radiante porvenir del pensamiento español.

Malogró en flor la muerte las esperanzas puestas en el regio mozo; mas no las puestas en su sangre, con la cual quiso Dios que pasara, como profetizó nuestro Escalante:

el alma sin pavor, la fe española
del muerto rey al rey recién nacido.

Del incipiente doctor lograronse tan copiosos y maduros frutos, que excedieron a la más optimista previsión y risueño cálculo, y aunque no fue larga su vida, ya que se apagó en medio de su espléndida y fecunda tarde, y lejano aún el crepúsculo, fueron tan llenas y fecundas sus horas, que el mundo se pregunta, asombrado, si este edificio que aquél alzó es obra de un solo hombre o tarea en que han laborado varias generaciones de pensadores y de sabios.

Cabe a Santander la gloria de haber adivinado en aquel hijo suyo, bien a los comienzos de su existencia, al futuro paladín de la sana tradición española, y de haber comprendido cuánta prez iban a dar a la Patria las letras de aquel hombre, y cuánta luz, para volver a hallar su camino, a la desorientada cultura nacional.

Acudió, pues, solícita y generosa la ciudad a ofrecer al casi inberbe doctor los medios de ensanchar el campo de sus investigaciones y altos estudios, y sabidas son la espontaneidad y largueza con que el Consejo santanderino, a propues-

ta de su ilustre Alcalde, don José Ramón López Dóriga,¹³ acordó a mi hermano una pensión que le permitiera visitar las bibliotecas del extranjero, y sabidas son, igualmente, la prontitud y beneplácito con que la Diputación Provincial respondió al fraternal requerimiento del Municipio para que le ayudara en su patriótica empresa.¹⁴

Seguramente que holgarán los lectores de estas MEMORIAS de conocer los nombres que unánimemente votaron o, por mejor decir, aclamaron el acuerdo de aquella pensión. Sepan, pues, los santanderinos de hoy, tan orgullosos con la gloria de su ilustre conterráneo, y tan agradecidos al regalo que les hizo de su biblioteca —que fue hacerles el de su corazón—, a quienes deben el favor de haberle ayudado a volar hacia aquella y a echar los cimientos de ésta.

Tomóse el acuerdo el día 28 de Enero de 1876,¹⁵ por iniciativa, como se ha dicho, del señor López Dóriga, formulada en una bien escrita moción, y votáronle cuantos se hallaban presentes, que eran los señores:

13. Fue alcalde de Santander en los años 1875 y 1876, aunque anteriormente había desempeñado ya el cargo por pocos meses. A él se debe la propuesta formulada a la corporación municipal, en la Sesión del 17 de enero de 1876, para que se consignara una ayuda al joven Marcelino Menéndez Pelayo en sus viajes de estudios al extranjero. (Cfr. Marcelino Menéndez Pelayo: *Epistolario*, (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982), I, pp. 396-399 y 403.

14. Entre las ayudas ofrecidas estaba una carta de presentación que le dió Aurelio de la Revilla el 18 de Septiembre de 1876, para la señorita Matilde de Seixal que vivía en Lisboa. Marcelino no debió utilizar esta carta que archivó y figura entre sus papeles.

15. Vid. Boletín Oficial de la Provincia de Santander del 20 de mayo de 1876, p. 1.

Don	José Ramón López Dóriga.
"	Pedro Escalante.
"	Estanislao Abarca.
"	Pablo Larrínaga.
"	Elías Ortiz de la Torre.
"	Alfredo Martínez Infante.
"	Clemente López Dóriga.
"	Sandalio Orbeta.
"	Rafael Botín y Aguirre.
"	Zoilo Quintanilla.
"	José María Aguirre.
"	Salvador Regules.
"	Gerardo Róiz de la Parra.
"	Mario Martínez Peñalver.
"	Pedro Arce.
"	Ramón Fernández.
"	Eustasio Sierra.
"	Nicolás Ezcurra.

Al oficio en que fue comunicada a mi hermano la honrosa resolución municipal hubo éste de contestar con la siguiente acción de gracias, curioso documento en que se adivina ya cuál iba a ser durante toda su vida la dama de aquel andante caballero de la ciencia española y comienza a dibujarse el gigantesco plan de su labor futura:

"He recibido la muy atenta comunicación en que V. S. me participa, en nombre del Excelentísimo Ayuntamiento, el acuerdo en mi favor tomado en la sesión del 28 del corriente, mandando consignar en el presupuesto del próximo año económico la cantidad de 3.000 pesetas destinadas a sufragar en parte los gastos que se me originen en el caso de trasladarme al extranjero para continuar mis estudios, invitando al propio tiempo a la Excelentísima Diputación Provincial a que contribuya al mismo objeto. No encuentro, ilustrísimo señor, palabras que basten a expresar mi profun-

do agradecimiento por merced tan extremada y superior a mis escasos merecimientos. Ni mis estudios, por desdicha harto cortos, ni el muy limitado valer de mis ensayos literarios, pobres ciertamente de erudición y de doctrina, bastan a explicar a mis propios ojos la honra señaladísima que esa Corporación municipal me otorga. Sólo ha debido tener en cuenta, al concedérmela, el amor, en mí grande, aunque poco feliz, a la belleza realizada, en el terreno literario, y los nobles estudios clásicos y a los de erudición varia, tan útiles como sabrosos y deleitables. Hónrase el Municipio honrando las letras, aunque sea en el más obscuro e indigno de sus cultivadores.

Acepto con gozo la ocasión que dicho acuerdo me ofrece de extender y ampliar algún tanto mis modestas investigaciones. Dos objetos principales han de guiarme en el viaje que, bajo los auspicios de esa Corporación, y con un fin del todo literario, pienso emprender en breve. Es el primero conocer y penetrar en algún modo las literaturas extranjeras, cuyo estudio hállase sobre manera descuidado en España, a pesar de los grandes auxilios que indirectamente puede aportar a nuestra historia literaria.

El segundo propósito que a esta excursión me conduce toca aún más de cerca a puntos enlazados con nuestra erudición nacional. Existen en gran número, en las bibliotecas extranjeras, libros españoles rarísimos o de muy difícil consulta entre nosotros; libros impresos en ciudades de Italia, de los Países Bajos o de Alemania, durante los áureos días del siglo XVI. Cada día se hacen nuevos descubrimientos bibliográficos en tal sentido; de esperar es, pues, que una nueva exploración, aunque dirigida por manos tan inexpertas como las mías, pueda acrecentar más o menos el caudal de datos sobre ciertas materias recogidos. Comenzada tengo, tiempo ha, una *Historia de los heterodoxos españoles*, obra cuyos materiales existen en gran parte fuera de nuestro país, y que sólo puede llevarse a cumplido y feliz término

mediante detenidas pesquisas en los grandes depósitos bibliográficos de Inglaterra, Bélgica y Alemania, donde han ido a reunirse muchas de las obras dadas a la luz en aquellas y otras tierras extrañas por fugitivos españoles en los siglos XVI y XVII, y aun en el XVIII.

Inmenso es mi reconocimiento a la Corporación, que tan poderoso apoyo viene a prestarme en mis pobres trabajos e indagaciones. Eternamente viviré agradecido a los dignos representantes de esta ciudad natal, que así premian en sus hijos, no ya el mérito, sino la intención y el buen deseo, de suyo no muy poderosos, si, cual acontece en este caso, no van acompañados del entendimiento y del saber necesarios para fecundarlos.

Sírvase V. S. comunicar a ese Ayuntamiento, en la forma que más oportuna estime, esta sincera, aunque débil expresión de mi gratitud por el grande cuanto inmerecido favor que me dispensa.

Dios, etc."

Consignados ya los nombres de quienes formaban aquel Ayuntamiento que pensionó a quien "mostraba el entendimiento antes que el bozo", según expresión de nuestro gran Escalante, no es menos de justicia exhumar aquí la lista de los diputados provinciales que en su Corporación tomaron idéntico acuerdo. Fueron éstos los señores:

Parra (Presidente), Sautuola, Lastra, Varona, Pezuela, Bodega, Peña, Villa-Ceballos, Ceballos (D. F.), Díaz, Lanuza, Campo, Quevedo, Insausti, Tejada, Polanco, Quintanilla, Piñal, Cedrún, Soriano y Parra.

La carta o comunicación en que el agraciado acusó a la Corporación provincial recibo del oficio en que le trasladaba el acuerdo tomado viene a completar, en cierto modo, el plan de investigación erudita que aquél se proponía desarrollar por tierras extrañas, dice así:

"He recibido la muy atenta comunicación de 6 de Mayo, en que V. S. se digna participarme el acuerdo tomado

en mi favor por la Excelentísima Diputación Provincial conformándose con el dictamen, en términos para mí harto li-sonjeros y aun hiperbólicos, extendido por la Comisión de Fomento.

Excusado sería, ilustrísimo señor, el que yo intentase expresar mi profunda gratitud ante tan elevada muestra de aprecio y tan superior a mis cortos merecimientos. Pero ni convienen a la ilustración de V. S. vulgares acciones de gracias, ni yo estimo en tal ocasión oportunas las frases de uso corriente en parecidas circunstancias. Limítome, pues, a suplicar a V. S. se sirva poner en conocimiento de esa Excelentísima Corporación mi eterno agradecimiento a tales mercedes, anunciando al propio tiempo mi firme propósito de corresponder a ellas en el modo y forma que mis harto escasos conocimientos me lo permiten.

Y en verdad, ilustrísimo señor, que, si la honra que hoy me concede mi provincia natal hubiese recaído en sujeto de no tan escasas letras ni de tan débil entendimiento como yo, ancho campo se le ofrecía para realizar ampliamente los ilustrados y patrióticos fines de esa Diputación.

Comenzando por nuestra Cantabria, ¡cuántos puntos quedan aún inexplorados en su gloriosa historia! ¡Cuánto resta que hacer en su bibliografía! Algunas tareas he dedicado al estudio de las obras montañesas ilustres, pesaroso de la atención exclusiva que los historiadores de nuestro país dedican a las armas, cual si nunca hubiesen florecido las letras en esta comarca, en todo privilegiada. Aliéntame hoy la espontánea protección de los representantes de la provincia a continuar con nuevo ardor tales investigaciones, no del todo infructuosas, según entiendo.

Otros estudios de más general interés pienso llevar a cabo con la inesperada y generosa ayuda de la Excelentísima Diputación y Excelentísimo Ayuntamiento de Santander. En preparación tengo una *Bibliografía de traductores españoles de clásicos de la antigüedad*, obra no inútil, según

pienso, para la apreciación de las extrañas influencias en nuestra literatura nacional. Falta este trabajo entre nosotros; emprendióle a fines del siglo pasado el bibliotecario Pellicer; dejóle muy a los principios, sorprendido por la muerte, y yo he tomado sobre mis débiles hombros la carga, no liviana, de continuarle.

Para el total acabamiento de este trabajo se requieren aún detenidas investigaciones en ciertas bibliotecas de España, por mí todavía no exploradas, y, sobre todo, en las más celebres del extranjero. Mucho han de encerrar, aunque tal vez no tanto como pudiera sospecharse, útil para nuestro asunto, los grandes depósitos de impresos y manuscritos conocidos en París con los nombres de bibliotecas Nacional, del Arsenal, de Santa Genoveva y Mazarini; con el de Ambrosiana, en Milán; de Laurenciana, en Florencia; de San Marcos, en Venecia; de Vaticana, en Roma; de Real, en Nápoles. Y a muchas de ellas exceden en riquezas españolas el *Museo británico*, de Londres; la biblioteca del Colegio de la Universidad de Cambridge; algunas de los Países Bajos, muchas de Alemania, las de Munich y Viena, sobre todo, sin otras que sería prolijo y no necesario enumerar. Difícil, si no imposible, parece el registrarlos todo; pero con sacar a luz algo de los tesoros españoles esparcidos en diversos países extranjeros daré por satisfechos y cumplidos mis anhelos.

Aún exige más imperiosamente tales exploraciones mi comenzada *Historia de los heterodoxos españoles*, desde Prisciliano hasta nuestros días. Porque, si es cierto que para una parte considerable de ella suministran abundantes noticias los trabajos de Mackrie, Usoz, Wíffen y los recientes e importantísimos del sabio profesor de Strasburgo doctor Bohemer, cabe añadir a todos ellos muy curiosos datos, y queda, además, casi intacta la porción más extensa de dicha historia.

Algo intentaré yo en tal sentido: poco, muy poco lo-

graré, de seguro, realizar, y por eso no insisto más en tal asunto, para que nunca se me pueda acusar de largo en promesas y corto en obras.

Termino, por tanto, como empecé, dando las gracias a la Corporación provincial, que al honrar las letras en la persona del último y más oscuro de sus cultivadores da elevada muestra de ilustración, digna en verdad de los nobles representantes del solar montañés.

Sírvase V. S. hacer presente a esa Excelentísima Diputación mi reconocimiento eterno por la honra señalada que me dispensa”.

Marcelino conservó dilatada por todo el espacio de su vida, a ambas representaciones de su tierra nativa, la profunda gratitud que guarda todo hombre bien nacido a quien le favorece y ayuda, y todo enamorado de los libros a quien le proporciona los medios de adquirirlos o consultarlos. Todavía en el año 1906 ese noble sentimiento dicta a aquella alma nobilísima unas hermosas frases. Son del discurso con que contestó al mensaje que el Alcalde de la ciudad entregó-le, en nombre de ella, uno de los últimos días de dicho año:

“Es rasgo de hidalguía en los montañeses no recordar los beneficios que han hecho, ni siquiera cuando acumulan a ellos otros beneficios nuevos. Persuadidos, como nuestro prócer poeta del siglo XV, de que “dar es señorío, recibir es servidumbre”, a nadie hacen sentir el peso de tal servidumbre, en dichos ni en obras, y, honrando al que recibe el beneficio, se libran del temor de hacer ingratos. Y yo lo sería ciertamente si no declararse en tan solemne ocasión como esta que, gracias a aquel generoso arranque (quizá olvidado ya en Santander) de los que os precedieron en el regimiento de la villa y en la administración de su provincia, pude llegar a ser un modesto, pero asiduo trabajador de la ciencia literaria; importar a España algunas novedades útiles; educarme en la gimnasia del método histórico-crítico, en que tanto comienzan a aventajarme mis discípulos; entender con más

alto sentido lo español y acrisolar el amor de la Patria en el contrate con lenguas y literaturas extrañas”.

VII

Marcho “sobre” Valladolid.— Un interior.— ¡Zorrilla! o el Poeta.

Por nada del mundo consentiría yo que los historiadores futuros anduvieran descabezándose en averiguar qué hice de mi persona una vez terminados mis estudios en el Instituto de Santander y obtenido, por contera de ellos, el grado de Bachiller en Artes. Quede aquí, pues, consignado, para que en esta puntual historia no aparezcan los claros y lagunas que en la de Carlos V y algunas otras, que aquel mismo año fuí matriculado en el primer curso de la Facultad de Medicina en la Universidad de Valladolid, y que, llegados los últimos días de Septiembre, hube de emprender mi viaje hacia la efímera corte de Felipe III.

Digo, con frase militar, en el sumario de este capítulo, que marché sobre Valladolid, porque, en efecto, allá me dirigía en son de conquista y dominación, decidido a ganar, todo de una vez y apenas hubiere llegado, los más verdes laureles académicos, el asombro y admiración del claustro de doctores, la palma del donaire y gentileza estudiantiles y el amor de todas las niñas zangolotinas de mi edad y circunstancias.

Lo malo era —pero claro está que yo no pensaba en este pequeño inconveniente— que a aquella misma hora en que yo tomaba el tren en mi pueblo tomábanle en el suyo

otra porción de mozos, no menos dispuestos que yo a llevárselo todo de calle, flores y frutos, muchachas y sobresalientes... ¡Oh, la primera salida de los infantiles Quijotes! ¡Quién podrá describir su encanto y loco regocijo, aquel gallardo cabalgar sobre el *Rocinante* de la fantasía, ni aquel estrépito que al marchar van produciendo las armas con que nos apercibimos a la batalla, la osadía juvenil, la esperanza en el triunfo, la fe en la vida, la alegría invencible del sol que nace?

Es de advertir ahora —y tampoco sería bien que este dato se me hubiese quedado en el tintero— que al dar yo con mis huesos, y con una poca de carne que tenía, en la vieja ciudad castellana, era todavía harto tierno de edad, un tanto mimoso y enmadrado, y un si es no es impertinente y escogido en la mesa. Todas estas razones, además de la suprema de mi salud moral, debieron inducir a mi padre a buscarme un alojamiento que no fuera posada de estudiantes. Pesóme no poco esta determinación, pues uno de mis más vivos deseos al salir a estudios mayores era el de convivir con otros camaradas, prendado de antemano de aquella libertad y holgura que tal convivencia supone. ¿Por qué la mocedad ha de salir siempre a la plaza del mundo como los caballos en la de toros, con solo un ojo destapado, con el que mira al mal ejemplo y a toda la indisciplina y rebeldía?

Hallóse, al cabo, porque el amor de los padres siempre halla lo que busca, casa en que yo me acomodase, y de tal paz, respeto y cristiano ambiente, que apenas pudiera advertir que había dejado la mía. Componíase esta familia, que tan benévolamente me admitió a gustar la sal de su mesa, de una señora anciana y de dos hijas mozas, las cuales, no obstante, como me llevasen ocho o diez años, parecíame a mí otras dos respetables matronas.

Eran de Salamanca, y todo en aquella casa y en torno de aquellas figuras, que con tal afecto evoco al cabo de medio siglo, despedía un tan rancio aroma castellano y tenía

todo aquello una tal sazón de hogar español y cristiano, que apenas le he conocido semejante. Modesto, casi pobre, embellecíale la alegre y animosa virtud de unos seres bien avenidos con su mala fortuna, que alguna vez fue buena, y dueños del verdadero señorío, el cual más se muestra en el desprecio de la contraria suerte que en la embriaguez y vana satisfacción de la opulencia.

Es para mí tal recuerdo una de aquellas muletas en que nuestro espíritu, cuando le hacen ya cojear la edad y los desengaños, se apoya tembloroso para salir un rato a paseo...

Veo a aquellas excelentes y sencillas criaturas, cuando ahora me vuelvo a mirarlas con los ojos de la memoria —tan claros aún, por la misericordia de Dios, como velados tengo, también por su misericordia, éstos otros de la cara—, véolas, digo, durante la velada, a la hora del hogar, a esa en que el ángel enciende la lámpara en las casas honradas, así como el mismo Dios enciende por la mañana el sol de los cielos...

Congregámonos todos en la modesta salita, que nos sirve también de comedor y de cuarto de estudio, en torno a la camilla del brasero, a la que cubre un tapete de hule, en que están retratados todos los Papas, desde San Pedro hasta Pío IX, y cobija por los lados la castiza falda de bayeta verde. Ocupa la anciana señora, con un aire que pudiera llamarse de modesta majestad, el vetusto sofá adosado al muro, severamente vestida de negro, con peinado de cocas, entre las manos la calceta, ante los ojos unas gafas de oro, ya algo desvencijadas, y que alguna vez se deslizan curiosas hasta la punta de la nariz, como para ver qué pasa por debajo. Una de las señoritas cose o borda; la otra, que estudia para maestra, repasa sus lecciones, y yo me las entiendo como puedo con el *Tratado de Anatomía descriptiva*, del doctor Fort... En el brasero, mientras tanto, y protegido por la campana del azufrador, va ganando lentamente su punto y

sazón debidos el guisado de carne con patatas que poco después hemos de comernos, y al que servirá de heraldo una sopa de ajo, y de escolta, un postre de arrope, de dulce de acerolas o de queso de Villalón.

Así transcurren las primeras horas de la noche, en un honrado silencio, que sólo interrumpe, por azar, alguna observación o encargo que "para que no se le olvide" hace la señora a sus hijas. Por fin, yo me doy por suficientemente enterado, y así lo declaro, de cómo es el esfenoides, y como el mal ejemplo fructifica siempre, al punto la estudiante cierra también sus libros, y la costurera se prende en el pecho la aguja, como una bien ganada condecoración. Únicamente la calceta sigue, como el tiempo, hilando su trama, sin descanso ni tregua. Más, como el manejo de las agujas no impide el de la lengua, la bondadosa anciana cuenta, al par que los puntos de su media, anécdotas de su lejana juventud, modos y costumbres de la Salamanca de sus días, travesuras escolares de don Claudio Moyano y de otros pollos de la época. Cuenta muy bien y sabe dar a sus relatos cierto cómico interés, que a tiempos subraya desviando un instante de la calceta su vista y mirándonos socarronamente por encima de sus anteojos descoyuntados.

Una noche acertó a hablar de Zorrilla, que había sido amigo de su marido... ¡Para qué quería yo más día de fiesta que oír hablar de Zorrilla! Ya para entonces había yo leído no pocos versos del más grande poeta que España haya tenido, y gustado de ellos mucho más que la descripción del esfenoides. Al llegar ahora a la patria de mi ídolo literario, jamás negado ni substituído, parecióme que su sombra llenaba la ciudad toda como todo mi pensamiento.

¡Zorrilla...! He aquí al Poeta.¹⁶

Esta es la poesía, y no otra; ésta, capaz de reproducir

16. Narciso Alonso Cortés escribió en 1917 un importante estudio sobre *Zorrilla, su vida y sus obras*, publicado por el Excmo. Ayuntamiento de Valladolid.

el ruido con que rueda la ronca tempestad

y hasta

el rumor que levantan con sus plumas
las alas de Gabriel cuando camina,

o los locos saltos del caballo de Alhama, cuando en vano

él, con entrambas manos,
le recogió el rendaje,
hasta que el rudo belfo
tocó con el pretal.

A este escogido besó la diosa en la frente, y a pocos
más.

He aquí al vate, al adivino, al que sabe lo que va a
pasar, como sabe lo que pasó.

He aquí al mago evocador, que a su voz de trueno hace
comparecer a las edades que fueron y a las razas que pasa-
ron, y con su queja de niño mimado o de mujer enamorada
arranca al porvenir sus secretos.

He aquí al domador de multitudes, al confidente de so-
litarios, al camarada de los alegres, al consolador de los
tristes.

He aquí al orfebre soberano que sabe elegir las palabras
más bellas, las palabras-perlas, tan sin esfuerzo que parecen
ser ellas las que saltan, espontáneas y graciosas, a engarzarse
en el hilo de oro de aquellos inimitables versos.

He aquí al prodigioso músico, que con un mismo ritmo
externo hace que sus estrofas hiervan ahora de júbilo y en-
tusiasmo, languidezcan a poco melancólicas y amorosas o
truenen de indignación haciendo restallar como látigos los
versos.

He aquí al poeta... ¡Asombrosa misión y singular desti-
no los suyos! Acaso no sabe del propio y sabe el de los
mundos. Acaso analiza y excruta en vano sus afectos y nos
da perfecta razón de los nuestros. Acaso es infeliz este hom-

bre, que a tantos llevó la felicidad, siquiera momentáneamente. Acaso enriqueció a muchos de consuelos e ilusiones quien vive sin ilusión y llora sin consuelo. Este, que lo sabe todo, porque no estudia, sino que adivina, suele ignorar hasta los ápices cuál sea el camino de su ventura, eso que los hombres vulgares parecen saber de corrido y les hace moverse en una dirección determinada. A este otro, un viento le lleva y otro le trae; pero, ¿qué sublimes vuelos los suyos....!

He aquí, en fin, a Zorrilla, al poeta cristiano y español, al que dijo a su pueblo y a su gente cómo habrían sido, que fue decirles cómo habrían de ser. ¿Quién podrá señalar hasta dónde llegó en las almas la misteriosa influencia de esta poesía, calentada a la mortecina lumbre del hogar castellano, la cual él reanimó y convirtió de nuevo en luz y en llamas vivificadoras? ¿Quién, sino Dios, podrá apuntarle en su haber al poeta todos los actos de valor y heroísmo, de abnegación patriótica, de amorosos sacrificios, de militares hazañas, a que, como oculta vena de agua, dió vida esta sana y viril poesía? Sólo Dios sabe qué semillas dejó, aunque pareciera no dejar nada duradero, en las almas escogidas la lectura de estas prodigiosas leyendas, castellanas o granadinas, catecismos del honor, sumarios de las grandezas de la patria.

¡Zorrilla! Yo veo rodeado siempre este mágico nombre de un tan radiante nimbo de luz y grandeza, que apenas acierto a escribirle sino entre dos signos de admiración. Yo me obstino en ver en Zorrilla una misión providencial, en cierto modo paralela a la de mi hermano, y paréceme que, así como éste restituyó a España lo que él llamó —claro está que no hablando de sí mismo— “la conciencia reflexiva de su pasado”, el gran poeta castellano restituyóla la conciencia poética, no menos necesaria para la vida de los pueblos.

Zorrilla no fue más que poeta; pero, ¿no fue acaso bastante?

Y, sin embargo, atreverse a no ser más que poeta es una divina osadía. ¡Es renunciar a tantas cosas! Al medro perso-

nal, al aprecio y ayuda de los hombres "serios"... Es contentarse, de tejas abajo, con el aplauso de las muchedumbres, ruidoso y vano, como el trueno o como una función de pirotecnia, y, además, inconstante y tornadizo como cuando procede de la masa.

Hoy, por ejemplo, ¿no parece que va siendo moda desdenar a Zorrilla?

Pero, seamos justos: no nace este desdén en las muchedumbres, las cuales, si hoy parece que olvidan al poeta, es seguramente porque no le oyen, sino entre algunos críticos mal avenidos, sin duda, con admirar lo que tantos han admirado.

Acaso no es ya preciso que Zorrilla sea popular, y basta con que su memoria quede viva y venerada en unas cuántas almas esparcidas aquí y allá, al modo con que después que se ganó la plaza y retirado ya el ejército, sólo quedaron apostados algunos retenes o guardias que defiendan lo ganado y, en caso de necesidad, vuelvan a tocar "al arma"...

Entre tanto que esto llega, he aquí la frase que debe servir de santo y seña a aquellas fieles milicias:

¡Zorrilla! He aquí al poeta.

VIII

**El hospital de la Resurrección.— Cómo se evita un apodo.—
"Clavícula" y otros camaradas.— La estudiantina española.— Nuevo procedimiento electoral.**

El hospital de la Resurrección debía de hallarse, cuando yo en él estudiaba, en el mismo ser y estado que cuando

Cipión y Berganza, sus famosos custodios, dejando por una noche el santo asilo “en guarda de la confianza” saliéronse fuera a platicar sobre su varia y *aperrada* vida; o bien como le dejó el alférez Campuzano cuando de él salía “haciendo pinitos y dando traspiés como convaleciente”.

Justamente se envanece hoy Valladolid con su moderna y magnífica Escuela de Medicina, y del vetusto hospital en que la Facultad estuvo instalada no queda ya sino el relieve que, representando el Misterio, de que aquel tomó su nombre, campeaba en su frontispicio, y que actualmente se conserva en el interesante Museo de Santa Cruz.

Pero no; algo más queda, y son estas bizarras memorias estudiantiles, que, como al mío, alegraran a ratos todavía, con su luz de sol que se pone, el ánimo de mis condiscípulos que aún se tengan en pie. ¡Cuántos habrán ya sucumbido en esa dura y penosa campaña en que la profesión consiste, ocasión de tantos oscuros e ignorados heroísmos! ¡Cuántos habrán ya caído bajo el peso mortal de una vida llena de abnegación y de sacrificios, rara vez endulzados por la gratitud y el respeto de aquellos en cuyo favor se realizaron...! ¡Oh! Recibid, los que aún quedéis, como esas plantitas benéficas que la providencia de Dios hace brotar de trecho en trecho—, este abrazo que os mando, no menos efusivo y del alma que el que nos dábamos cada año cuando, pasadas las vacaciones, volvíamos a encontrarnos en el dintel del aula o en la puerta de la posada...

¡Felices estas MEMORIAS si logran llevaros unos momentos de solaz en medio de vuestras fecundas y humanitarias preocupaciones y transportaros, en las raudas alas del recuerdo, a aquellos días en que empezaba a echar flores nuestra vida, y a la vieja y destartada Escuela, que sólo nuestras voces y risas fueran capaces de alegrar y hacer sonreír!

De las muchas cosas que allí hube de aprender, las enseñadas en las aulas y clínicas no fueron acaso tan aprove-

chadas como debieran; en cambio, las aprendidas en los claustros y patios, donde entre clase y clase nos holgábamos los alumnos de Esculapio, acaso lo fueron más de lo que debieran. Alguna, sin embargo, de éstas últimas pudo sernos de gran utilidad, aunque yo, a Dios gracias, no haya necesitado ponerla en práctica. Tal fue la lección que sobre la manera de evitar a tiempo un apodo o remoquete nos dió un compañero. a quien llamaré Villalobos.

¡Tuvo que ver aquel lance! Fué en la clase de Anatomía. Llevábamos de repaso todo el esqueleto, y ninguno sabíamos, por lo tanto, qué hueso le tocaría roer.

Estaban todos ellos sobre una mesa del aula, confundidos y revueltos, como en un osario. Con que va el profesor y dice:

—A ver, señor Villalobos, coja usted una clavícula y descríbalala usted.

Villalobos, que no sabía cuál era la clavícula, lióse con el primer hueso que encontró, y que resultó ser un fémur. Excusado es decir que toda la clase se infló de risa.

—Tenga usted la bondad —añadió, impasible, el catedrático— de colocarse sobre sí mismo ese hueso en la posición que debe ocupar.

Cuando el desconcertado muchacho se lo puso delante del cuello y quedó como asomado a un balcón, aquello ya no fue reirse, sino bramar de gozo... A la salida de cátedra uno, que presumía de gracioso, echándole una mano al hombro, le dijo:

—¿Qué hay, *Clavícula*?

Y, ¿saben ustedes cómo supo evitar Villalobos que nadie le volviera a llamar *Clavícula*? Pues deshaciéndole una de un puñetazo al guasón aquél.

¿Qué habrá sido de *Clavícula*?

Nunca entró en sus cálculos estudiar Medicina, ni otra cosa alguna; pero, ¡qué noble y cariñoso era! Mereció un afecto que pudiera calificar de tremebundo; hacíanle una

gracia loca las coplas que yo escribía, las cuales él reputaba por las más graciosas que poeta alguno hubiera fraguado, y las defendía a sopapo limpio contra todo reparo y censura de los otros... ¡Le estoy viendo! Grandote y fuerte, era de todos los estudiantes de su época el más desaliñado de traje y el más torpe e inarmónico de movimientos. No acertó nunca, por ejemplo, a sujetar en sus botones correspondientes los puños postizos, y como manoteaba al hablar tan desconcertadamente, no era nada raro ver salir disparado por los aires uno de estos puños a estrellarse contra el pecho del interlocutor o contra la pared de enfrente. Bajábase su dueño a cogerle, y entonces se le venía sobre los ojos el bombín, que siempre le estaba pequeño, y se le caía la capa al suelo, de donde la recogía hecha una lástima de polvo o de barro, y así se la encapillaba... ¿Qué habrá sido de él? Este viento de la vida, que nos esparce por el mundo como a las hojas secas, ¿a dónde le habrá llevado? Si ahora volviéramos a vernos, puede que también a mí me deshiciera una clavícula; pero sería del abrazo que me diera.

Tampoco era sujeto insignificante ni vulgar, ni para no recordado, el gran Santisteban, que siempre entraba tarde en clase, cuando por rara casualidad iba a ella.

Solía entablar con uno de los profesores, harto bondadoso, diálogos como el siguiente, después que, tras de mucho estrépito de puerta y picaporte y mucho taconeo, llegaba a ocupar su banco acostumbrado:

—Algo retrasado llega el señor de Santisteban.

—¡Ay, don Fulano, si usted se hubiera acostado a la hora que yo!

—¿Ha estado usted, quizás, velando a algún enfermo?

—No, señor; no tengo salud para eso.

—Pues entonces...

—He estado en un baile; pero por compromiso puramente.

—Y la salud, ¿qué tal?

—Guasitas, no, don Fulano, que una cátedra es una cosa muy seria.

Excusado es decir que todos estábamos siempre deseando la llegada de Santisteban, que a tan regocijados intermedios daba ocasión, y pienso que tanto como nosotros la anhelaba el buen maestro, que en vano trataba de ocultar la gracia que le hacían aquellas saladísimas faltas de respeto.

Este Santisteban tenía, a lo menos, una holgazanería activa; quiero decir que, aunque no solía ir a la cátedra, iba a otra porción de sitios; por ejemplo, a todos aquellos en que tocaban a divertirse, y que, si es verdad que nunca tomaba en sus manos los libros, tomaba, en cambio, la baraja, el taco de billar y otros instrumentos de trabajo. Pero teníamos otro compañero —no condiscípulo, pues estudiaba Derecho— cuyo único vicio era estarse en la cama, donde lo mismo le daba pasar doce horas que diez y seis. Solamente a prima noche se le veía un rato en el café; solía venir entonces de la cama, y a ella se iba poco después. Decía este gran *quiescente* que “él, acostado, aguantaba mucho”, y fue el primero de quien oí decir que era “una fiera para el descanso”.

Con esta especie de estatua yacente formaba el más vigoroso contraste un gran amigo suyo, espuma de la inquietud y representación humana del movimiento continuo. Era el estudiante español tradicional y castizo, desgarrado y bromista, enamorado y pendenciero; de él no debiera hablarse sino en versos de Zorrilla, pues ciertamente que, como el otro,

él fue, haciendo sus papeles
en rondas y francachelas,
el alma de las vihuelas
y el terror de los bedeles.

No acababa jamás la carrera, la cual nunca había empezado más que oficialmente; y tal era la fama que había granjeado por sus pendencias, amoríos, rumantelas y alborotos,

que, cuando años después se supo que era médico, corrió como muy válida la especie de que para llegar a tal resultado había sido preciso considerar el caso como una cuestión de orden público, y que, reunida junta de autoridades, habían recabado éstas del Rector de la Universidad que a cualquiera costa se expidiese el grado de Licenciado a aquel sujeto, para que, abandonando la ciudad, recobrase ésta la paz y sosiego que le eran habituales. A este tal, que no era precisamente un modelo de sobriedad, encontramos cierta mañana otros colegas y yo sentado en el suelo, en plena calle de Santiago, junto a un pequeño pozo, en desorden el traje, derribado el sombrero y sin saber de la capa. Lloraba amargamente, y como le preguntásemos por la causa de su aflicción, nos respondió:

—Pues a la vista está; para una vez que bebe uno *champagne* no quiere pararle en el cuerpo ni una hora.

Otras muchas figuras de amigos y conmlitones vienen todavía, en las de esta melancólica evocación, a saludarme y pedirme un puesto en este desfile. Pero, ¿quién sería capaz de “poner en situación” al lector de transmitirle este íntimo deleite que yo siento al acogerlas?

Habría, pues, que irse a la mano en esto y tratar de avanzar en el relato, por si salimos a terreno que a él pueda parecer más despejado y entretenido. Perdóneseme entre tanto; he pasado tan largo rato mirando fijamente hacia ese sol de los recuerdos, que al volver a posar ahora la vista en las cuartillas me bailan sobre ellas rostros y siluetas, de que la retina, deslumbrada, tarda algún tiempo en desembarazarse.

Perezosos y diligentes, estudiosos y desaplicados, hubimos en esto de conmoovernos, todos a una, cuando, llegada la primavera, trajo consigo una memorable novedad y acaecimiento.

Fue este el paso por Valladolid de aquella famosa estudiantina que, organizada en la Corte de España, allá por es-

tos años de 1877 o 78, se trasladó a París, donde obtuvo el más lisonjero y sonado éxito, y de donde ahora volvía oprimida de laureles.¹⁷

Corrida por la Universidad y el Hospital la nueva de que llegaba la brillante comparsa, acordóse, por aclamación, acudir a saludarla en la estación del ferrocarril y obligarla con nuestros ruegos a detenerse en la vieja Pincia dos o tres días, a lo menos. Accedieron de buen grado a apuntarse una ovación más en su gloriosa lista los amables estudiantes madrileños.

Porque es de advertir que todos eran estudiantes auténticos y legítimos, sin trampa ni cartón ni mezcla de otro oficio alguno.

Venían muy guapos y compuestos con su ropilla y calzón de terciopelo negro, finas medias de seda y zapatos de charol con hebilla. No sé yo, a la verdad, cuándo hayan vestido nada de esto estudiantes de parte alguna, y más parecían, los que digo, caballeros asistentes en la Corte del Buen Retiro que teólogos y sopistas de Alcalá o de Salamanca. Pero, en fin, tal es, desde hace largos años, el disfraz del estudiante máscara, y ciertamente que a los que ahora volvían de Francia, muchachos finos y hechos a llevar con aire cualquier ropa, les caía a maravillas el convencional atalaje.

Tocaban, además, sus guitarras, violines y panderas tan gentil y concertadamente como no ha vuelto a tocar comparsa en el mundo, con todo lo cual y aquel como nimbo glorioso que traían sobre la frente, a punto estuvimos de enloquecer sus compañeros vallisoletanos, y con nosotros la ciudad toda y hasta la gente comarcana.

Hubo, entre otras fiestas, en el teatro de Calderón un animadísimo concierto, salpicado de versos y algún paso de

17. La Estudiantina Vallisoletana estuvo en Santander en marzo de 1889 y participó en un concierto organizado en el Teatro Principal (*El Aviso*, 7 de marzo de 1889, p. 2).

comedia. Ya en esa velada leí yo unos versos que había compuesto, y que, ¡loado sea Dios!, he olvidado completamente. Vérdad es que no había yo cumplido a la sazón quince años. ¡Lo que madruga el ripio!

Y llegó, por fin, la hora de que se marchara la estudian-tina.

No hay para qué decir que fuímos todos a acompañarla y despedirla.

No iban, en este último paso por las calles de Valladolid, formados y tocando los escolares madrileños, sino mezclados y revueltos con nosotros, en prenda de una completa fusión de ideas y sentimientos.

En señal, aún más clara, de fraternidad, habíamos cambiado unos y otros los respectivos sombreros, y era de ver la extraña figura que hacía un *paisano* vestido de *chaquet* y rematando en un sombrero de medio queso, y la no menos grotesca que hacían los de la estudian-tina tocados con los espantables bombines que por entonces se usaban.

En esta guisa atravesamos la calle de Santiago, y así nos entramos Campo-Grande adelante...

De pronto aquella compacta masa experimenta una sacudida y se detiene.

—¿Qué sucede? ¿Por qué nos paramos? —preguntan los que no van en la vanguardia.

—Es que va a hablar el *Mudo* —responde alguien—; y la respuesta corre, como ratón acosado, por entre toda la concurrencia. Realmente, la esperanza de oír hablar a un mudo era para hacer detener a cualquiera; pero, aunque ya sabíamos todos que la frase no debía interpretarse en su sentido literal, no por eso teníamos menor razón para hacer un alto en nuestra marcha. El *Mudo*, así llamado, irónicamente, porque no cerraba boca en todo el día, era uno de los más pintorescos y geniales tipos de estudiante que se haya conocido. Subióse, en esta ocasión que digo, no sé si a una farola del paseo o al respaldo de uno de sus bancos, y dijo algo por

este estilo:

—Compañeros: el cuerpo escolar de Valladolid no puede quedar bajo el peso de los rumores que por la Corte han circulado de que habíamos recibido hostilmente a estos queridos colegas de la estudiantina española. Propongo, pues, que una Comisión de escolares vallisoletanos acompañe hasta Madrid a nuestros queridos huéspedes, para dar testimonio de nuestro afecto y entusiasmo por ellos. Y como ya no queda tiempo de deliberar sobre el asunto, yo, con el beneplácito de todos vosotros, me nombro Comisión y os doy las más rendidas gracias por la distinción y confianza con que me honráis... ¡Viva el *Mudo*!

— ¡Viva! —repetimos todos.

Y por tan sencillo y rápido procedimiento quedó elegida la Comisión que acompañó hasta Madrid a la “Estudiantina española”.

IX

Recuerdos literarios.— Dos poetas y un cuentista.— La casa de Cervantes.— El “IDILIO”, de Núñez de Arce.— El “terrible laconismo”.

No faltaban entonces en Valladolid, como no faltan ahora, escritores y poetas que continuasen con decoro la alta tradición literaria de la histórica ciudad, patria de Suárez de Figueroa, de Hernando de Acuña y otros ingenios, y, sobre todo, del inmortal Zorrilla.

No residían a la sazón en ella ni éste ni Núñez de Arce; pero vivíala aún don Emilio Ferrari, excelente poeta, que

parecía haber tomado del primero de esos ilustres contrrreos suyos la inspiración caballeresca, el gusto y el sentido de las tradiciones patrias, la opulencia descriptiva y la riqueza de léxico, y del segundo, además de ciertos temas y motivos, no siempre muy poéticos, de gusto moderno, la nítida corrección y pulimento de sus estrofas, no superadas en este respecto, a mi humilde parecer, ni por las de su maestro y modelo.

Ciertamente que no comparto en modo alguno las ideas de Ferrari; más me declaro fervoroso admirador de su vivo ingenio y vigoroso estro y de sus dotes de estupendo versificador, como las calificó el P. Blanco García. Creo sinceramente que en el poema "Dos cetros y dos almas", por ejemplo, Ferrari, sube hasta aquellas cumbres a que dan sombra los laureles inmortales y por las que se pasean, tomando el sol de la gloria, Zorrilla y el Duque de Rivas. Ocupaban también lugar distinguido, aunque no tanto como Ferrari, en las letras vallisoletanas de aquellos días, Almoína y Caballero, Lope Torés, Acero, Martín Arroyo, Macho Quevedo, los catedráticos Cano y don Gregorio Martínez, y otros varios, cuyos nombres no me acuden ahora a la pluma.¹⁸ Allí escribía también Estrañi en periódicos festivos y mi paisano Albino A. Madrazo, que dirigía, según creo, un diario llamado *La Opinión*.

18. Tomás Acero, director en Valladolid del periódico "La Peña", destacó como autor de una canción elegíaca destinada a la muerte del marqués del Duero. Escribió también en colaboración con Lope Torés el juguete cómico titulado "La Condesa de Trifaldi".

Juan de Macho Quevedo y Menéndez, nacido en Reinosa en 1804, fue una de las figuras más sobresalientes de la abogacía en su siglo. Ejerció en Valladolid donde se especializó en temas mercantiles, falleciendo en esta misma ciudad en 1880.

Gregorio Martínez (1810-1877), agustino, natural de Valladolid, fue autor de obras religiosas, como *Cuadernos de pláticas doctrinales y morales*.

También de entre los de mi promoción salieron varios poetas. Conmigo estudiaba Anatomía Sinesio Delgado. Este escritor cómico, tan justamente celebrado luego por sus regocijados sainetes y sus versos festivos, empezaba a dar muestras de su ingenio en los periódicos vallisoletanos. Escribió en estos años de 1977 o 78 — ¡puede que ni él mismo se acuerde! — un drama romántico, titulado *En la cruz del puñal*, que hubo de representarse en una función celebrada en el teatro de Lope para redimir del servicio militar a un estudiante pobre. No mucho después, Sinesio ahorcaba los libros de Medicina y se iba a Madrid, donde al poco tiempo dirigía ya el *Madrid Cómico*, semanario de merecida fama y grata memoria.

Creo recordar que cuando estudiábamos puso en verso la descripción del hueso *etmoides*. La rima nos ayudaba muy eficazmente a retener en la memoria la configuración de tan extraña parte de la calavera. ¿No fue Sinesio quien la versificó?

Otros dos poetas con quienes yo andaba a todas horas eran estudiantes de Derecho, y llamábanse Juan Menéndez Pidal,¹⁹ que logró hacer famoso su nombre, y Fidel González de Bustamante, a quien Dios no se lo permitió, llevándolo de este mundo en hora temprana.

Juan era ya por aquellos días uno de los hombres más buenos, formales y ecuanímes de que yo hago memoria. Ya sus versos no parecían de muchacho, sino de poeta muy hecho. Era, además, modelo de estudiantes. Su seriedad no enfadaba como la de otros mozos, porque estaba llena de afabilidad y efusión para sus amigos, y si nos parecía al-

19. Amigo de Enrique Menéndez en los años de estudiante en Valladolid, estudió Derecho y perteneció al Cuerpo de Archiveros. Fue político, historiador y poeta. En esta especialidad adquirió renombre por su colección de romances asturianos que recogió y publicó con el título de *Poesía popular*. También fue muy leído su libro *Alalá*.

go prematura en nada nos ofendía, porque en nada cortaba los vuelos a la intimidad y alegría juveniles. Trájole, en cambio, la ventaja de encontrarse ya hecho, cuando llegó la hora de usarle, el continente que debe adoptar un gobernador civil, un académico de la Española, un diputado a Cortes y un director del Archivo Histórico Nacional, que todo esto fue y todo ello y mucho más merecía haber sido. Fue, además, y sobre todo ello, un noble y exquisito poeta, cuya balada *Lux aeterna* bastara muy holgadamente a su fama. ¡Cuán de veras le lloré cuando llegó el momento de que fuera para él realidad cumplida ese título de su más famosa composición!

A no menos altas cumbres de la fama hubiera llegado nuestro malogrado Fidel. Nunca la muerte se atrevió a una tan florida y esperanzada primavera humana.

De Fidel Bustamante sí que pudo decirse que todo le sonreía y que él sonreía a todo. Sano, robusto, de bella y varonil figura, inteligente, rico, adorado por unos padres que no tenían otro hijo... ¿puede la vida mirar a hombre alguno con más amor y ternura?

Pasó de este mundo mi pobre amigo siendo aún estudiante, en días de exámenes, que para él eran siempre días de triunfo y de laureles, y acaso no fueron extraños a su fin el ajetreo y las emociones de aquellos trances escolares, que él, lleno de pundonor y de celo por la alegría y satisfacción de sus padres, tomaba siempre muy por lo serio. Dejó muy lindas poesías, de tan honrada y sana inspiración como correspondía a su noble personalidad espiritual, las cuales figurarían con muy honrosa nota en una Antología — que ya debiera estar hecha — de poetas montañeses.

Escribía Fidel, como todos los poetas mozos, versos tristes. Es tan curioso como constante este fenómeno de la risueña y alegre juventud haciendo la corte a la tristeza. Acaso esta reina y señora de la vida siente celos hasta de esos pocos años en que nos cantan dentro los pájaros de la

dicha, que tan rara vez llegan a anidar en nosotros.

Acaso la amamos por la ley del contraste, por avidez de gustar la vida en toda su integridad, de comernos la fruta con hueso y todo. Diríase también que, sintiéndonos a esa edad tan alegres, tan descaradamente alegres, experimentamos el rubor de nuestro contento, y por cumplir con las gentes nos fingimos a ratos tristes y desventurados. Pero no; es indudable que la tristeza nos atrae entonces con su pálida y misteriosa hermosura. ¡Es tan bello sentirse triste! Triste con esa tristeza que se desprende de un claro de luna; del rumor apagado de una fuente; de algo pasajero y accidental, porque, cuando luego va de veras, ¡qué prosaicamente desolados nos sentimos! ¡Qué vulgarísimos accesos de disnea moral éstos que nos acometen...!

En fin, que la tristeza es deliciosa para novia; pero, ¡ay de los que se desposan con ella!

Era también de la *peña* otro montañés, Juan Campuzano, en quien apenas despuntaba aún la afición literaria, y que más tarde había de hacer justamente estimado el pseudónimo de *Juan Sierrapando*, puesto al pie de muy sabrosos y castizos cuentos montañeses.²⁰

Ya no vive tampoco: murió cristianamente en Santander en 1919.

Juan Menéndez, Fidel y yo —y claro está que otros va-

20. Juan González Campuzano ("Juan Sierrapando"), periodista y cuentista santanderino fue autor de un vocabulario montañés, que revisó y anotó Eduardo de Huidobro y apareció publicado en el Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo en 1920, núms. 1 al 6, pp. 5-10; 59-68; 113-125 y 255-264.

Sobre Juan Sierrapando véanse las necrológicas aparecidas en la revista *La Montaña* de La Habana número 26, del 28 de junio de 1919 y núm. 35 del 30 de agosto de este mismo año.

rios— leíamos versos en las veladas de la Juventud Católica, fundada por entonces en Valladolid como en otras capitales, institución muy estimable y bien intencionada, que proporcionaba con sus fiestas literarias limpio y apropiado cauce a las inspiraciones poéticas o a las aficiones históricas y filosóficas de los mozos de aquellos tiempos. Colaborábamos, además, en una revistilla denominada *Revista literaria*.

También en la Casa de Cervantes se leían dos veces al año, en los aniversarios de su muerte y nacimiento, versos y prosas en alabanza del glorioso escritor. No estaba entonces tenida la famosa vivienda con el artístico decoro y manifiesta utilidad con que lo está en el día, alhajada como podemos suponer que la tendría su inmortal inquilino de hace cuatro siglos, y convertida en rica biblioteca cervantina; pero la buena voluntad y vivo cervantismo del farmacéutico señor Pérez Mínguez, que sin duda la tenía arrendada, habíanla convertido en un pequeño museo arqueológico.

Allí, como digo, varios poetas locales y algunos transeúntes nos “metíamos” periódicamente con el gran ingenio. También yo me metí con él en una de esas ocasiones. Con décimas le agredí, que eran entonces el explosivo más de moda, la estrofa obligada para cantar estos asuntos graves y de loor. ¡Qué a menos había venido para entonces la pobre décima, tan dúctil, elegante y bien trenzada en manos de nuestros viejos poetas y en buena hora restituída por Ricardo León, a su prístino esplendor y gallardía, para “alivio de caminantes” y sedentarios.

Buenas eran, claro está, las de *El Vértigo*, porque en Núñez de Arce, todo primor, de forma, es cosa natural y corriente, y realzábala, con la magia de su arte, el actor Calvo.

Gran éxito alcanzó por entonces este nuevo género de espectáculo teatral, o sea la lectura o recitación de poetas líricos. A la de *El Vértigo* —que Calvo decía vestido de trovador, en el salón de un castillo, de cuyos moradores ame-

niza la velada con su relato— siguió la lectura de *El Idilio*, de aquel mismo famoso autor, una de las obras maestras de la moderna literatura castellana.

No se explicará fácilmente que obra de tan sana y honrada inspiración pudiera inducir a tres inexpertos mancebos a una mala acción y reprobable aventura. Pero así fue.

Llegados a Valladolid la noticia del éxito alcanzado por *El Idilio*, y casi simultáneamente, ejemplares del mismo a las librerías, dime prisa a comprar uno. Leíle vorazmente, en compañía de Fidel Bustamante y otros amigos, y en tal manera nos agradó y soliviantó —que esta es la palabra— aquella poesía, que inmediatamente concertamos entre el propio Fidel, mi otro gran amigo Dámaso Ferrer y yo escaparnos a Madrid para escuchar una de las públicas lecturas del poema. No tenía en mis dos compañeros de fuga gran importancia ni malicia la travesurilla; pero sí las tenía, en mí, que no vivía, como ellos, en casa de huéspedes, sino en el seno de una respetable familia y atendido por ella con aquel mimo y regalo que en otra parte he dicho.

Y dimos, a la mañana siguiente, con nuestros cuerpos en Madrid, y por la noche, en el teatro de la Zarzuela, que era en el que las lecturas de Calvo se celebraban.

A punto estuvimos de que se nos aguara la fiesta, pues bajando durante un intermedio de la función al *foyer* guipamos desde la escalera a mi hermano Marcelino, de quien todo el día andábamos huyendo, y que se dirigía hacia la sala. Acompañábase otro señor de mucha más edad que él, aunque muy restaurado y compuesto. Corriendo los tiempos tuve la ocasión de conocerle; era el famoso cronista de salones *Asmodeo*, estimable novelista y, además, dramaturgo.

En esa noche que digo, vendrían, sin duda, Marcelino y él de comer en alguna casa elegante, o se disponían a ir más tarde a algún salón principal, pues ambos iban en *grand tenu*, cuando, con espanto, los vimos penetrar en la Zarzuela.

De vuelta de nuestra escapatoria, el bonísimo Dámaso, que más tiempo pasaba en mi casa que en la suya, acompañóme a comparecer ante las atribuladas señoras, a quienes tan mala partida habíamos jugado.

Otorgáronnos generosamente su perdón, y la anciana díjonos al cabo:

—Vaya, todo quede olvidado. Lo que ahora tienen que hacer ustedes es ir a telegrafiar a sus padres para tranquilizarlos.

Así lo hicimos, no poco contentos de haber salido con tan poco trabajo de aquel trance, que nuestra culpada conciencia nos presentaba como terrible. En nuestro aceleramiento no se nos ocurrió, para redactar el telegrama, otra fórmula que ésta: “Llegamos sin novedad”. No recuerdo si iba dirigido al ilustre médico don José Ferrer, padre de mi amigo, o a mi propio padre.

No habían transcurrido muchas horas cuando recibimos respuesta a nuestro parte. Era otro, suscrito por ambos señores, que no decía más que ésto: “Eso es lo peor”.

X

**A Madrid.— Otra casa de Cervantes y otra casa de la Tro-
ya.— Más estudiantadas.— Una recepción académica:
un rasgo de “El curioso parlante”.**

La segunda vez que fui a Madrid no lo hice a cencerros tapados y en tercera, como antaño, sino con todos los honores que me correspondían y con un baúl nuevo. Iba ahora, con las licencias en regla, a proseguir en la Corte mis estudios médicos.

Al cabo de unos días, pasados en el Hotel de las Cuatro Naciones, en el que mi hermano tenía su residencia, me fuí a vivir con Pepe Ortiz de la Torre a la posada en que él paraba, calle de Cervantes, número 2, piso segundo.

Cuando, desembocando por la calle de León, llegué frente a la casa y vi sobre la puerta de entrada un busto del excelso manco y una lápida en que se leía que allí había vivido, dije para mis adentros: "Aquí las pago todas juntas". Y me zumbaban en los oídos las malhadadas décimas que en Valladolid le había disparado.

Mas el espíritu del grande hombre, si por suerte había quedado algo de él entre los muros de aquella vivienda, no tuvo a bien ir a perturbar ninguna noche mi sueño de adolescente. ¡Tan hecho a perdonar debía de hallarse aquél a quien ya sus contemporáneos hubieron de dar mil ocasiones en que ejercer tal virtud!

No andaba muy glorificada, que digamos, la egregia memoria del escritor con los inquilinos que ahora ocupaban la casa. Había en el piso principal una de préstamos, una de huéspedes en el segundo y un alborotado taller de costureras en el tercero... Pero, bien miradas las cosas, ¿no estaba allí sintéticamente representada la vida toda? De una parte, la alegre risa de la gente moza, la gárrula carcajada del vivir descuidado y sin cavilaciones; de otra, las miserias de la mala fortuna, aquella especie de triste playa donde iban llegando los restos de mil angustiosos naufragios...

¿No constituía acaso el mejor homenaje, para el más alto traductor que la vida tuvo, esta varia y pintoresca vecindad, que tan vigorosamente la compendiaaba?

En aquella posada se comía bastante bien y se jugaba mejor.

Componían su población ejemplares de todos los tipos de estudiantes conocidos: el empollón, el juergista, el conquistador, el que pasa el día cepillando su americana, el que le invierte en hacer cigarrillos y descifrar charadas...

Venía a ser, en cierto modo, otra *Casa de la Troya*, salvo claro está, la falta de unidad regional y, por lo tanto, de luz y tonalidad uniformes que tiene, sin perjuicio de su rica e intrínseca variedad, el precioso cuadro de Pérez Lugín. ¡Qué hermoso y sano libro el suyo!

Los sábados *teníamos gente* Pepe Ortiz y yo; es decir, recibíamos en nuestro común gabinete a la parte montañesa de la casa y a otros varios conterráneos. Poco antes de la hora señalada para la *soirée*, subíamos, no sin cierta solemnidad, de una cantina próxima, unos pasteles de hojaldre, muy sabrosos y grandes — ¡mentira parece que pudieran dar aquello por diez céntimos!— y una botella de un Cariñena no enteramente despreciable.

Solía comenzar la velada por una sesión de juegos de manos; el que no mucho después había de ser ilustre cirujano, honra de la España médica y gloria de la Montaña, vestíase de frac, que no sé de donde diablos había sacado, y empezaba a escamotear cuantos objetos le presentábamos, con la misma destreza y rapidez con que más tarde había de escamotear a cualquier cristiano un riñón, dos costillas o una cuarta de intestino.

Después, cualquiera de los asistentes leía en alta voz en algún libro de Pereda, cuyas asombrosas pinturas de la tierra montañesa y geniales retratos de sus gentes exaltaba momentáneamente nuestra nostalgia, viva siempre, aunque adormilada de ordinario al arrullo de la vida y alegría madrileñas. De las maravillosas páginas parecían desprenderse e inundar la estancia, ya el acre y salobre olor de la resaca, ya el blando y ensoñador de la hierba recién tumbada.

De estos sacros aromas estuvo siempre impregnado el aire que respiré, porque, al trasladarme al siguiente curso a otra hospedería, algo troyesca también, como en toda otra mutación de domicilio, llevé siempre conmigo alguno de estos pomos en que se guardan tan vivaces y exquisitas esencias. *El sabor de la Tierruca, Don Gonzalo González de la Gonzalera, Tipos y paisajes...*

De dos camaradas con quienes yo padecí cautiverio en esta nueva posada, el uno era ingenuo y bondadoso, confiado como un niño, *sensillote*, que dicen en su tierra de vizcaínos, un tanto dado a la zambra y al bureo. Era el otro no menos bondadoso y leal; pero de más conchas y travesura, ingenioso en las burlas y muy lucido en las veras.

Parecíanse en lo amigos de divertirse y en ser excelentes colegas míos; pero en lo físico eran de todo en todo opuestos: el vascongado, grueso, carilleno, más picaba en bajo que en hombre de buena estatura; el otro era cenceño y gallardo, aventajado de talla, de rostro aniñado e inocente, que, como dejaba sin subrayar las chistosas ocurrencias de su dueño, hacía que resultaran éstas más cómicas y saladas.

El primero era, además, tan distraído, que sólo a él puede acontecerle caer tantas veces seguidas en un pérfido lazo que el otro huésped y yo le tendíamos. Es el caso que solía recogerse el tal muy tarde, nunca antes de las dos o dos y media de la mañana; ya no recuerdo, como ha pasado tanto tiempo, qué tenía que hacer hasta hora tan avanzada en la calle. Dormíamos los otros dos huéspedes en un mismo gabinete —así le llamaremos interinamente—, y sucedía que, no habiendo en la casa más que un quinqué solo, el colega trasnochador tenía que entrar a recogerle de sobre la mesa de noche, que paraba entre nuestras dos camas; encendíale allí mismo, si le encontraba ya apagado y a nosotros dormidos, y le conducía procesionalmente a su habitación. Una noche, y en *justo castigo a su perversidad*, como aún estuviéramos nosotros charlando de cama a cama y le sintiéramos abrir la puerta de la escalera con su llavín, matamos de un soplo la luz, y nos fingimos presa de la más profunda modorra. Entró nuestro hombre de puntillas, que era muy considerado; echó una cerilla, empuñó decidido el tubo, y... excuso decir que no fue una jaculatoria, precisamente, lo que soltó al sentir la quemadura del vidrio en la mano.

La broma no es ciertamente digna de pasar a la historia, ni casi de ser contada una sola vez; pero, ¿habrá quien crea que pudimos repetirla impunemente durante ocho o más días consecutivos? Pues así pasó, y solamente al ir a empezar la novena o décima representación del sainete fue cuando ya se le oyó decir al entrar en la habitación:

—Dormiditos estáis, eh?

Otra le jugó mi compañero de cuarto, la cual he recordado en estos días próximos a la Semana Santa, en los que extiendo este capítulo; al comparar mentalmente aquella gala y esmero en el vestir con que entonces se acudía a los templos con este constante *deshabillé* en que ahora andamos, que tiene a mengua y cursilería hacer variación ninguna en el traje en tan adecuada ocasión, como debiera ser ésta para todo cristiano. ¿Qué dama excusaba en tales días el crujiente vestido de seda, ni tocarse con la heredada mantilla, ni arrollar a su muñeca el rosario de *nácar y de oro*?

¿Qué caballero, estudiante o ya letrado, su levita negra y su sombrero alto?

Bueno; pues el amigo aquel de la cara aniñada había comprado uno de última moda hacía pocos días, nada menos que en casa de Villasante. Ahora que la moda no le *favorecía* nada, pues el modelo recién llegado era alto de copa y muy abierto de ala, y le *comía* la cara a aquel elegante de cría. En cambio, le sentaba muy bien el que tenía el vizcaíno, recogido y menudo, tal como hasta allí se habían llevado.

Había el primero conseguido permiso para ir a pasar las vacaciones de la Semana Mayor a su ciudad nativa, donde claro es que pensaba eclipsar a toda la provincianería bien vestida con sus arreos y aire cortesanos. Y el día en que se marchaba, aprovechando no estar en casa el vascongado, extrajo de su cárcel de cartón el sombrero de éste y le hizo pasar a su sombrerera propia, dejando en lugar suyo, y como en prenda, la desdeñada aunque flamante chistera.

Cuando llegó el Jueves Santo dispúsose el burlado a ir a lucirse a la Carrera, y se percató del cambio de sombreros; llegó a enfadarse de veras.

En vano trataba yo de calmarle, recordándole que, al fin, el suyo procedía de un sombrerero vulgar, y el otro era de Villasante.

—¡Aunque sea de Villademonios! —replicaba, muy enojado.

Claro que se le pasó en seguida el enojo, y que, cuando el otro regresó a Madrid, toda su imprecación se redujo a estas palabras:

—Ya podías haber dicho.

Como el estudiante viajero vestía luto por una de sus abuelas, hubo de hacer poner una gasa en el sombrero de su amigo para poder usarle allá en su tierra, y con gasa se le devolvió al tornar a la Corte. El vascongado, que era perezoso, así le siguió gastando, y cuando alguien le preguntaba por quién tenía luto, contestaba:

—¿Luto tengo...? Ah, sí; por la abuela de un amigo mío.

Un peligro, aunque no pareciera muy inminente, pesaba sobre dos de nosotros: sobre Tomás Agüero,²¹ que éste era el muy bribón que se llevó a Santander la chistera del vizcaíno, y sobre mí. Es el caso que nos alojábamos en una casa tan modesta que, de haberlo hecho por humildad, mucho nos hubiera valido para ganar el cielo; pero es también el caso que nuestros confiados padres la pagaban como muy buena. No lo cuento para darme tono de pasar, en colaboración con mi colega, por autor de esta treta estudiantil, pues no me cabe duda de que estaría inventada hace ya muchos lustros, sino para explicar el riesgo que nos amenazaba... el de que nuestros *encargados* —así se llamaban entonces las

21. Miembro de las tertulias peredianas, Tomás C. Agüero fue un destacado jurisconsulto y escritor en sus ratos de ocio.

personas que cuidaban, en representación de los padres, de cada estudiante, y por orden de aquéllos le proveían de lo necesario— nos visitasen algún día y se diesen cuenta de aquella fea superchería. Era el mío, como se deja entender, mi llorado Marcelino; el de Tomás, don José Posada Herrera. Cuidábamos nosotros, para evitar su visita, de hacérselas muy frecuentes, y el peligro no llegó en efecto, a ser catástrofe. Ambos sujetos eran, por otra parte, gente muy ocupada, y esto nos favorecía no poco.

Precisamente por aquella época preparaba mi hermano su recepción en la Real Academia Española, trabajando aquel maravilloso discurso sobre nuestros poetas místicos. La solemnidad literaria, aunque a menudo repetida, cobraba en esta ocasión excepcional interés, por la temprana edad del nuevo *inmortal*, primero que a los veintitrés años era llamado a ocupar un sillón en aquella casa.

Acudió a la fiesta tan extraordinario concurso de gentes como cuenta este párrafo, de una carta de Fernández Guerra a don Manuel Milá, interesante, además, por algún otro detalle de que da noticia....

“Su discípulo de usted, nuestro Menéndez Pelayo, hizo ayer su ingreso triunfal en la Academia. Baste decir que todas las aristocracias llenaron el edificio, y que ni Castelar ni otros académicos pudieron penetrar en los salones. Felicito al maestro que le dió vida intelectual, como felicité al padre que le dió la existencia. Estaba sentado detrás de mí, y cuando el Director abrazaba a Marcelino yo abrazaba al padre, con extrañeza del público, que mostró sumo gozo cuando supo quien era aquella persona...”

La misma impresión, respecto de la nunca vista afluencia de espectadores, expresa, en un lindo folleto, *Une réception académique en Espagne*, el escritor francés Albert Savine, que asistió al acto.

“On ne s’étonnera donc point que la réunion fut brillante et qu’on trouvât, dans l’escalier et sur la porte de la

rue, une foule désireuse de voir cet académicien de vingt-trois ans”.

En aquella memorable ocasión conocí yo, y vi por única vez, a don Ramón de Mesonero Romanos, el más equilibrado, apacible y clásicamente gracioso de los escritores de costumbres. Era de los pocos que aún vestían el uniforme de académico. Creo recordar que se componía de calzón y casaca de color castaña, franjeados de palmas verdes; medias blancas y zapatos de hebilla; tricornio y espadín, el cual, sin duda, servía para pinchar a los galicismos o para otros semejantes menesteres, pues no es de suponer que las disputas literarias llegasen nunca a punto de que tuviesen que hablar los estoques.

El Curioso Parlante era ya muy viejo por aquellos días; pero yo hubiera jurado que conservaba aún las mismas gafas de redondos cristales con que aparece retratado en la simpática edición, con *santos*, de Gaspar y Roig, en que había yo leído las “Escenas Matritenses”. Aunque se hallaba bastante sordo, no quiso dejar de honrar a Marcelino con su asistencia y su abrazo en día tan grato para su nuevo compañero.

Y no se contentó con darle esta prueba de su admiración y afecto el ilustre *setentón*, sino que, pidiéndole, luego que terminó la ceremonia, el ejemplar en que había leído su discurso, dijo cariñosamente:

—Este, para su señora madre.

Y a nuestra madre tuvo la fineza de enviársele, y aquí entre mis papeles le conservo yo con la veneración y estima a que por tantos motivos es acreedor.

XI

Menéndez Pelayo en el "mundo".— Prosigue la historia del hombre a quien no sucedió nada.

Algunos cronistas, de excelente intención, sin duda, pero algo preocupados con el recuerdo del tipo clásico del erudito, han pintado al gran poeta de la Crítica como un ser casi misántropo, retraído por carácter y por hábito.

Acaso estudiaron desde un poco lejos, aunque llenos de admiración y respeto por ella, esta originalísima figura de sabio, que se escapa de todos los moldes prevenidos de antemano. Acaso le conocieron en los últimos años de su gloriosa vida, achacoso ya y trabajado por el reuma propio y por la emulación ajena, algo descuidado en el vestir, aunque siempre limpio en su ropa y señorial en su porte, y tomaron acaso por gesto de displicencia lo que no era sino el sello augusto de resignada melancolía que los desengaños de la vida ponen en los hombres superiores.

Veíanle, por otra parte, sin esa corte de que otros grandes de la inteligencia suelen rodearse —porque éste grande era de la estirpe real de los humildes y nunca gustó del incienso—, y pensaron, los que a última hora le conocieron, que también sería inaccesible a la franca efusiva amistad. ¡Oh, no! ¿Quién la tributó más fervoroso culto, ni supo poner más cándida y sinceramente su corazón y su entendimiento al servicio de todos?

Fue aficionadísimo Marcelino a la sociedad de las gentes escogidas, y frecuentó durante mucho tiempo los más aristocráticos salones de Madrid, en los que ocupó el puesto a que le daban derecho, aparte de su alto prestigio y significación intelectual, su cordial amabilidad, su no afectada finura y su hidalga y esmerada educación.

Cierto es que el gusto por la parte más externa y ruidosa del gran mundo, por sus agitadas fiestas y dorada frivolidad, no suele sobrevivir, en hombres de su temple espiritual, a las ilusiones de los años mozos, ni compadecerse bien con los afanes de la edad madura ni con la austera visión de la vida que aquélla trae a los altos entendimientos.

Pero mientras sus achaques físicos no le fueron confiando a la soledad de su casa no dejó nunca de cultivar aquellas amistades, de entre las contraídas en su vida de hombre de mundo, que eran más merecedoras de perdurar en su afecto y en su memoria.

Eran varias de ellas de grandes señoras que le profesaron siempre muy sincera y noble estimación. Son las mujeres en estas cumbres de la sociedad, como también en sus zonas más modestas, quienes con innegable derecho refrendan o dejan sin efecto, social al menos, las patentes de hombre de mérito expedidas por la crítica y la Prensa. Someten ellas a tales hombres a un particular examen; con el presu-mido nada quieren; más gánales la voluntad —hablo siempre de afectos limpios y de damas de talento— los sencillos y sinceros.

Enamoraban en mi hermano su ingenuidad y su modestia, prendas mucho más estimadas de lo que creen los que no la conocen, en la franca y señorialmente llana sociedad madrileña.

Por estos años que digo, asistía cotidianamente a las fiestas y comidas de la alta sociedad. Sentábanle a su mesa semanalmente, o le invitaban a sus bailes y tertulias, los condes de Guaqui, los de Pinohermoso, la duquesa de Soto-

mayor; la marquesa de Casa-Loring; los esposos Bauer; las señoritas de Ramos Power y de Manjón; las duquesas de Fernán-Núñez y de Alba; los marqueses de Molíns, de Pidal, de Vallejo; don Antonio Cánovas, los marqueses de Comillas y cuantas personas, en suma, de distinción y linaje fueron gala de la Corte de Don Alfonso XII y de la Regencia. Por entonces, y en estas elegantes latitudes, hubo de conocerle Zorrilla, y a ello alude en los *Recuerdos del tiempo viejo* con estas palabras: "Recibía conmigo a su mesa esta gentilísima señora —refiérese a la condesa de Guaqui, más tarde duquesa de Villahermosa— a ese prodigio de memoria, de erudición y de precocidad que se llama Menéndez Pelayo; al infatigable Grilo..."

También el señor Pérez Villamil da cariñoso testimonio de esta fase mundana de la vida del sabio.

En su curioso artículo "Los primeros y los últimos años de Menéndez Pelayo en Madrid", publicado en el número homenaje que la *Revista de Archivos* dedicó a la Memoria de mi hermano, dice el ilustre arqueólogo: "Pues este crítico maravilloso, este erudito inagotable y siempre original, que ponía el escalpelo de su análisis sobre los pergaminos infolios de los grandes teólogos del siglo XVI... era... un mozalbete que iba conmigo a los bailes de la condesa de Villalobos, madre del actual marqués de Cerralbo, y allí festejaba galantemente a las muchachas más guapas, y bailaba... virginias, lanceros y rigodones. Creo ofrecer con esto un nuevo aspecto de la vida íntima de Menéndez Pelayo, que contribuirá a dar a conocer sus prodigiosas facultades, mediante las cuales hacía compatible la vida del sabio más profundo, propia de la edad madura, con las honestas recreaciones de la juventud..."

"¿Cuándo estudiaba este jovenzuelo de veintidós años, que, sobre estar escribiendo obra de tanta erudición y crítica tan honda como los *Heterodoxos*, aún le sobraba tiempo para dedicarse a la poesía...? Por la tarde paseaba con el

señor Fernández-Guerra; comía y almorzaba en diversas casas; asistía a bailes y saraos, y a tarea tan ardua como la de escribir la historia del pensamiento español en las altas regiones de la teología y de la filosofía añadía la de componer poesías de factura clásica, en las que reverdecían los laureles de los poetas griegos y romanos”.

Iba a última hora a tomar el té con la Duquesa de Rivas, viuda del egregio autor de *Don Alvaro*. Y me ha contado Viana, su nieto, que, aunque él era a la sazón muy niño, aún recuerda con qué maternal interés solía dar la ilustre anciana al precocísimo sabio consejos y avisos sobre menesteres de economía doméstica y arreglo de su persona.

Una de las más sólidas y duraderas amistades que por entonces contrajo Marcelino —como que sólo pudo acabarla la muerte— fue la de la marquesa viuda de Viluma y sus dos hijos Pedro y Joaquina. Era el primero, o sea el marqués, uno de los más amenos y agudos conversadores que tuvo el *Veloz-Club*. Perico Viluma, como le llamaban todos, fue una de las más salientes figuras de la sociedad de aquellos días, y se llevaba de calle el afecto y simpatía de cuantos le trataban. Acabado tipo del aristócrata español, y, sobre todo, madrileño; castizo y sin mezcla; distinguido, sin ocuparse de parecerlo; culto para su deleite, y no para su lucimiento, que a ratos anda con el rey, a ratos con un fraile, otros con un torero; adorador de lo pintoresco y lo ingenio, de lo original y artístico..., era Viluma amigo de todo el mundo, menos de los cursis y de los pedantes, y con todo transigía, menos con un discurso grandilocuente, con el “teatro de ideas” o con una página impresionista. Aunque algo alegre y desparramado en sus mocedades, conservó siempre intactos su fe religiosa y su innato señorío y elevación de espíritu, de que dio gallarda muestra cuando los reveses de la fortuna y los quebrantos de la salud movieronle a un tiempo cruda guerra. De su inteligentísima y bondadosa hermana he de apuntar más adelante un retrato.

Alternativamente con estas fiestas y banquetes del mundo elegante acudía Marcelino, aquel mozo a quien el tiempo daba para todo y para mucho más, a otros ágapes y cuchipandas de literatos y eruditos: a casa de Cañete, de Fernández-Guerra, de Barbieri... Son saladísimas algunas de las invitaciones que el gran músico le hacía. "Mañana —dice una— es miércoles de gorriones indecentes, *ubi est friticum et vinum*. A los postres se repartirán *Cancioneros*... ¡Qué no faltes, Monstruo querido!" Sin duda, lo que se repartió a los postres serían ejemplares del precioso *Cancionero musical de los siglos XVI y XVII*, que publicó el eminente maestro.

Solamente una noche a la semana quedábale libre a mi hermano para disponer de su persona, y solía entonces convidarme a comer en Lhardy o en Los Cisnes, donde mi estudiantil apetito recibía en corte y mi estómago celebraba sa-rao. Después íbamos al teatro, en el que, bien comido, y sin la pesadumbre de haber pagado la butaca, me parecían excelentes cuantas comedias veía representar.

Dominaba, casi con dominio absoluto, don José Echegaray la escena española. Por este tiempo estrenóse el que la crítica tiene por su mejor drama, o sea *El Gran Galeoto*. Interpretaban este teatro, por lo general harto sombrío y pesimista, con mucho amor y acierto, los grandes actores Calvo y Vico, muy bien secundados por sus respectivas compañías. Mario y la Tubau, al frente de otros buenos comediantes, representaban, por su parte, la alta comedia o las piezas francamente cómicas con una perfección y ajuste casi desconocidos hasta entonces. Abastecían este teatro de la Comedia y el de Lara, inaugurado poco antes, autores de tan lozano ingenio como Eusebio Blasco, Miguel Echegaray, Vital Aza, Ramos Carrión, mi querido paisano Sierra, Estremera y otros que en este instante no me asoman a la pluma.

En la primavera solía actuar en la Comedia alguna compañía extranjera. Allí vi y admiré, y aún me duran el deleite y el asombro, al gran trágico Rossi. Como si la hubiera presenciado anoche, recuerdo una representación del *Hamlet*: jamás el escalofrío de la emoción artística ha precedido en mí a una tan violenta fiebre de admiración.

Volviendo al mundo real, y continuando esta veraz, aunque deslavada historia, sepan sus pacientes lectores que poco después licencióse en Medicina y Cirugía “el hombre a quien no sucedió nada”, pues no es suceder nada a un español esto de licenciarse, ni aún de doctorarse en una o en otra Facultad.

Y aconteció que, no sintiendo yo por entonces gran devoción por la práctica de mi carrera, y habiéndome, por otra parte, aficionado (según yo creía) a la vida madrileña, agarréme a un faldón de Marcelino, y, tira que tira, hube, al fin, de sacar un empleo en el Ministerio de Fomento, regido en aquella época por el ilustre hombre público Alejandro Pidal, muy amigo a la sazón, y pienso que siempre, de mi hermano.

Paséme allí poco más de un año, ocupado en extractar expedientes y hacer coplas, más coplas que extractos de expedientes.

Pero erré grandemente en creer que no podía yo vivir sin aquel “Madrid de mi alma”, como dice el barbero de los *Tipos trashumantes*; antes al contrario, la nostalgia hizo presa, al cabo de poco tiempo, en este pobre espíritu, a la vez posada de ilusiones y hospedaje de dolores, y en el que, por lo tanto, apenas ha pasado día sin gresca y barullo.

XII

“A tu tierra, grulla”.— Los “hijos de Santander”: apuntes para un estudio de psicología colectiva.— La ciudad alegre y confiada.

A Luis Martínez.

Renuncié mi destino y me volví a Santander. No podía más. La nostalgia del Muelle y de la Alameda, de la guantería de Alonso, del Teatro principal y de cierta niña más principal aún me estaba comiendo la entraña, me estaba dejando amarillo y lacio, sin ganas de ir a la oficina — ¡a un empleado español! — y hecho, en fin, la propia estampa de la melancolía.

Los “hijos de Santander” las gastamos así.²² Hayle, de entre ellos, que supo renunciar un Gobierno Civil — en el que era alabado y honrado de tirios y troyanos — solamente porque hacía dos años que no pisaba la calle de San Francisco. ¡Dos años...! No hay derecho, como se dice ahora.

22. La frase “hijos de Santander”, tal como cuenta Ramón de Solano, fue inventada por Gonzalo Aguirre y Escalante. (Citado por Francisco Cubría en “Redescubrimiento de Enrique Menéndez Pelayo”).

La Orden “Hijos de Santander” fue fundada por Roberto Basáñez y había en ella distintos grados, como Abad Mitrado, Vicario General, Magistral, etc. Cfr. Ramón de Solano: “Roberto Basáñez”, *La Montaña*, (La Habana, 30 de agosto de 1919).

¿En qué grupo o apartadijo de la psico-patología debe ser clasificado el “hijo de Santander”?

Meditemos... Para él no hay en el mundo tierra como la suya; pero este dulce error no es privativo del buen santanderino, sino común a los buenos hijos de todas las regiones del orbe.

Es de advertir, sin embargo, que el “hijo de Santander” que es eminentemente nostálgico, no sufre la nostalgia a título de montañés, como parecía natural dados los caracteres que se asignan a dicha enfermedad del ánimo, sino solamente a título de santanderino. Señálanse como más propensos a padecer el “mal del país” los naturales de las tierras montañosas y norteñas. Fácilmente se explica que amen éstos a su patria chica más que los nacidos en los llanuras.

Las llanuras, en efecto, son todas idénticas, mientras que de los montes y colinas, de las hoces y quebradas puede decirse lo que de los rostros humanos, que no hay dos iguales. Da esta circunstancia a las regiones de montaña una fisonomía especial y definida, distinta para cada una, y es ésta como voz y llamada de la madre a sus hijos ausentes. Imaginemos por un momento el desatino de que nuestros padres no tuvieran un rostro determinado y exclusivamente suyo, y nos parecerá que no los amaríamos en ese caso: no sabríamos cómo amarlos; no tendríamos de dónde asir nuestro cariño ni dónde estampar nuestros besos.

¿Cómo soñar con ellos en la ausencia si nuestra memoria no poseía ningún retrato suyo?

Pero el “hijo de Santander” no es nostálgico, como digo, por ser montañés, puesto que este especialísimo tipo, en sus ejemplares más puros, no ha visto nunca el campo ni ha podido enamorarse, y añorarle luego por ahí fuera, del excelso paisaje montañés.

Es de su ciudad de lo que él está prendado. Concíbese que esto suceda a los nacidos en Granada o Valencia, en

Barcelona, Salamanca o Toledo, en León o en Avila, porque nada fija en nosotros la admiración hacia lo nuestro como el aplauso y el elogio de los de fuera, y a todos aquellos españoles les han celebrado su ciudad, a par con la voz de la Historia, los viajeros y los artistas llegados de todas partes del mundo. A nadie asombra oír decir a aquella criada andaluza de *Consuelo*, en la inmortal obra de Ayala, estas palabras:

que, en fin, ¿a dónde no irá
la que salió de Sevilla?

ni a la melancólica esclava de Zaida exclamar, en *La fiesta de toros*:

Así los cielos, dolidos
de mi pena y aflicción,
acerquen a mis oídos
las campanas de León...

A Santander, por mucho que nos pese a los "hijos", no la abonan como prendas de grandeza ni sus monumentos arqueológicos ni apenas sus memorias históricas, y aunque la fijen en la admiración y recuerdo de cuantos la ven su incomparable situación geográfica, nadie se la había elogiado a sus indígenas hasta hace poco tiempo, hasta esta época, en que precisamente es cuando menos "hijos" de éstos van quedando, y cuando tal especie parece llamada a desaparecer como el *ursus speleus* u otra cualquiera alimaña prehistórica.

Al montañés del campo llévale, según yo pienso, a no mostrarse admirado de ninguna maravilla cuando anda por tierras forasteras, más que la creencia de que aquello lo hay mejor en la suya, el temor de hacer mal papel y de que se rían de su pasmo y embobamiento. A una mujeruca de Ruiloba que fue a criar a París al hijo de una ilustre familia montañesa llevóla un día en automóvil su señora por las más espléndidas y suntuosas vías de la capital entre todas bella, y no consiguió asombrarla.

En la Avenida de la Opera, en la de la Grand Armée, ante el Luxemburgo, frente al Louvre, preguntábala:

—¿Qué la parece de estas casas, ama?

—Casas, señora marquesa, haylas también en Ruiloba.

No se la pudo sacar otra respuesta.

Y a un aldeano de Polanco, de esos que saben todos los oficios, o que los ejercen al menos, el cual sostenía que en Polanco se podía hacer en el ramo de construcción cuanto se pudiera en otra parte, enseñóle un día nuestro gran Pere-da un grabado que representaba la catedral de Colonia.

—¿Qué te parece, Colás? ¿Se podría hacer en Polanco?

—Cuestión de tiempo, don Pepito —contestó, impávido, Colás.

Mas el verdadero “hijo de Santander” cree sinceramente que las casas del Muelle son mejores que las de la Avenida de los Campos Elíseos, y que los plátanos de la Alameda Primera son más bellos ejemplares que cuantos árboles hay en Passy o en Hyde Park. Así, paseando una tan linda como discreta paisana mía, que hacía su viaje de novios, por el Bosque de Bolonia, y preguntándola su marido por qué iba tan mustia y melancólica, y si no la gustaba el paraje, respondió:

—No está mal; pero, desengáñate, que como aquel Santanderuco no hay nada en el mundo.

En la psicología de mi hermano Marcelino saltaban aquí y allá rasgos muy acentuados del “hijo de Santander”. Cliente y abonado de Lhardy hasta que se cerró esta casa de comer, y más tarde de Tournié, sostenía muy serio que una cocinera de a tres duros y medio que yo tenía le preparaba el *roast-beef* mucho mejor que en aquellos dos famosos comedores... “Por vuestro telegrama vi que habíais llegado sin novedad” —nos escribía a mi mujer y a mí— “¡Dichosos vosotros, que estáis ya en Santander!” En otra carta me decía:

“Mucho me complacen las noticias que me das de los

preparativos del Dos de Mayo en esa. Seguramente resultarán de mejor gusto que en Madrid". Y refiriéndose al mismo asunto decíame días después: "Por el *Diario de Barcelona* (donde a la sazón se hallaba) me enteré de tu triunfo como actor y director de escena en *El sí de las niñas*, y de la manera distinguida, cultísima con que en Santander se celebró el Dos de Mayo".

Como si empiezo a copiar párrafos de este jaez no acabo en mucho tiempo, acabo sin copiar ninguno más. Y pasando de lo manuscrito a lo impreso, ¡cuántas veces no aparece "hijo de Santander" aquel modelo de españoles! Baste recordar, así de pronto, el discurso en que contestó al del Alcalde de la ciudad el día en que ésta le tributó aquel grandioso homenaje del año 1906, y el final de su crítica de *Sotileza*, en que declara que él no puede tener serenidad para juzgar aquella novela, porque él es de la Calle Alta y aquel libro es la epopeya de su calle. Tenía muy a gala ser calle-altero, como lo tenía el ser de su calle cierta preciosa criatura de cuatro años, a quien preguntábamos:

—¿De dónde eres tú, niña?

—De Puerto Chico —respondía la muy "hija de Santander".

Lo que, en fin, caracteriza y define más completamente al "hijo de Santander", hasta constituirle en variedad étnica independiente, es la altísima idea que tiene de ser dignidad ciudadana; la convicción de que pertenece a una casta privilegiada, como la de los ciudadanos romanos en los días de César; la creencia firmísima de que esta superioridad es reconocida y confesada por toda la redondez de la tierra.

Compruébase esto con numerosos ejemplos. Paréceme uno de los más elocuentes el que se deduce de la siguiente pregunta, tomada de un diálogo oído al paso por el autor de estas luminosas disquisiciones. Iban por el muelle santanderino, paseando en amor y compañía, un marinero con el uniforme de los de nuestra armada, y perteneciente, sin du-

da, a la dotación de alguno de los buques de guerra anclados a la sazón en nuestro puerto, y un paisano que olía a “hijo de Santander” de más de una legua. Llevaba éste su brazo derecho cariñosamente echado sobre los hombros de su amigo, y, por lo que entendí, también conterráneo, e iba diciéndole, al tiempo que pasaba yo junto a ellos:

—A los de Santander os tratarán muy bien a bordo, ¿verdad?

Así es que toda ofensa hecha al “hijo de Santander”, y aunque ella consista en un daño de obra y suponga detrimento material de su persona, no la siente tanto por él como por ser ofensa a su calidad y representación excelsa. Sábelo vengar individualmente como el más majó; pero no se resigna con que la ciudad toda no se levante como un solo hombre contra el irreverente agresor.

Con lo dicho ha de encontrarse clara explicación a aquel valiente apóstrofe que al maestro Pereda dirigió en memorable ocasión cierto sujeto, flor y nata y arquetipo de la especie que vamos estudiando. Hallábase el glorioso patriarca de nuestras letras recostado en el quicio de la puerta de la famosa guantería al caer de la tarde, que lo era de un día del Carmen, cuando vio venir de la parte de San Francisco buen golpe de chicos que rodeaban y seguían a un hombre, mozo y fuerte, el cual avanzaba calle adelante con muestras de grande alteración y enojo. Traía una mano cubriendo, con ayuda de un pañuelo ensangrentado, el ojo derecho. Al llegar junto a Pereda paróse en firme, y destacando lo que a primera hora de la tarde debió ser ojo, y ahora más parecía un huevo con tomate, gritó con estentóreo acento:

—¡¡ Señor de Pereda, esto se ha hecho con un hijo de Santander!!

Como el que dice: —Usted, que escribe para el público, haga saber al mundo este desmán inaudito.

Hasta aquel día es lo cierto que no se había declarado

dogma de inviolabilidad traumática del “hijo de Santander”. Realmente la *castaña* había sido de las que merecen andar en romance. Diríase que el que se la había arrimado al por tantos conceptos dolido mancebo había sido alguno de los que tenían “la mano prohibida”.

Que ¿qué es eso de la mano prohibida...? ¡oh! A nada es comparable este goce que sentimos los grandes eruditos al dar noticia de algún hecho, institución o costumbre que el paso del tiempo había ya sepultado en la noche del olvido.

Pues han de saber ustedes que cuando yo andaba a la escuela pasaba por muy válida entre nosotros la especie de que algunos ciudadanos no podían, por expresa prohibición de la autoridad, usar de sus manos para pegarse con nadie en las calles y plazas, ni en las romerías u otras expansiones populares. Temíase, sin duda, que donde ellos pusieran sus cinco dedos quedase escrita una esquela de defunción. De éstos era de quienes decían que tenían prohibida la mano— ¡como si los demás la tuvieran autorizada!—, y creíamos a pies juntillas que se llevaba en el Ayuntamiento un registro en que constaban los nombres de aquellos héroes santanderinos, a los cuales se les sellaba en aquel centro, no recuerdo si con tinta china o por medio del tatuaje, la mano derecha.

Aún recuerdo aquella mezcla de admiración y espanto con que al pasar junto a uno de aquellos sujetos —que lo mismo podía ser un señorito del Muelle que un pinacero— nos decíamos al oído los chicuelos:

— ¡Ese tiene la mano prohibida!

Era entre los rapaces de entonces muy alabada, y a todas horas estimulada, la fuerza física: pero a condición de ir dirigida contra las narices ajenas. Había que aprender a pegarse, y de hecho se pegaba uno a cada paso, aunque fuera con su mejor amigo, para lo cual no hacía falta motivo alguno, sino solamente puños, y que el otro *quisiera para*

uno; y así era que no lo pasábamos bien los que, o no teníamos gran fuerza, o, teniéndola, carecíamos de aquel poder de acometividad, tenido por la mayor excelencia del perfecto escolar. Mas el ambiente era tan de pendencia y engarra que no había sino entrar a por uvas como todo el mundo. ¿Es increíble, dioses inmortales, que yo me haya dado de castañas en la escuela de don Víctor con Isidoro del Campo?

Pienso con satisfacción que los mozuelos de hoy encuentran en los lances del *foot-ball* y otros ejercicios más racional y lícito, y hasta más cristiano, desahogo a la natural barbarie juvenil.

* * * * *

Renuncié, pues, mi destino, como el otro su Gobierno, y levanté el vuelo hacia mi campanario, pensando con el poeta Florentino Sanz:

que obeliscos y pórticos ajenos
nunca valdrán los patrios palomares
con las memorias de la infancia llenos.

¿Qué pensarán de esta nostalgia y de este suspirar por el propio campanario los mozos de ahora, los cuales oyen campanas y no saben dónde, no porque no sean capaces de averiguarlo, sino porque no les importa saber en qué torre han sonado?

Ya no quedan apenas "hijos de Santander". La vida de esta noble especie zoológica es incompatible con el moderno afán de descaracterizar a la ciudad amada, de tornarla igual a otras y copiar en usos y costumbres cuanto de ellas llega. ¿Como si no pudiera engrandecerse y medrar un pueblo, como un individuo, sin haber de perder su propio y genuino carácter! ¿Como si Santander no pudiera tomar cuanto de bueno se inventa o se intuye en otras partes sin tener

que renunciar a su innata gravedad y buen gusto montañeses, a su franca y cortés hospitalidad, compatible siempre con su dignidad y fuero de amo de la casa, a su cristiana seriedad de hábitos y señorial estilo de divertirse.

Dicen muchos que no; que no hay tiempo de andar escogiendo; que “Camarón que se duerme se le lleva la corriente”; que todo ese jaleo que traemos, y aún más todavía, es necesario para poner a flote la nave y para que pueda avanzar por estos mares de la vida ultramoderna...

No lo sé; pero se me ocurre preguntar a veces si no estaremos echando por la borda algo que a todos nos habrá de hacer falta al fin de la navegación.

XIII

“Tú lo quisiste, fraile mostén...”.— El cólera del 85.— A buen alcalde, gran párroco.— Una copla bien “sacada”.

Vuelto a mi ciudad natal, y decidido a permanecer de por vida en ella, hube de apechugar con la Medicina. Que no suene, por Dios, ese verbo a desdén ni menosprecio por la noble ciencia, hacia la que pocos sentirán más viva admiración, más amor y respeto que yo: digo que apechugué porque en aquel entonces tenía muy escasa afición a ejercer la carrera.

Escrito está hace siglos que no se puede servir a dos señores, y el mío era por aquellos días el *copleo fino*, como decía el maestro Pereda.

Diéronme al poco tiempo una modesta plaza —una plaza más bien— de médico auxiliar en la Facultad del Hospital de San Rafael, dirigido a la sazón por mi tío don Juan, aquel que sale en los comienzos de estas MEMORIAS, y que aún volverá a salir libro adelante, traído a los puntos de la pluma por el entrañable amor que le tuve.

Sin duda que esta noticia de mi ingreso en las milicias activas de Esculapio debió extenderse rápidamente por el mundo y llegar nada menos que al Asia, donde el cólera, que hacía veinte años que no asomaba por estas tierras, vino acaso en ganas de ver lo que daba de sí este nuevo enemigo que desde Occidente le desafiaba.

No respondo bajo juramento de que ésta fuera la causa de su venida; pero sí de que llegó a Santander al declinar el verano del año 1885.

Pasó lo que siempre en tales casos; espantáronse los tímidos y huyeron a la desbandada; prepararon con alguna mayor calma sus maletas los prudentes, y quedáronse en la ciudad los despreocupados, los que por razón de su empleo o sus negocios no podían abandonarla, y los filósofos, representados estos últimos por cierto criado de una señora muy pusilánime y aprensiva, a la que el buen hombre trataba de curar de su gran miedo al cólera diciéndola:

—Desengáñese *uste*, mi ama: eso de morirse no es más que una pereza.

Vino, pues, el cólera. Levantóse en armas la población contra el bárbaro invasor; movilizó sus milicias de higiene y de caridad; reparó y fortificó sus defensas espirituales, y púsose, como siempre supo, en las manos de Dios.

Entre otros acuerdos con que la autoridad acudió a atajar el daño, tomóse el de habilitar para hospital el edificio llamada de la Exposición, en que años atrás se celebraban las de ganados, y que, una vez jubilado en su primitivo destino, pasó a ser una especie de comodín arquitectónico, que lo mismo ha servido para un barrido que para un frega-

do, para alojar un escuadrón de lanceros que para albergar las flores y plantas de un concurso de jardinería o una veintena de enfermos o de heridos.

Era alcalde de la ciudad mi buen padre, que, sin duda, encontró muy airoso y edificante destinar, en primer término, a su propio hijo al servicio médico de la improvisada clínica. Como le dije yo por la noche, con cierto chocarrero estilo que aún me quedaba de mis días de estudiante:

—Choca, papá; has estado que ni Guzmán el Bueno.

Con que al día siguiente me encaminé a la Exposición meditando sobre el doble significado de esta palabreja y experimentando a un tiempo cierta interior satisfacción en ir a arrostrar un peligro nada remoto ni improbable y cierta molesta sensación como de inquietud o desasosiego... *Jindama* creo que se sigue llamando entre la gente de coleta.

Muchas ganas me dan ahora de contar cómo fue de noble y abnegado el comportamiento de aquel alcalde durante la epidemia y hasta qué extremos de diligencia y celo le conducían a una sus sentimientos de caridad y de ciudadanía. Pareciera, sin embargo, a muchos que el amor filial forzaba acaso el elogio, por más que aún queden —pues no está tan lejana la fecha de 1885— no pocos santanderinos que pudieran abonar mis palabras.

Sólo apuntaré que apenas si hubo enfermo al que personalmente no visitara y consolara, ni servicio sanitario que por sí propio no inspeccionase, ni necesidad a cuyo remedio no acudiese. Para que su día diera de sí cuanto le era menester, madrugaba tanto, que más de una vez le aconteció tener que aguardar ante la puerta, aún cerrada, de la iglesia de San Francisco, para entrar a oír misa, a la cual por nada del mundo hubiera él dejado de asistir cotidianamente. Así le vi siempre prepararse —en paz y en guerra, esto es, en tiempo de calma como en los de tribulación propia o colectiva— a sus afanes y labor de cada día.

Ocurrióle en uno de estos madrugones un gracioso inci-

dente. Caminaba el buen alcalde hacia el templo antes que hubiera empezado a romper el alba, cuando se sintió llamado por una voz de mujer, que le decía:

—Eh, buen hombre, ayúdeme a bajar este cesto.

Y aludía al que, lleno de pan, conducía sobre la cabeza. Mi padre, arrimando el bastón a la pared, asió del cesto y ayudó a su dueña a ponerle en tierra.

Acercósele en aquel momento un sereno, que surgiendo como de las sombras, y gorra en mano, le dijo:

—Sin novedad, señor alcalde. ¿Manda usía algo?

La pobre mujer, que ya para entonces había comenzado a distinguir el traje y talante de su ayudador, creyó desmayarse de susto al saber que éste era nada menos que el alcalde. Balbuciente y temblorosa, intentaba darle mil excusas y pedirle dos mil perdones, a lo que él seguramente respondería con su paz y llaneza habituales:

—Para eso estamos en el mundo, hija mía: para ayudarnos unos a otros.

Tuvo en esta campaña la caridad de tan celoso magistrado eficacísimos aliados y colaboradores. Tal fue, por ejemplo, aquel bendito de don Pedro Oreña, el cura de Santa Lucía, tan feo de rostro como hermoso de alma, y a quien con tan sobrados motivos ha honrado la ciudad con la dedicación de una calle y de afectuosa inscripción en ella.

Sabido es que el barrio más castigado por la epidemia del 85 fue el de Tetuán, comprendido en la parroquia que aquel apostólico varón regía entonces. No se dió durante los tremendos días punto de reposo; allí iba de portal en portal y de piso en piso, sudoroso y jadeante, pisándose el manteo, que nunca supo llevar en su sitio, pero bien compuesto y aderezado su espíritu, conforme al eterno modelo que nos dejó el que vino a darse todo por nosotros.

Y más de una vez sucedió que llegase don Pedro a la cabecera de un enfermo cuando le estaban dando friegas en las piernas para calmar los terribles calambres del cólera, y,

como urgiera confesar al paciente, el cura —doblando su papel, como dicen en el teatro— echaba fuera a los circunstantes y reanudaba por su mano las interrumpidas friegas, en tanto que decía:

—Vamos a ver: ¿cuántas misas has perdido...? ¿Te hago daño? En el cuarto nada, ¿verdad?

No obtuvo el alcalde de Santander recompensa alguna oficial por su levantada conducta durante esta tribulación de la ciudad, como no sea aquella dulce paz y manso contento que de orden verdaderamente real —como que viene del más alto Rey— se concede siempre a quien cumple con su deber y sabe renunciarse a sí mismo.

Pasada la epidemia, y tranquilo y sosegado el pueblo, aunque en duelo una parte de sus moradores, siguió la vida municipal su curso de progreso y mejoramiento, hábilmente regida por quien entonces tenía en su mano la vara.

Entre las reformas que en su tiempo se terminaron o acometieron cuéntase la del viejo Paredón, que fue convertido en la amplia y cómoda rampa por donde hoy transitamos. Traígola a colación porque a ella va unido el recuerdo de una chistosa ocurrencia y de una ingeniosa copla. Proyectaba el Ayuntamiento denominar a la nueva vía Bajada de Sotileza. Llegado el Carnaval de aquel año, la comparsa titulada “El Cencerro” —que desde tiempos atrás salía en tales días a hacer, con no poca gracia a veces y en estimables versos, la crítica de los sucesos locales— acudió, como es uso, a obsequiar al alcalde, en la noche del sábado, cantando ante su casa una parte o la totalidad de su maleante repertorio. Y estábamos cenando cuando sonó en la calle esta copla, que pienso que era del poeta Estrañi:

Bajada de Sotileza
llamarán al Paredón:
eso será desde arriba,
pero desde abajo, no.

—Pues tienen razón —exclamó mi padre, riendo de muy buena gana.

Y a este oportuno toque de atención fue debido que se mudara el nombre de Bajada en el de Rampa que al fin se puso.

XIV

Salones santanderinos.— Los teatros de “sociedad” en la Montaña.— Documentos inéditos para su historia.

Yo no alcancé la tertulia *de las* de Montero. Cuando me puse *de largo* ya sólo vivía la menor de ellas, la amabilísima Eulogia, que, achacosa y valetudinaria, aunque no de espíritu, aún nos recibía semanalmente a unos cuantos devotos de la tradición urbana de Santander.

Era aquella excelente dama como una vestal del sacro fuego de las tertulias, próximo ya a extinguirse entonces —y por completo extinguido en el día— al soplo del desabrido viento que sale de casinos y *restaurants*. Diríase que nadie tiene ya casa ni vajilla en que ofrecer a sus amigos una comida, ni criados que la sirvan, ni cocinero que la aderece. Nadie podrá adivinar dentro de poco a qué usos se destinaban en las casas de los nobles las ricas bateas de plata, ni los centros de Sèvres o de Sajonia, la cristalería de Bohemia, ni tanta heredada y artística pieza como hoy duerme en el fondo de las viejas y talladas alacenas...

En mis verdes años íbamos todavía de tertulia, y de cena algunas veces, a varias casas elegantes de Santander, sobre todo a la de Pepita Campuzano, hermana del conde de Mansilla.

Era esta señora, así como su esposo, el señor Fernández Pellón, una amabilísima persona, que poseyó el arte de hacer agradable y codiciada a todas las edades y gustos la permanencia en sus salones, por los que durante mucho tiempo hubo de desfilar la más distinguida sociedad montañesa.

También alcancé, aunque ya en sus postrimerías, los famosos *bailes de campo*, de cuya génesis y desarrollo se han ocupado, como de nota muy característica en el cuadro de la vida local, tan excelsas plumas como las de Escalante y Pereda. Celebrábanse, como es sabido, en unos preciosos jardines situados en el lugar que hoy se llama Plaza de Numancia y parte del que llenan las últimas casas de la calle de Burgos. Eran fiestas de que gustaban mucho los forasteros de distinción que veraneaban en la ciudad, y había tal rigor en las presentaciones y convites que en más de una ocasión fue motivo de piques y disgustos.

De las cenizas, digámoslo así, de los *bailes campestres* nacieron las veladas del Casino del Sardinero.²³ No puede decirse, en verdad, que fue un buen día cuando vinieron al mundo; nacieron, por el contrario, de un chaparrón. Sobre vino éste como a media tarde de un día veraniego; la gente que paseaba por el Sardinero en aquel espacio que llamábamos el *Pañuelito* corrió a ponerse *a subio* en el salón del primitivo Casino, donde a alguien se le ocurrió preludiar en el piano un aire de vals, rigodón o mazurca. Pasámoslo tan bien que ya en adelante no necesitó del agua aquella planta para crecer espléndida y lozana, demasiado lozana acaso. No quiero decir que no deba haber tales plantas, o, mejor, que no deba transigirse con ellas; pero sí que no ocupen tanto terreno como la gente de hoy las otorga. Harto breve es este huerto de la vida para que se pueda en él desperdiciar mucho espacio, en el cual han de plantarse árboles de

23. "Los bailes campestres" fue uno de los títulos de *Escenas Montañesas* donde Pereda desarrolló la historia de estos "bailes de campo" muy populares en su tiempo.

más noble y jugoso fruto, sin contar con los que no han de darle en este mundo y que deberán ser sobre todos atendidos y cuidados.

Con estos esparcimientos y otros análogos, y con un poco de *copleo fino*, iba yo conllevando la pesadumbre del ejercicio profesional de la Medicina. Otra de las recreaciones a que ha tenido siempre marcada afición la sociedad de nuestro pueblo es la de las comedias caseras, a que he sido yo más aficionado que nadie.²⁴

Los comienzos de mi vida y fama de actor se remontan casi a los tiempos fabulosos. Me parece que debuté, como todo el mundo, con *El puñal del Godo*; mas no recuerdo con qué papel. Cualquiera me iría bien, aún en aquella época del destete, porque siempre tuve yo muy gentil disposición para hacer cualquier comedia que no fuera la de la vida, en la que muchas veces me hubiera silbado a mí mismo.

Tiempo adelante me recuerdo actuando con el mejor éxito en Santillana del Mar, como galán de una notabilísima compañía de Casa-Mena, y de la que eran principales galas la marquesa Carmen y su pariente Tomás Agüero, que brillaba en todos los géneros. De mí no me atrevo a ponderar cuánto relucía también.

En casa de las señoritas de Illera dirigía yo el año 85, consagrada ya mi fama, otra magnífica tropa de comediantes. Tuvo en sus comienzos este teatro cierto carácter de servicio sanitario o junta de defensa, ya que había sido fundado principalmente para combatir la funesta depresión de ánimo que la presencia del cólera en la ciudad pudiera producirnos.

Era lo mejor de esta compañía, con ser excelente todo, el tramoyista, mi llorado amigo Arturo Escalera, a quien Dios tendrá ya, porque era muy bueno, seguramente en su

24. Sobre el particular véase el artículo de José María Ortiz de Castro: "Las comedias caseras", *Santander-Cómico*, 1 de marzo de 1885, pp. 3 y 6.

gloria. Pues a este Arturo se le daba por escrito, y con toda formalidad con que lo puede hacer don Fernando Mendoza, la lista de decoraciones, muebles y utensilios de todo género que eran necesarios para cada obra que se había de representar, y todo lo servía y en nada encontraba dificultades. Cuanto la imaginación del director o de las partes fantaseaba tenía en la mágica habilidad de nuestro compañero inmediata realización. Que se pedía en la nota "chimenea encendida", Arturo, sin replicar palabra, armaba una chimenea y la ponía lumbré. Un día apunté, como en broma, entre las cosas que habían de caracterizar el despacho de un elegante: "Panoplia". A los tres días pendían del bastidor correspondiente desde un mandoble de tiempo de Godofredo hasta una gumiá de las cogidas a los moros en el año 60.

A trece de Abril del año 1894 hubo comedia en casa de Pepita Campuzano, con arreglo al siguiente programa:

TEATRO X

Función del viernes 13 de Abril de 1894.

PROGRAMA

1.^o Sinfonía a telón bajado, esto es, sin que el público sepa de dónde viene la música, que sonará en sus oídos como una armonía celeste. La Empresa espera que este número resulte de un efecto brillante y verdaderamente nuevo.

2.^o La comedia, en dos actos y en prosa, titulada

LOS PAVOS REALES

desempeñada por una porción de señoritas guapas y de caballeros más o menos feos, si bien distinguidos.

3.^o El proverbio, en un acto y en verso, que lleva por título

POBRE PORFIADO...

desempeñado por una sola dama y por dos caballeros, en-

tre los cuales se procurará evitar un lance.

4.^o Baile por toda la Compañía, que en este momento se verá aumentada con todas las demás personas que ocupen la sala, haciendo verdad lo que ya previó el poeta:

El mundo comedia es,
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles
y, a veces, el entremés.

Advertencias:

1.^a Las puertas se abrirán en cuanto se llame a ellas, quedando encargadas de este servicio las criadas de verdad; lo que se advierte al público para que cuide de no confundirlas con otras que lo parecerán, pues nunca, y menos en noche de comedia, debe uno fiarse de apariencias, y criadas pueden verse esa noche a quienes un marqués serviría de rodillas.

2.^a Las personas que vayan entrando serán acomodadas en su mayor parte, y las que no, procurarán serlo en breve plazo, pues lo primero que debe hacer un hombre, y lo mismo una mujer, es crearse una posición independiente y desahogada.

3.^a El Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad, queriendo contribuir al mayor esplendor de la fiesta, enviará una comisión de dos Concejales, los cuales aparecerán en la escena cuando menos se piense.

4.^a En el caso de que se logre vencer su natural timidez, una joven actriz recitará unos versos, cuyo autor debe pedir el público por ser de justicia; pero si los versos no fuesen de su agrado y se pidiera la cabeza del poeta, la Empresa está dispuesta a concederla inmediatamente.

5.^a En los intermedios todo se volverá alabanzas, quedando prohibido en absoluto discutir el mérito de los actores, y siendo condenado el que tal hiciere a representar en el acto una comedia sacada de su cabeza.

A las ocho en punto.

Celebróse otra memorable fiesta teatral en casa del egregio poeta Escalante —ya para entonces robado al esplen-

dor de las letras y a la veneración de sus amigos— por el mes de Enero de 1909.

Representamos el proverbio de Tamayo *Más vale maña que fuerza*, mi cuadrito *Rayo de luna* y el sainete *Modas*, de Benavente. Todo salió a pedir de boca, y Marcelino, que asistió a la velada, declaró no haber visto nunca aficionados de tales aptitudes y valía. Nosotros lo creímos.

Una de las actrices, María de Escalante, dijo, con imponderable gracia y unánime aplauso, este prólogo, de cuyo autor no hay para qué acordarse:

¿Se puede...? Gracias, señores...
y pues me dan su licencia,
saludo a la concurrencia
en nombre de los actores.

Público amable y discreto,
la comedia va a empezar;
pero antes quisiera hablar
dos palabras en secreto.

Esta ilustre compañía
—que no te pide indulgencia
porque tiene la conciencia
de su extremada valía—
sólo siente que estarás
algo apretada en la sala;
más, si la función no es mala,
¿qué te importa lo demás?...

Harto lo hemos lamentado,
que, ¿a quién no apena, en efecto,
que público tan selecto
esté como embanastado?

Pero las dichas futuras
te lo harán todo olvidar...,
y, en fin, hijo, hay que tomar
las verdes con las maduras.

Si lo meditas despacio,
llegarás a conceder
que aún debes agradecer
que no te den más espacio.

No dando al cuerpo indolente
aquel regalo que anhela,
más libre el ánimo vuela
tras los goces de la mente.

Y así, oh, público discreto,
aunque no estés ancho aquí,
estarás muy sobre tí...,
¡iques es el colmo de estar prieto!

Es claro que esta estrechez
en que por vernos te pones
a tomar tus precauciones
te obligará alguna vez.

Por ejemplo, cuando alguna
frase os hiciere estallar
cuidaréis de no soltar
la risa todos a una.

Reid por filas lo más,
para no romper el bloque,
y ría la que le toque,
y que aguarden las demás.

Como artistas de esta hechura
os forzarán a aplaudillos,
tocad sólo los platillos,
no el bombo, que no hay holgura.

Sed, en fin, como el saber,
que nunca ocupa lugar,
(aunque donde llega a entrar
el mejor suele obtener).

Haced que en vuestros sitiales
holgados os encontréis,
para que fama ganéis
de gentes espirituales...

Público, disponte ya
a ver cosas nunca vistas,
porque mejores artistas
ni los hay ni los habrá.

Y ahora, adiós y chitón;
procura escuchar atento,
que empieza la farsa y siento
que se levanta el telón.

Interpoladas con estas representaciones en las salas particulares había, y hay hoy con mayor frecuencia, otras hechas por la *gente bien* en los teatros de verdad, y organizadas con algún fin de caridad o de patriotismo. En ellas, como en esas otras, se ha puesto siempre muy de relieve la especial aptitud y gusto de nuestras damas y galanes para este culto y noble entretenimiento, predilecto en todos tiempos de las gentes *comm il faut*.

Cierto es que ha sido preciso recorrer muy largo camino para llegar a vencer la resistencia y cortedad de nuestras señoritas a presentarse en público bajo la máscara de Talía. Conozco a este propósito una interesante y graciosa anécdota del Santander viejo.

Allá por los años de mil ochocientos y cuarenta y tantos, y en un Liceo que entonces había en la ciudad, tratóse de celebrar una *soirée* teatral. Requirióse al efecto el concurso de varias muchachas principales, la mayor parte de las cuales negáronse y hasta se escandalizaron un poco de que tal cosa se les propusiera. "Ay, pareceríamos cómicas" —se cuenta que dijeron—. Y claro es que decían bien; mas de eso se trataba. Aceptaron, por fin, algunas de las solicitadas, a última hora; pero al enterarse éstas de los repulgos y negativas de las otras, exigieron de la Junta, para acceder a representar la comedia, que la función había de celebrarse ante hombres solos, con absoluta exclusión de toda falda y miriñaque en la sala... Fueron vanos todos los intentos y esfuerzos hechos para que mudaran su actitud, y la famosísima *Marcela*, joya del teatro de Bretón, fue interpretada —admirablemente, según yo oí muchas veces a algunos espectadores— ante una enorme concurrencia exclusivamente masculina, que llenó, como el lector puede figurarse, a las improvisadas actrices de aplausos, de flores y de alabanzas a su arte y a su entereza de montañesas.

Cerca de medio siglo después no se había andado todavía gran trecho en aquella senda, y para una función dada

en nuestro viejo teatro de la calle del Arcillero, en beneficio de los damnificados por los terremotos de Granada, no se pudo conseguir la cooperación de las señoritas, que tan gran atractivo hubieran dado a la fiesta; y los aficionados que en ella tomamos parte —Santiago Escalera, Tomás Agüero, Federico Alvear y yo— hubimos de atrevernos a trabajar con las actrices de una buena compañía que a la sazón actuaba en aquella sala. Caridad y cortesía grandes fue en las simpáticas artistas presentarse a esta representación con estos actores de *doublé*. Muy bien quedaron todos: ellas, porque así quedaban siempre; nosotros, porque con salir a escena ya hacíamos bastante, y el Ayuntamiento, porque consiguió organizar un brillante festejo, que produjo buenos dineros que enviar a Andalucía.

De otro modo pasaban ya las cosas en el año de gracia de 1908, en que para celebrar el primer centenario de la *francesada* hubo el día Dos de Mayo la más lucida fiesta dramática que en Santander se ha visto.²⁵

Después de un ingenioso y atinado prólogo del sabio y correcto escritor Fernández Llera puésse en escena *El sí de las niñas*, comedia elegida para el caso como la más acabada muestra del arte y costumbres de la época evocada, e interpretáronla las señoritas de González Labarga, llegadas no hacía mucho a nuestra ciudad, que no se cansaba de celebrar su extraordinaria belleza, y Carmen Martínez Peñalver, una de las más graciosas y diestras actrices que hayan visto los teatros de sociedad. Completaban el reparto dos simpáticos oficiales de nuestro ejército, que eran los señores Morazo y Vierna, el poeta Ramón de Solano y este hombre “a quien no sucedió nada”, ni aún aquella noche, en la que osó hacer el *Don Diego* de la gran obra moratiniana.

25. Quizás el acto de mayor relieve del centenario fue la exposición que se montó, con este motivo, de objetos, documentos, armas y prendas pertenecientes a los héroes del 2 de mayo.

Cfr. *El Cantábrico*, 1 de mayo de 1908, p. 1.

Apuntó la comedia el comandante de Artillería, ya fallecido, don José Pardo, y la traspuntó el de Infantería don Fernando Alvarez, poetas los dos muy estimables, y que leyeron al final de la velada las famosas odas patrióticas de Quintana y de López García.

Brillantísima fue la jornada. La sala, aderezada con artificios varios de flores y banderas, ofreció la novedad de hallarse ocupada en su parte baja, o sea en el patio de butacas, exclusivamente por señoras, todas "en traje magnífico", como la Dorisa de Moratín, y la de verse coronada la baranda del paraíso por multitud de relucientes pecheras, pertenecientes a otros tantos caballeros vestidos "a la petrimetra".

El acontecimiento, en suma, dió que hablar durante largos días y poco menos que el suceso histórico que conmemoraba. Don Luis Martínez, alcalde entonces de Santander, y uno de los mejores que la ciudad ha tenido, satisfechísimo del gran éxito de aquella fiesta, que, con la colaboración del elemento militar, había organizado, tuvo la fineza de obsequiar, pocos días después, a la compañía con una espléndida jira marítima. Como, por hallarse enfermo, no pudiera *Don Diego* asistir a ella, hubo de enviar al anfitrión unas coplas, que la amabilidad de éste hizo imprimir en preciosa edición de bibliófilo... ¿Se me perdonará que las transcriba aquí? Sea ello por la ocasión, y no por el autor.

"Carta del Licenciado Enrique Menéndez al Alcalde Corregidor de la Villa de Santander, y por éste mandada imprimir para gusto y solaz de los amantes de la Poesía:

Señor Alcalde Mayor:
 Vuecencia excuse a *Don Diego*
 si a su bondadoso ruego
 no se atreve a deferir,
 y si le suplica humilde
 que traslade estas razones
 a las damas y varones
 con quienes hoy ha de ir.

Ya comprenderá Vucencia
 que a fiesta tan agradable
 sin una causa notable
 no me aviniera a faltar,
 pues si a nadie amarga un dulce
 ni yo soy, señor tan lerdo
 que no sepa cuanto pierdo
 con no lanzarme a la mar.

Pero estoy malo del *arca*,
 como dicen en la aldea,
 y yo espero que ésta sea
 muy suficiente razón,
 pues, como da un genio adusto
 esta enfermedad amarga,
 no voy con mi cara larga
 a turbar esa reunión.

Pasaré en tierras estas horas
 lidiando con mi gastralgia
 y sintiendo la nostalgia
 de *compañía* tan fiel;
 más mi pensamiento errante
 izará ufano su vela
 e irá siguiendo la estela
 del venturoso bajel.

¡Venturoso sobre todos!,
 que a bordo van la hermosura,
 la gracia y la donosura,
 valor, ingenio y saber...;
 ¿quién junta en tan poco espacio
 tanta y tan rara excelencia...?
 Milagros son que Vucencia
 pudiera tan sólo hacer.

Yo seguiré con la mente,
 a través del mar *salao*,
 del rico pipiripao
 el curso y la evolución,
 y, mientras ustedes beben
 Jerez, que cual oro brilla,
 yo beberé manzanilla,
 ¡manzanilla en infusión!

Así es la vida de varia,
 y así entre contrastes rueda;
 que la pase como pueda
 cada cual sin protestar,
 que, bien mirado el asunto,
 entre risas y *jipíos*
nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar.

Yo a ese brillante concurso
 tan sólo dirijo un ruego:
 que no olviden a *Don Diego*
 en el alegre festín,
 con su camisola limpia,
 su chupa de largos paños
 y sus sesenta o más años
 debajo del peluquín...

... ..
 Vucencia excuse a *Don Diego*
 y presente estas razones
 a las damas y varones
 de que es hoy el caporal,
 mientras las manos le besa,
 con el respeto debido
 su vasallo más rendido
 y su amigo más leal".

Después de esta época, las funciones de teatro en que, ya con un fin benéfico, ya patriótico, han tomado parte las más principales señoritas de la ciudad, se han sucedido con relativa y plausible frecuencia. No las reseño aquí porque están todavía muy recientes para constituir "materia histórica" y porque no son — ¡ay! — de mi tiempo... Con ser tan breve el de su vida, el *tiempo* de cada hombre no es sino aquel brevísimo en que florece el rosal de sus ilusiones. Únicamente para aquellos escogidos que sólo buscaron la gloria de Dios y el bien de sus prójimos el tiempo que pueden llamar suyo es, además del que les dure la vida, todo el que dure la vida de la humanidad.

XV

**Letras montaÑesas.— “El Atlántico”.— ¡Viva la Reina!.—
Otra vez Zorrilla.**

La Montaña literaria, formada en esta ocasión por cuantos en la Montaña sabían leer, parecía como rendida de tanto admirar y aplaudir un libro, una novela, la más genial de su autor y una de las obras maestras de la literatura universal.

Habíase publicado *Sotileza* en 1885. Cuando Santander fue despertado de aquel asombro, en el que hubo de acompañarnos toda España, diríase que el aire de la ciudad hallábase saturado de una especie de vapor poético y literario. Era como si al soplo de aquella admiración y entusiasmo hubieran despertado de pronto aficiones y aptitudes que dormían y hubiesen cobrado vigor y robustez las que tímidas y obscuramente se habían atrevido apenas a algún que otro ensayo.

Aquel vapor pareció al fin condenarse y fluir convertido en fecundo arroyo por el apropiado cauce que le ofrecía un periódico nuevo.

Gran caudal de agua necesitaba, en verdad, éste, si había de justificar su título. Llamábase nada menos que *El Atlántico*.²⁶

26. Para conocer la historia de este periódico, de una manera resumida, puede consultarse *Nuestros papeles públicos, apuntes desordenados por un antiguo periodista* del que fue autor Fernando Segura (Santander, Impr. Militar y del Comercio, 1891), pp. 21-42. Cfr. también: Anto-

Fundado en 1886 por el culto y discreto escritor don Enrique Gutiérrez Cueto, señala este diario una nueva y gloriosa era en la historia del periodismo montañés. Es ya el gran periódico regional —claro está que en la sana aceptación de esta palabra—, y abre muchas más ventanas que sus antecesores, tanto sobre el resto de España como sobre tierras de *extranjis*. Distínguese, en general, por su competencia y discreción al tratar de asuntos de importancia para la ciudad o para la provincia, y es, además, sobre todo, un periódico de muy buena literatura.

Logra, en efecto, de nuestros dos grandes maestros Pereda y Escalante, para la “Miscelánea semanal” de los domingos, no pocos trabajos que la dan realce y autoridad. Requiere igualmente la colaboración de otras afamadas plumas, como la del docto y genial don Angel de los Ríos, de quien quedan en aquellas columnas numerosos artículos de muy varia y gentil erudición; la del sabroso y castizo cuentista Duque y Merino; la del aplaudido dramaturgo Eusebio Sierra, que firmaba sus crónicas madrileñas con el seudónimo *S. de Trasmiera*... Da, por último, posada *El Atlántico* a algunos nacientes y casi imberbes escritores. ¡Ay, Pedro Sánchez; ay Alfonso! ¡Ay, Casajena, mi peor amigo! ¿Os acordáis todavía de la ilusión que nos hacía tal hospedaje?

Allí presentóse también al público, por vez primera, según creo, y envuelta pudorosamente en el velo de un anagrama, como novia que va a desposarse con el arte, la insignie escritora Concha Espina.

Editó *El Atlántico* varios libros, de los que es el principal la rica e interesante edición llamada *De Cantabria*,²⁷

nio del Campo Echeverría: *Periódicos montañeses* (Santander, Impr. de El Correo de Cantabria, 1904), p. 121.

José Simón Cabarga: *Historia de la prensa santanderina* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1982).

27. Este libro o álbum de letras, artes e historia de Cantabria, apareció en 1890 y en sus páginas colaboraron las mejores plumas del momento.

para la que Pereda escribió el graciosísimo cuento "Cutres"; Escalante, un precioso artículo que lleva el título de "A las puertas de un solar", y mi hermano, la curiosa noticia sobre "Un poeta montañés desconocido, del siglo XVIII".

Firman también páginas de este bello volumen —además de los habituales colaboradores del periódico— Adolfo de Aguirre, de tan amable y exquisito ingenio; los clásicos poetas Collado y Laverde; el venerado Obispo de Zamora don Luis Felipe Ortiz, y, en fin, cuantos con general aplauso escribían entonces en la Montaña. Pudiera decirse que es este libro a la vez un compendio de historia y de arqueología montañesa y un acabado cuadro de lo que ahora diríamos la intelectualidad de esta amada tierra.

El Atlántico, fomentando y depurando en las gentes el buen gusto por las bellas letras, alentando a sus incipientes cultivadores; manteniendo vivo en los espíritus el amor y la admiración por nuestras glorias literarias y nuestros monumentos artísticos; azuzando el deseo de escarbar en nuestros anales y de hacer luz en la historia provincial, renueva y vivifica el ambiente intelectual de la Montaña y *literatiza*, por decirlo así, un tanto la vida santanderina... Se piensa, por los que en aquellos días la dirigen y encauzan, en dar cierta mayor espiritualidad a su programa de fiestas veraniegas con el anuncio de algún certamen literario...

Los primeros Juegos Florales celebrados en Santander fueronlo, pues, en el verano de 1888,²⁸ y tuvieron por tela y palenque el viejo teatro de que dio cabo y finiquito el incendio de 1916.

28. En estos Juegos Florales en los que obtuvo Enrique Menéndez dos premios, fueron también agraciados Antonio García Quevedo, Demetrio Duque y Merino, Ricardo Olaran, López Vidaur y Faustino Odriozola (Vid. *El Aviso*, núm. 92 del 2 de agosto de 1888, p. 3 y *Juegos Florales promovidos por el Excmo. Ayuntamiento* (Santander, Impr. y Litogr. F. Fons, 1888).

El anuncio de la fiesta produjo entre el sosegado mundo santanderino casi el mismo revuelo y anhelante expectación que los descritos con tan abundante gracia por los Quintero en su comedia *El ilustre huésped*, o con no menos chispa por Muñoz y Pavón en sus *Juegos Florales*. Pero, sin duda, la innata gravedad castellana y ese empeño que todo montañés, ya sea hidalgo o del estado llano, pone siempre en no asombrarse de ninguna novedad que ante sus ojos acaezca, fueron causas bastantes a despojar en esta ocasión al festejo de aquel tinte cómico con que de ordinario y en mayor o menor grado suele aparecer vestido.

Cierto que había gran curiosidad —más la curiosidad no es por sí sola cursi ni elegante— por saber quién fuera el poeta premiado, y, sobre todo, quién iba a ser la reina de la fiesta. Por lo demás, nada de intrigas para su designación; el vate *florecido* eligió libérrima y conscientemente a una de las más hermosas y elegantes amiguitas, sin que nadie se metiese con él ni tratara de desviarle de su propósito. No las hubo tampoco para la elección de la *Corte de Amor*, y esto por la sencilla razón de que no había tal corte: la graciosa soberana presentóse sola —sola con su gracia y su belleza— en el trono a que fue elevada.

En torno de sus gradas dábanla guardia de honor, y no la quitaban ojo, según lo que yo recuerdo, los graves varones que formaban el jurado calificador.

De él formaban parte Pereda y Marcelino... ¿Qué mejor Corte de Amor que aquella ideal que hacían a la reina de aquella noche las inmortales heroínas de las novelas del primero y las Lydias, Epicaris y Aglayas que en tan apasionados y clásicos versos había cantado el segundo?

El poeta premiado era yo. Sí, señor, y a mucha honra, que así pude elegir tal reina. Pues tan en secreto hubimos de tenerlo Su Majestad y el poeta, que a punto de ir la gente al teatro nadie sabía quién iba a ocupar el florido cuanto efímero trono. Más averiguólo a aquella hora un travieso es-

pectador, y fué esta la traza de que se valió...

Apostóse en la puerta del teatro ante la que los coches que llegaban iban dejando su por lo general preciosa carga. "La que venga calzada de blanco, ésa tiene que ser" —se dijo el hombre. Al poco rato un elegante landó paraba ante el curioso fisgón; abrióse la portezuela, y un diminuto pie, encerrado en primoroso zapato de seda blanca, requería el estribo, y ayudado de su compañero —que mentira parece que pudiera tenerle— erguían sobre la alfombra del vestíbulo la más gentil figura de doncella que pueda imaginarse. Cinco minutos después, y no más tarde, un nombre, que sonaba gratamente en todos los oídos, corría el teatro y la luz se hacía. "Es Lola Madrazo", se repetía en palcos y butacas.

A esta modesta y como familiar jornada literaria suceden en mis recuerdos de fiestas de esta especie la verdadera y gloriosa consagración de un gran poeta, del inmenso Zorrilla, a la que tuve el indecible placer de asistir en Granada al siguiente año de 1889.²⁹

En aquella inolvidable tarde, y aún al través del aparato oficial y la solemnidad de programa, sintióse aletear por encima de la multitud allí congregada y provocar en ella el sublime escalofrío de la emoción al ave de la gloria, que vino, al fin, a posarse sobre la venerada melena blanca del viejo trovador castellano, del cantor excelso de Granada, del que había dado lengua y vida a las encantadas sombras de la Alhambra, las cuales hasta entonces vagaban mudas por su recinto, porque sólo eran evocadas por la fría y opaca voz de la Historia. En la Alhambra, por ineludible obligación y tá-

29. En efecto, Enrique Menéndez acudió a Granada a la coronación de Zorrilla en representación de los escritores montañeses. Para las noticias de aquel viaje puede verse la carta escrita a su hermano Marcelino con fecha 18 de junio de ese año. (Cfr. *Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo* (Santander, C. S. I. C., / Sociedad Menéndez Pelayo, 1954), pp. 6-7.

cita, pero sagrada deuda contraída con el poeta, celebrábase ahora su coronación.

Pocas emociones han perdurado en mi espíritu —pronto siempre a dejarse mover por la más leve, como hoja de álamo al más liviano viento— lo que ésta de la coronación de Zorrilla. Y es que lo que allí pasó era inconfundible, y no creo que pueda pasar más de una vez; aquello era el alma de toda una nación, y aun dijera mejor de toda una raza, revolando y cantando jubilosa y aclamadora en torno de su bardo; aquello era España, la altísima señora, besando en la frente a un hijo poeta que Dios le había dado... Nunca pensé ver nada tan grandioso y a la par tan íntimo y efusivo.

Además, quién no oyó leer a Zorrilla haga cuenta de que no oyó nunca trinar de ruiseñores, ni rumor de fuentes, ni murmullo de brisas en primavera. Porque todo ello sonaba y revivía en su mágica declamación; pero ennoblecido y sublimado por el augusto sello de la personalidad humana.

¡Cómo leyó en tal ocasión! Por una de aquellas contingencias frecuentes en la vida del maestro, no leyó la poesía que para el caso había compuesto, sino la titulada *Salmodia*, que no dejaba de ser también oportuna y adecuada.

Paréceme un tópico de la crítica, un lugar común y rutinario el hablar, como de cosa obligada, de la decadencia que se advierte en las obras que los poetas componen en su vejez. ¡Cuántas veces no existe tal decadencia! El poeta no envejece casi nunca sino físicamente; su genio, su musa, el ser misterioso que le dicta sus versos es algo que con él convive, pero que en cierto modo le es ajeno, y que se ríe del tiempo y de los achaques. El poeta cantará en su vejez los desengaños de la vida, las tristezas del sol poniente, la inquietud del próximo fin y de lo que a él le siga; pero lo cantará, si es verdadero poeta, con el mismo vigor o estro que la alegría y esperanza de la mocedad.

Zorrilla, como todos los escritores geniales, era desigual en su inspiración, y cuando caía, como caía de tan alto, so-

lía hacerse mucho daño. Mas no veo que éste se agravara al compás de los años, pues de viejo solía componer maravillosos versos. En esa poesía que escribió, y debió leer, en su coronación, da el Genio frecuentes aletazos, y en nada me parece inferior el poeta cuando exclama:

Mas Dios marcó mis horas. Mi alma, que está alerta,
trás sí la muerte siente; mi tumba está ya abierta,
mis pasos aniquila la trémula vejez;
mi inteligencia ofusca su cerrazón incierta;
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estáis mi voz oyendo por la postrera vez.

que cuando en el radiante labor de su juventud gritaba:

Bello es vivir; la vida es armonía,
luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego iluminando el día,
aire de aromas, flores apiñadas.

... ..

¡Oh, Poesía! Por ti, y sólo por ti, que eres el aliento de Dios, parece también el mundo eternamente joven. Por ti echan hoja los árboles, vuelven a nacer las rosas y rompen a volar los pájaros nuevos...

XVI

La lengua de mal camino.— Los dos amigos, o tal para cual.— El cénit de un astro.— Un acuerdo del Consejo de Instrucción Pública.— Opinión de un limpiabotas sobre el asunto.

El desgarrón que en el alma del poeta produjo aquella gran pena de amores que páginas atrás se ha contado* y el lento desgaste que en su sistema nervioso, nunca muy fuerte ni bien templado, fue, sin duda, produciendo el doble y algo contradictorio trabajo de asistir enfermos y buscar consonantes, condujéronlo, al fin, a un lastimoso estado de depresión y melancolía, para cuyo remedio fue necesaria una larga cura: en París primero y en Madrid más tarde.

Partí, pues, para Francia,³⁰ acompañado de mi venerado padre y de buenas cartas de recomendación, suscritas por Marcelino, para varios personajes españoles y franceses. Diómelas para Augusto Pecoul, para Morel Fatio, para Eusebio Blasco y algunos otros, entre ellos el duque de Mandas, embajador entonces de España en París.

* Refiérese el autor a la muerte de su primera esposa, doña Eladia Echarte, acaecido en Enero de 1889, a los tres meses de su matrimonio con el poeta, el cual pensaba consagrar a este triste episodio de su vida un capítulo que no llegó a escribir.— Confirma el hecho la numeración de los capítulos en el texto original, que hemos convertido en correlativa.— (Nota de Alberto López Argüello).

30. El viaje se realizó a últimos de abril de 1896.

Esta vez no se distrajo mi hermano al repasar la lista de las amistades con que contaba entre el cuerpo diplomático. Digo esto porque algunos años antes hubo de ocurrirle, respecto de este particular, un incidente bastante cómico. Seguramente recordará el lector el gran ruido que en el campo científico, y aun en el social, levantó, en el otoño de 1890, el descubrimiento de la *tuberculina* por el ilustre doctor Kock, de la Facultad de Berlín, y en la que se creyó al pronto haber hallado el infalible remedio preventivo y curativo contra la tuberculosis. Pues bien; el Ayuntamiento de Santander dispúsose, como los de todas partes, a proveerse del precioso licor, costase lo que costase de dinero y gestiones, y, comisionados por aquella Corporación, allá fueron a buscarle mi tío don Juan y el doctor Santiuste, de grata memoria. Pidió mi tío a Marcelino, antes de partir, una carta de presentación para nuestro embajador en Alemania, si por acaso le conociese; enviola inmediatamente aquél, y, muy satisfechos y esperanzados, emprendieron su viaje los doctores santanderinos. Llegados a la capital alemana, y tomadas habitaciones en un hotel, orientáronse hacia un café en el que sabían que acostumbraban a reunirse muchos médicos españoles venidos allí con igual intento que ellos. Hízose obligada conversación del asunto del día y era unánime la alabanza tributada al Ministro de España por las atenciones que dispensaba a sus compatriotas y por sus eficaces gestiones para proveer a todos de la *tuberculina*. Alguno de los que hablaban citó el nombre del amable diplomático... Al oírle, los de Santander se miraron y palidieron.

—Ya lo ha oído usted, compañero —díjole mi tío a Santiuste luego que estuvieron en la calle—. El embajador es el conde de Bañuelos, y la carta que nosotros traemos es para el marqués de Casa Laiglesia. ¡Este sobrino mío, que no ha de pensar más que en libros raros!... ¡Buen viaje hemos echado!

Telegrafiaron al distraído recomendador; pero ya éste,

que, por saberlo todo, sabía hasta sus propias distracciones, había puesto en el correo nueva carta, bien dirigida ahora, para el conde de Bañuelos, que también le honraba con su afecto. Había confundido, no las Islas Británicas, como el doctor Mirabel, sino a éstas con Alemania, puesto que Casa-Laiglesia representaba por aquellos días a España cerca de la corte inglesa.

Poco sé de París; el sedante apartamiento y reposo en que necesitaba vivir sólo fue interrumpido en cinco o seis ocasiones, ya para comer en *ville*, para visitar los museos o vagar un poco por las grandes calles.

Algo más sé de cierta modesta, pero muy devota iglesia y del repuesto bosque de Passy. Por la mañana hablaba con Dios, uniéndome a los cánticos sagrados del templo; por la tarde volvía a hablarle con la voz de los niños y de los pájaros que alegraban el bosque. Híceme amigo de algunos pájaros y de varios niños, y ayudaba a éstos a repartir a aquéllos la merienda. ¡Qué en paz vivíamos! Como ni unos ni otros hacían versos ni ejercían la Medicina, no había para qué temer de ellos celos ni intriguillas de ninguna especie.

Holgábame mucho con el alto aprecio que de los méritos de mi hermano hacían los ilustres hispanófilos a quienes yo había sido recomendado; divirtiome y admirome con su conversación Eusebio Blasco, punto menos que me había divertido y admirado con sus graciosas comedias y sus lindos versos líricos, y debí, por último, al duque de Mandas el más fino interés y cariñosas atenciones, así como a don Ramón Valdés..., no menos afectuoso y ameno que su hermano, el reputado médico don Ricardo.

Mas suspiraba por la Patria, y a ella volví antes de terminar aquel mismo año. Y bajo el sol de la Patria —de este sol que la reina Doña Isabel II sentía perder más aún que su trono—, y bajo el discreto tratamiento de un hábil profesor, quiso el Dador de todo bien que recobrase al cabo la salud y la alegría.

La alegría de la convalecencia es una de las mayores que nos consiente nuestro destierro en este mundo; en la de males como el que yo padecí es su mayor goce sentir que nuestro espíritu ha echado como una epidermis nueva y advertir que el inmaterial contacto con las gentes y con los sucesos no nos son como antes dolor intolerable.

Cuando pude soportar la gárrula voz de la corte de las Españas, y no me fue precisa la continua permanencia en el campo, instaléme en casa de mi hermano, o sea en el destaralado piso que ocupaba en la Academia de la Historia, dédalo inextricable de angostos pasillos y de habitaciones absurdas.³¹

Allí vivía también en aquella época Gonzalo Cedrún,³² uno de los mejores hombres de la tierra.

Se me ocurre —le había dicho Marcelino— que podías irte a vivir conmigo; allí me sobran diez o doce habitaciones.

Y allá se fue el bueno de Gonzalo, después de haber enviado por delante su cama, pues solamente en una especial que tenía pudiera acomodarse su procérica estatura.

¡Cómo se quisieron aquellos dos amigos, que han ido ya a reunirse en la eternidad! ¡Con qué gozo asistía Gonzalo a cada nuevo paso que su amigo daba en el camino de la gloria! ¡Cómo desesperaba a Marcelino que aquella otra

31. En el otoño de 1897, Enrique, mejorado en su salud, vive con su hermano hasta poco antes del verano de 1908, en que regresa a Santander.

32. Gonzalo Cedrún de la Pedraja era condiscípulo y amigo desde la infancia de Marcelino Menéndez y Pelayo, de quien publico algunos recuerdos en un folleto titulado: *La niñez de Menéndez y Pelayo* (Madrid, V. Suárez, 1912).

Enrique Menéndez publicó el artículo "En memoria de dos amigos (Cedrún y Menéndez Pelayo)", en *El Diario Montañés*, 14 de marzo de 1918, artículo que reprodujo la revista *La Montaña* de La Habana del 18 de mayo de 1918. Este artículo lo utilizó, en parte, para las *Memorias*.

inteligencia, a la vez tan aguda y tan profunda, y aquella variada y bien digerida cultura, no dejasen en libros de perdurable memoria huellas de su paso por el mundo! Porque a Gonzalo faltóle siempre un poco —algo había de faltar a un hombre tan cabal— de aquella perseverancia que formaba como el ser y la esencia de su inmortal amigo.

Como uno de los mayores beneficios que de su mano providente he recibido, consideré siempre y agradecí a Dios el haberme permitido asistir al espectáculo y ejemplo de esta noble amistad, tan fecunda para el bien, tan fundada en la más sólida y razonada estimación de las respectivas cualidades. Completábanse acaso las del uno con las del otro: Gonzalo venía a ser en aquella sociedad de dos el poder moderador, el juicio certero y práctico de las cosas de la vida y de la justa apreciación de los hombres. Marcelino era el impulso espiritual y el estímulo para toda obra duradera de trabajo y estudio. Disputaban a menudo, como hombres que tan bien se querían, y ¡cuánta paz había en sus disputas! ¡Con qué melancolía, ahora que los dos me faltan, acuden a mi memoria mil recuerdos de los más fieles amigos que en el mundo ha habido, y, sobre todo, el de ese invierno en que con ellos hice común residencia!

Eran mejor para admirados y queridos que para compañeros de casa. Porque en esto sí que coincidieron siempre, en vivir disparatadamente y en parecer que no tenían idea de que hubiera relojes en el mundo. Muchas hambres me hicieron pasar; no recuerdo que un sólo día dejara de faltar uno u otro, cuando no los dos, al almuerzo en común que en la misma Academia hacíamos! ¡Cuánto plantón me dieron cuando quedábamos citados en un café o en el Ateneo! Yo, que por acaso tengo estas pequeñas virtudes de la puntualidad y el orden, me desesperaba, y cuando a la noche lo graba echarles la vista encima los ponía como digan dueñas, y les aseguraba que ni uno ni otro valdrían jamás para nada.

Ya no puedo — ¡qué tristeza! — decirles aquellas mil pe-

rerías que ambos tenían la debilidad de reirme. No saben ellos —sí lo sabrán, porque desde allá arriba alcanzará a verse todo— la soledad en que me han dejado. Porque mientras vivió este último que se ha ido, tal vez me parecía que no se había ido del todo el primero, ya que conmigo velaba Gonzalo junto al sepulcro de su amigo y con no menos amor y celo de su gloria que yo mismo.

En fin, yo sé que tantas penas como llevo sobre el corazón pueden trocarse a una sola mirada de la misericordia divina en frescas rosas y franquearme la entrada en los cielos, en donde estoy cierto de volver a encontrar a los dos fieles amigos. Allí no me han de hacer esperar, ni les impedirán acudir a la cita, al uno, sus libracos, ni al otro, su salón de conferencias.

Señoreaba ya Marcelino, por estos días de que voy hablando, las más altas cumbres de la fama. Con la publicación de la *Historia de las ideas estéticas*, una de las obras más geniales que el numen de la crítica ha producido en tiempo alguno; con la de su *Historia de nuestra Poesía de la Edad Media*, dada a la estampa, en forma de prólogos, a la *Antología de poetas líricos castellanos*, de la Biblioteca clásica, y con la aparición, por último, de su magistral estudio sobre el teatro de Lope, que ilustra la edición académica de las obras del “monstruo de la naturaleza”, para cuya cabal comprensión hizo falta, en frase de la ilustre dama doña Blanca de los Ríos, otro monstruo como Menéndez Pelayo—, la gloria de éste había ido agrandándose de tal modo, que su nombre era ya familiar a todos los oídos en todas las partes del mundo entero.

Hermoso refrendo de este tan bien ganado renombre fue el homenaje tributado por los más eminentes sabios nacionales y extranjeros a mi hermano con la impresión de la grandiosa obra *Estudios de erudición española*, la que conmemora el vigésimo aniversario de su ingreso en el profesorado.

En fin, el Gobierno de la Reina Regente confiábale la dirección de la Biblioteca Nacional y la Jefatura Superior del Cuerpo de Archiveros.

Solamente el Consejo de Instrucción pública pareció, por aquellas calendas, no tomar parte muy activa en aquel coro de alabanzas. Sucedió que, habiendo vacado una categoría de mérito —creo que así se llaman— en la Facultad de Letras, aspiró a ella Marcelino, y el Consejo se la negó, fundado en que el aspirante no había escrito obras útiles para la enseñanza.

No sé a punto fijo, —valga la verdad— si así lo dijo terminantemente o si, al conceder aquel galardón a otro profesor, fundaba el fallo a su favor en que había escrito tal género de obras, lo cual parece que implica, por exclusión, el concepto de que el otro catedrático no las había escrito. Despacháronse a su gusto los diarios, comentando ingeniosamente el caso y prodigando los chistes a costa de aquel Cuerpo consultivo.

Por aquellos días hubo de entrar Marcelino una mañana a limpiarse las botas en cierto *salón* de la calle de Preciados. Tocóle al dueño servirle, y, una vez terminada a conciencia la operación, aquel parroquiano, que jamás supo lo que costaba ninguna de las cosas que pagaba todos los días, preguntó al buen hombre:

-- ¿Cuánto es?

—Nada, don Marcelino --contestó el *limpia*, arrodillado todavía a los pies de su cliente—. Cuando a usted le den lo suyo, hablaremos.

He aquí un modesto industrial que sabía, mejor que algunas doctas Corporaciones, dar lustre a quien lo merece.

XVII

De la catástrofe.— El tío Pepe.— Retrato de una monja.

¡Qué frágil memoria la del sentimiento! Ya no se va a rezar, al menos solemne y oficialmente como antes, ante el monumento que conmemora la horrible explosión del *Cabo Machichaco*.³³ Ya no parece sino que muchos de los santanderinos que aún respiramos no hemos visto nunca volar railes y viguetas sobre el tejado de la Catedral, ni hincarse un ancla en el suelo de la Plaza Vieja.

Sin embargo, a poco que se hurgue en el recuerdo de aquel espanto, todavía por espacio de muchos años, y aún de toda la vida, cada uno de los que vivimos aquello sacaremos a relucir nuestra historia personal de aquel día contando cada cual cómo él se salvó de milagro. Y no miente nadie, pues bien puede decirse que así se salvó toda la ciudad superviviente.

33. Existe una numerosa bibliografía sobre la catástrofe del *Machichaco*. Desde el punto de vista literario pueden verse el relato de *Pachín González* (1896) de José María de Pereda y los artículos publicados por Pérez Galdós (18-XII-93 y 29-IV-94) en el diario *La Prensa* de Buenos Aires.

Para el conocimiento del origen de la catástrofe véase el folleto titulado: *Noticia circunstanciada de la explosión del "Cabo Machichaco" ocurrida en el puerto de Santander el 3 de noviembre de 1893* (Santander, Impr. y Litogr. L. Blanchard, 1893).

Yo tengo, pues, como todos, mi correspondiente milagro que contar.

Hacía un tiempo hermoso. Media tarde sería *por filo* cuando salí de casa para cumplir los deberes médicos en que por entonces me ocupaba. Iba muy majo, con un traje que estrenaba aquel día..., y que nunca más volvió a servir. Al ir a entrar en la Cuesta de Garmendia me encontré con un mi amigo, abogado de nota, que, llegado por la parte de Becedo, se disponía a hacer lo mismo. Venía también muy compuesto y emperejilado.

—¿Dónde vas?

—Al Hospital. ¿Y tú?

—A la Cárcel.

He aquí dos posibles paraderos de unos elegantes.

—Te propongo una cosa —dijo mi amigo—. Vamos a ver un vapor que está ardiendo en Maliaño y luego subimos a nuestros quehaceres.

—No —le repliqué—; el deber ante todo. Después iremos: el que termine primero que espere al otro.

—Bueno, Catón; como quieras.

Llegábamos a la Cárcel. Le dejé en el insano caserón, que el opulento Santander no se decide nunca a derribar y substituir, y seguí hacia el Hospital, que el Obispo Rafael empezó a construir con una onza.

Cuando me faltaban ya pocos pasos para llegar a mi destino vino el zambombazo. Me refugié en el portal más cercano, y, transcurridos unos instantes, me atreví a seguir.

De la Fábrica de Tabacos salían gritando muchas operarias, y con ellas, y tratando de calmarlas, el doctor Barbáchano, que, hecha allí su visita, se dirigía a hacer la del Hospital.

—¿Qué ha sido eso, Juan Pablo?

—Que debe de haber estallado la caldera de un vapor que estaba ardiendo. Ya verás, sin tres o cuatro heridos no escapamos hoy.

Entramos juntos. Los tres o cuatro nos aguardaban ya dentro; una Hermana, levemente tocada por unos cristales; un chiquillo de la Caridad, a quien la explosión, recordando, sin duda, que la letra con sangre entra, le había querido meter un cartel por la cabeza.

Al poco rato llegaron más heridos, y luego más; los tres o cuatro eran ya cuarenta, y luego fueron noventa. ¿Quién los contaba? Los había ya en el recibidor, en los pasillos; los curábamos en el suelo, como podíamos, y arrastrándose por él los absolvían los sacerdotes, espiando en los moribundos un gesto, un movimiento, una rendija por donde meter el perdón de Dios... Para nada había sosiego; sin dejarnos acabar de vendar a uno, nos cogían por la blusa las gentes y nos obligaban a curar antes que a nadie al padre o al marido que se iban en sangre... Y la noche iba cayendo sobre las salas, y como la luz del gas no alcanzaba a tanto rincón, por entre la aterrada multitud iban y venían unas sombras, llevando de aquí para allí una vela mortecina, cuya llama tan pronto daba sobre un rostro negro, que todos lo estaban, como sobre un muñón ensangrentado... ¿Quién describe aquello?

A tal tiempo se aparecía por allí mi tío don Juan, director del Hospital, con batín y gorra de casa.

Así le había sorprendido el suceso durante la siesta; así había bajado a la calle; así había estado en la puerta de su casa curando heridos, y más tarde en la botica de Erasun; y así corrió allá arriba, a pie y ahogándose, dando principio a aquella tremenda jornada de veinte días, que acabó con él y fue digno coronamiento de tan ilustre y honrada vida.

En medio de tantos horrores, y a pesar de lo que embargaba mi atención tan atropellada faena, un deseo me atormentaba vivamente: el de enviar a mi casa razón de mí. ¿Cómo lograrlo? En esto me fijé en un mozuco que, con el espanto pintado en la cara, iba de un grupo a otro como un autómatas, sin saber lo que hacía; unas veces se arrodillaba,

otras echaba a correr por el patio. No he visto nunca desconcierto igual. Era antiguo conocido, pues, curado ya de no sé qué leve dolencia, iba prolongando su estancia en el Hospital, donde Hermanas y médicos le habíamos tomado afecto y se le empleaba en algunos pequeños servicios.

A este tal acudí en mi angustia y le propuse que viniera a mi casa y atestiguara que nada me había sucedido.

Partió como un rayo... y no volvió hasta los tres días. Parece ser que, llegado en dos saltos adonde iba, dió el recado, añadiendo de su cosecha este otro:

—Y me ha mandado don Enrique que me quede aquí esta noche.

Algo debió de asombrar esta coleta; pero, verdad o mentira, al fin era un pobre niño espantado el que pedía posada; traía, además, noticias a la casa de que estaba vivo el hijo, que, como otros tantos, pudo haber muerto, y era, en fin, una madre la que recibía al mensajero.

Ya había él contado con que yo no saldría aquella noche, ni acaso en las sucesivas, del Hospital, donde, a vuelta de tantas lágrimas y tristezas, hacía a veces una furtiva entrada lo cómico de la vida, como un parpadeo del alma que descansa momentáneamente de la vista de lo trágico. Viéneme ahora a la memoria la de aquel simpático sastre llamado Hidalgo, ligeramente herido en la cabeza por la explosión, pero inconsolable porque le había llevado una pata de palo, la única que, después de haber probado una porción de ellas, le estaba bien.

También me acuerdo de *Berzas*, aquel pobre diablo, no herido por el *Machichaco*, sino mucho antes por el vicio de la embriaguez, y que hablaba siempre con términos marinos. Se encontraba en el Hospital al ocurrir la catástrofe, y cuando a los dos días del suceso fue Gamazo a visitar los heridos, apareció *Berzas*, no sé cómo, barajado entre las filas de éstos. Pasamos de largo por delante de su cama, pero él detuvo el cortejo, diciendo con su voz tartajosa:

—Buenos días, señor Ministro. Yo soy *Berzas*.

Y antes de que el Ministro tuviera tiempo de preguntar quien era *Berzas* y qué hacía allí, siguió él:

—Aquí estamos, en el dique. No es avería gruesa; ya el domingo pué que me haga a la mar...

Cuando al final de aquella noche —de la *noche triste* de Santander— se fue sintiendo pesar sobre las salas del Hospital la calma de la madrugada, me sorprendió muchísimo no encontrarme fatigado de cuerpo ni de espíritu. ¡Después de aquella jornada!

Sentía únicamente mucho frío. Recorrí una vez más el tremebundo espacio de aquellas salas, sobre cuyos lechos el ángel de la aurora dejaba caer una gota de miel, un tenue rayo de esperanza, y fui a refugiarme en la vasta cocina del asilo.

El contraste de su ambiente, templado al calor de los inmensos fogones, con el soplo helado que afuera andaba por los claustros, eran tan consolador, que penetrar allí era como volver a entrar en la vida. El fuego de hogar, la viva luz, el olor a viandas, todo contribuía al efecto restaurador y confortante. No le ayudaba menos el ir y venir de aquella Sor Carmen, que nunca podía estar triste, aunque estuviera horrorizada y conmovida. Comentaba aquella mañana el espantoso suceso con toda la aflicción y honda pena que él pedía; pero de aquel semblante no podía desaparecer la paz, que era su rasgo característico. Iba y venía, cazoleteaba, echaba sal en una de las enormes calderas, sacaba de otra una taza de caldo, mondaba patatas, cortaba pan, llenaba un vaso en el grifo de la fuente... No paraba ni callaba. Era la vida, la vida universal girando y moviéndose siempre, a despecho de todo trastorno accidental y pasajero.

Más melancólico y caído que la monja andaba el tío Pepe, que poco después que yo entró renqueando en la cocina. No es ya poco agobio el que dan ochenta y cuatro años vividos en este mundo de miserias; pero si a ellos se su-

ma una noche entera de vigilia, y la parte de pena común que cada nacido llevábamos aquel día sobre el alma, se comprenderá la actitud del viejo hortelano. Era tío Pepe el hortelano del Hospital vizcaíno impenitente, con lo que digo ya que nunca pudo concordar bien una frase castellana ni pasar un sólo día sin hablar de la primera guerra civil, en la que es claro que sirvió a Don Carlos.

Después de saludarme cortesmente llegóse a su puesto acostumbrado, un rincón que queda entre el fogón y la ventana, y esperó, mudo y tranquilo y vacía la pipa, a que le sirvieran la cotidiana sopa de ajo con que se desayunaba. Mas como en aquel momento traíame ya Sor Carmen el café que le había pedido, convidé con igual almuerzo al honrado viejo, que aceptó gustoso. Hícele sentar a mi lado en la larga mesa del centro, y tramamos conversación.

—Como esto no lo había usted visto, tío Pepe, ni cuando andaba a tiros por aquellos cerros.

—Como esto no han visto *nasidos*, señor médico.

Y quedóse pensativo y doliente, hasta que al cabo de un rato exclamó:

—Me han dicho Gobernador *sivil* y Comandante general... *Porsión* de autoridades.

—Todo es cierto, desgraciadamente.

Aquí nos interrumpió la Hermana para decir, dirigiéndose a mí:

—¿Usted no sabe dónde ha pasado la noche el tío Pepe?

—Cada uno su *ofisio*, y ¡hala arriba, muchachos! —saltó aquí, amostazado, el aludido, que encajaba en todos sus diálogos esta frase de guerra.

—Pues verá usted.

Y entre las protestas del tío Pepe, la monja me enteró de lo siguiente:

Cuando, pasada la media noche, se consiguió en aquella santa casa la relativa calma que cabía en tal ocasión, la Su-

periora, reuniendo a la comunidad, trató en lo posible de organizar los servicios, enviando a unos a dormir y a otros a velar, porque había más que dejarse llevar del horror y la compasión del momento. Una de las Hermanas que asistían en el improvisado Consejo mostró su temor de que el tío Pepe hubiese soltado, como de costumbre, el enorme mastín que guardaba de noche la huerta, y de que el animal, asombrado de la terrible novedad, llegase junto a los cadáveres, que, después de ocupar el patio, ocupaban parte de aquélla y les profanase con sus ladridos. La advertencia pareció oportunísima, y se decidió a buscar en el acto al hortelano y hacerle ir a atar al perro, si le hubiera soltado. Nadie, fuera del vizcaíno, podía arrojarle a tal empresa.

El viejo, despertado bruscamente, al enterarse de lo que se pretendía, contestó con gran asombro:

—Atar animalito. No está acostumbrado.

Y no había quien le sacara de esto.

Por fin pareció dispuesto a obedecer, y, aunque refunfuñando, encaminóse a la huerta.

No llevaba, sin embargo, tal propósito, y así que hubo llegado, sentóse en el brocal de un pozo que allí existe, y, llamando al perro, se puso a acariciarle y entretener su atención, para desviarle de aquellos sitios tan fúnebremente ocupados.

El animal no parecía haber reparado en ello, y convencido ya su guardián de que no existía el peligro imaginado por las monjas, dejóle en libertad y fuése acercando, más curioso que el perro, a aquel fatídico montón de restos humanos que negreaba a la entrada.

¿Qué sintió aquel pobre viejo, aún avezado a trances de guerra ante aquellos despojos? Algo: debió ser muy hondo. Derribó de su cabeza la gorra y rezó; después se quedó inmóvil mirando...

De tiempo en tiempo el rayo intermitente y movable de un farol de mano asomaba serpenteando por la puerta

del patio y saltaba sobre una u otra parte de la fúnebre pila.

Era algún vivo con rostro de muerto, que, guiado por una hermana o un enfermero, venía buscando algo que había amado en vida, padre, hermano, amigo...

Hasta que al cabo fueron cesando aquellas tristes requisas, y el tío Pepe aún permanecía allí. Esto no va bien —debió pensar a su manera—. ¿Por qué hemos de dormir esta noche los que hemos escapado a este otro sueño?

Y el hombre de los ochenta y cuatro años se quedó hasta el amanecer velando a los muertos, solo, en el helado ambiente de aquella noche, no a obscuras, porque todo el recinto del Hospital se hallaba alumbrado —¡digna luz de aquel cuadro!— por los resplandores del espantoso incendio, que amenazaba arrasar la ciudad como ciudad maldita.

—¿Con que, qué le parece? —añadió Sor al terminar su relato—. ¿Estará bien loco el viejo?

—Más lo están las monjitas. Como si animalito no comprendiera *desgrasias*...

—Calle, calle, y váyase a dormir.

—Cualquiera duerme ahora... A la huerta ya habrá algo que *haser*.

Y hacia allí volvióse, con el desayuno para el perro, arrastrando sobre las piernas fatigadas el encorvado busto, por toda defensa contra el frío su pantalón de mahón y su camiseta de cuadros, mientras envuelto en mi ruso quedaba yo junto al fogón, tiritando de frío... y de espanto. De espanto, sí; traíale la aurora, como la llegada a la tienda trae el desmayo al soldado que en el ardor de la pelea no sentía los dolores de su herida.

Pocos espíritus lograron, a lo que pienso, librarse de él, y ninguno tan por completo como el de Sor Ramona, la venerada Superiora de San Rafael. En aquella lúgubre noche, y durante uno de los breves descansos que Hermana y médicos teníamos que tomarnos en nuestro febril trabajo, alguien dijo en el Hospital: "Esta Sor Ramona es admirable;

le cabe un *Machichaco* en la cabeza”.

A ella pudo aplicarse, con harta razón, lo que algunos días después escribió nuestro poeta Escalante, alto pensamiento, como todos los que brotaron de su mente, y tan gentilmente ataviado como cuantos vistieron los colores de su casa:

¿Sabéis de humana aflicción
que a mayor lástima mueva?
¡Dichoso en tal ocasión
quien mostró su corazón
a la altura de la prueba!

Sor Ramona le mostró; a Sor Ramona le cupo un *Machichaco* en la cabeza.

Para ello es preciso que quepa en el corazón la caridad, que es cosa más grande que el *Machichaco*; la caridad, que no se aturde nunca ni amilana, y a la que, como no cuida de sí, tiénenla sin cuidado el aire infecto, la bala que silba o el muro que amenaza derrumbarse...

A esta santa piedra estaba tocada el alma de Sor Ramona. Cabíale, además, en la mente la más austera idea del deber y el soberano don de gobierno. Quien escribe estas líneas hónrase en decir que sirvió más de diez años “a las órdenes” de la Santa Hermana, y seguro está de que todos sus compañeros de Facultad que asistían, mientras ella vivió en San Rafael, tuvieron a gala decir lo mismo, aunque no hayamos sido sino los colaboradores técnicos de la buena Superiora en la obra común del socorro y alivio de los pobres enfermos. Y todos pudimos estimar las altas dotes de mando de la popularísima monja; su energía sin dureza, su blandura sin debilidad, su espíritu conciliador, su previsión y providencia, su prudencia y su tino en toda ocasión y momento.

En Sor Ramona se comprobaba una vez más que para saber mandar no hay como saber obedecer, y que nadie manda tan bien como el que manda por obediencia. Por eso no suele haber gobierno más eficaz, fecundo ni respetado que el de las casas de religión. Estos sujetos, que tan pronto mandan como son mandados, ejercitan de un modo cabal todas sus facultades volitivas e impiden a su espíritu que haga pliegues o dobleces en uno u otro lado por los cuales venga al cabo a faltar la tela, y así le mantienen siempre, terso y en actitud de cumplir en todo instante su deber, ya sentados en la silla abacial, ya ocupados en barrer la portería.

El espíritu de Sor Ramona, como fundado en humildad y edificado sobre el amor de Dios, no se abatía ni perdía su serenidad ante las situaciones más difíciles. En sola la infausta noche recordada en este capítulo ganóse la Gran Cruz de Beneficencia, con que el Rey galardonó sus méritos el año 1919, próximo ya el término de aquella nobilísima vida.³⁴

¡Cuán bien pareció en la ciudad la regia merced y con qué júbilo nos asociamos todos a la fiesta de la solemne imposición, que vino a coincidir con las bodas de oro de la bendita monja con su glorioso hábito de San Vicente!

Pienso que debió haber ese día hasta lo que dicen que no hay nunca: danza de enfermos. No danzarían, es claro, con sus pies lisiados ni con sus cuerpos sujetos a la cama por los clavos de la fiebre; pero sus almas olvidarían un momento sus tristezas y saltarían de gozo al ver honrada de este modo a su santa enfermera.

34. José del Río Sáinz: "Religiosa condecorada", *La Montaña*, núms. 50 y 51 (La Habana, 21 de diciembre de 1918). Por error, Enrique equivoca el año ya que, el Real Decreto por el que se le concedía la Gran Cruz de la Orden de Beneficencia, tuvo lugar en 1918.

por primera vez su obra *Las noblezas de don Juan* en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 18 de marzo de 1900 y la comedia *Del mismo tronco*, representada en Santander, Madrid y Valladolid.

Como poeta fue un autor sensible y melancólico, del que dijo Amós de Escalante que era quien más hondamente había sentido la poesía montañesa. El poeta Luis Barreda le escribía desde Ciudad Real, en enero de 1911, y hacía esta afirmación: "Enrique Menéndez, con Ricardo León, Répide y algún otro, va a la cabeza de los escritores de estos días en lo referente a la forma. Claro que el otro Menéndez está fuera de toda comparación y que es el más portentoso estilista conocido.

Usted filosofa, chanea y poetiza, todo a un tiempo; es moderno y clásico; no afecta casticismo y es purista; en fin, que sus libros son de los pocos merecedores de frecuentísimas lecturas".⁹⁸

Su amigo José María Quintanilla ofrecía, a su vez, este juicio sobre los cuentos aparecidos en la Biblioteca "Patria": "En rigor de verdad, tanto como la *lírica*, la "especialidad" de Menéndez es el *cuento*, no precisamente el clásico, el popular, el de *acción*, sino este cuento moderno, *alado*, medio francés, que tiene que tener toda la brevedad, agudeza y elegancia del "esprit".⁹⁹

Alfonso Ortiz de la Torre afirmaba¹⁰⁰ por su parte que Enrique Menéndez era el hombre de la "vida quieta", enamorado de la soledad, de la vida plácida y tranquila. Alude también a su buena memoria y a sus cualidades como recitador y conferenciante. No fue un gran poeta ni un destacado autor dramático, ni tampoco un primer novelista, pero cul-

98. Carta inédita. Epistolario de Enrique Menéndez. Biblioteca de Menéndez Pelayo.

99. "Pedro Sánchez": "Gacetilla". Noticia literaria. *El Diario Montañés*, 29 de junio de 1905, p. 1.

100. Alfonso Ortiz de la Torre: *op. cit.*, pp. 185-88.

tivó los tres géneros con discreta aceptación y respeto por parte de la crítica. Blas de Otero confesó haberle leído en su primera época y le catalogaba como uno de los mejores poetas montañeses de su momento, con Amós de Escalante.¹⁰¹ Sin embargo, la dificultad mayor que tuvo en su carrera literaria fue la apropiación de la fama por su hermano, cuya comparación le impedía cualquier competencia, incluso en el campo de la poesía, aún con ser ambos hermanos dos poetas de técnica y expresión muy diferentes.

En sus años de mozo casadero Enrique se retrata con lentes de pinza, corbata y chaleco. La corbata era entonces la parte más vistosa de la vestimenta del hombre, sobre la que existían incluso instrucciones acerca de sus diferentes formas de llevarla: corbata a la americana..., para baile..., a lo gastrónomo..., de caza..., a lo Gron, etc. Su cuidada barba y bigote completaban este retrato romántico de Enrique Menéndez, cuya mirada se pierde abstraída llevada por las ensoñaciones del poeta. Ramón de Solano le describe "alto, esbelto y de sueltos ademanes y distinguidas maneras".¹⁰²

En 1886 publica su primer libro, *Poesías*, que dedica "al señor D. Tomás C. de Agüero y Góngora, en prueba de entrañable afecto y profundo respeto". La crítica acogió con palabras de cariño y aliento la obra del segundo Menéndez Pelayo. Previamente Enrique había remitido el manuscrito a su amigo Amós de Escalante, quien en una carta del 8 de octubre de 1886, le hace ver que ningún crítico pondría reparos a la edición de los versos ya publicados de Enrique y ahora agrupados en forma de libro. Le sugiere algunas correcciones y si bien no le vaticina la popularidad de sus versos, le dice que no le han de faltar lectores. Y le añade: "Las delicadezas de estilo y

101. Comunicación personal al autor.

102. Citado por Francisco Cubría en "Redescubrimiento de Enrique Menéndez Pelayo". Copia mecanográfica en el Fondo Pedraja. Biblioteca Municipal. Ms. 1472, folio 1.

de pensamiento en que abundan, son (dígase sin soberbia) de las que pocos alcanzan, aún cuando por otra parte la sencillez de expresión y ternura de lenguaje abren camino fácil al lector y llaman su simpatía".¹⁰³ Más tarde, en un artículo diría Amós de Escalante del autor de este libro que no había aprendido de nadie la delicadeza de su prosa y de sus versos y que sabía ostentar briosamente sus apellidos "tan difíciles de llevar sin desmayo en el áspero camino de las letras".¹⁰⁴

Con anterioridad había salido en *El Atlántico* una crítica de José María Quintanilla ("Pedro Sánchez") en la que, a modo de conclusión, decía: "En las *Poesías* ha desplegado sus notables facultades. En ellas hay bellezas de primer orden. Yo tengo por las mejores "El Rosario", "Al Soneto", "Memorias de verano", "Noches de enero", "La primera comunión" y las citadas anteriormente".¹⁰⁵

En 1888, Enrique participa en los Juegos Florales promovidos por el Ayuntamiento de Santander y cuyo jurado lo formaban, entre otros, Pereda y su hermano Marcelino. Se le otorgó una flor natural por su composición "Noche de Estío". En esta ocasión fue elegida reina la joven Lola Madrazo, célebre en la ciudad por su belleza.

En el otoño de 1890 se casa Enrique con Eladia Echarte, mujer de constitución delicada, cuya enfermedad de tuberculosis la llevó a los pocos meses al sepulcro. Con motivo del enlace su hermana María Jesús, ya profesaba en un convento, había escrito a Enrique alegrándose por la boda: "Decid a mamá que también la felicito y doy mil gracias a nuestro Señor de que la haya dado una cariñosa hija que sea

103. Vid. Correspondencia de Amós de Escalante en el Epistolario de Enrique Menéndez existente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

104. "Juan García": "Miscelánea Semanal" de *El Atlántico* de 30 de mayo de 1887.

105. "Pedro Sánchez": *Poesías* (Enrique Menéndez Pelayo). *El Atlántico*, 10 de enero de 1887.

su consuelo y cumpla, mejor que yo lo hubiera hecho si El no me hubiera llamado a su santa casa, todos los deberes de una buena hija: este pensamiento me llena de alegría y me hace admirar la bondad del Señor que de tal modo recompensa aún en este mundo lo poco que hacemos por El".¹⁰⁶

Aquella desgracia familiar afectó también a Marcelino, quien se lo hacía así saber a su amigo Morel-Fatio: "Mi hermano, que se había casado hace tres meses, acaba de perder a su mujer después de una enfermedad penosísima. Como mi pobre cuñada vivía con nosotros, calcule V. cuál habrá sido la desolación de esta casa".¹⁰⁷

Para Enrique el fallecimiento de su joven esposa le asumió en un estado de postración y únicamente encontró consuelo en la resignación cristiana y en la proyección escrita de sus ensoñaciones y recuerdos.

El mismo año de su matrimonio había publicado en Santander su segundo libro, titulado *Desde mi huerto*, con doce cuadros de prosa poética que recogían aspectos diferentes del paisaje y de las estaciones del año referidos a su tierra natal. Tiene especial valor autobiográfico el artículo titulado "A una novicia", donde cuenta a su hermana Jesu-sina, la "niña", como era llamada en la familia, la curiosa historia de su rosal cuyas flores solía ofrecer a la Virgen.

Algunos de estos cuadros los había publicado ya Enrique en el diario *El Atlántico*. El primero está dedicado a su paisaje nativo y lo titula "Canción a la Montaña"; el segundo, "A una pálida", es una serie de pensamientos suscitados por el paisaje nevado y se continúa con "Alborada" y "Adiós al invierno". Pero también están representados en el

106. Carta inédita existente en el Archivo de Enrique Menéndez. Biblioteca Menéndez Pelayo.

107. Vid. Archivo epistolar de Marcelino Menéndez Pelayo. Carta del 9 de enero de 1891.

La esquila de Eladia Echarte aparece en *El Aviso* del 1 de enero y en *El Atlántico* del 2 de enero de 1891, p. 1.

libro la lluvia, el estío, el otoño, etc.¹⁰⁸

Amós de Escalante aplaudió también este segundo libro de su amigo y discípulo: "Poco abulta el libro, pero a mucho sabe. Dioz hizo poeta a su autor, y poeta será mientras viviere; poeta en cuanto piense, hable y escriba; sea cual sea la forma de su decir y su pensar".¹⁰⁹

En 1890 se publicó también en el libro *De Cantabria* su poema "A un árbol" y los retratos de Pereda y Amós de Escalante. Pereda, a su vez, correspondió sacándole como personaje en el capítulo "Entre dos luces", de *Nubes de Estío* (1890), donde retrata al amigo, médico y poeta, con el nombre de Casallena, martirizado ya entonces por su dolencia neurótica que le daba un aspecto ojeroso y melancólico. A los pocos meses de haber salido el libro, Amós de Escalante le escribía a Enrique y le felicitaba por haber sido retratado literariamente por Pereda. "Y aún creo que el pintor, más que haber acertado con la copia, ha de felicitársele de haber escogido este original tan fuera de sus acostumbradas preferencias". Y más adelante le ofrece este consejo refiriéndose a su reciente desgracia: "Creo que con el ejercicio de su profesión y la compañía de su familia y de sus íntimos y coetáneos tiene V. la distracción que necesita. El tiempo que a V. le quede es de justicia para la soledad y contemplación de su herida".¹¹⁰ Así lo hizo Enrique, dedicándose a restañar la herida con la publicación de un nuevo libro, íntimo y de reducida tirada, dedicado a su mujer muerta, cuya lectura del manuscrito dio a conocer su amigo Amós de Escalante, quien le contesta: "Sabido de V. es mi doctrina: poesía que ablanda las entrañas de quien la lee u oye y le moja los aojos, es tan alta y soberana poesía cuanto cabe

108. Enrique Menéndez y Pelayo: *Desde mi huerto*. (Santander, Imprenta "El Atlántico", 1890).

109. Cfr. *El Atlántico* del 18 de enero de 1890.

110. Carta de febrero de 1891. Epistolario inédito de Enrique Menéndez. Biblioteca de Menéndez Pelayo.

engendrarse en el alma humana". A pesar de la calidad e intimidad de estos versos, Escalante le apunta algunos defectos de versificación cuando le dice: "Porque no se cuidó de público alguno dejó el poeta algunos descuidos de pluma en sus versos. El los corregirá si le parece. Para mí son el testimonio de la hondura con que sintió y la sinceridad con que escribía".¹¹¹ El libro era *Romancero de una aldeana* (1892), del que dice Eduardo de Huidobro que "es un primor de ternura, de mansa y recatada tristeza y cristiana conformidad".¹¹²

Al recibirlo su hermano Marcelino, que estaba en Madrid, le escribe: "Recibí tu libro, y le he leído con el piadoso recogimiento que su materia exige. Pides al fin un Padre Nuestro para la pobre Eladia, y yo se le he rezado, *non sine lacrymis*. Después de cumplido este deber, no puedo menos de felicitarte por la riqueza de poesía íntima que hay en el libro, y que vale mucho más por lo mismo que se presenta sin ruido". Y le añade a modo de crítica literaria: "Hay en tus romances tal castidad y tal piadosa unción en los recuerdos; tal mezcla de sentimientos diversos, pero todos humanos y nobles; una sobriedad de buen gusto en medio de la emoción más intensa, que, a mi entender, hacen de este libro lo mejor que hasta ahora has escrito ni en prosa ni en verso".¹¹³

"Pedro Sánchez" no dejó tampoco de apuntar su opinión en un artículo en el que calificaba el libro de natural y espontáneo y aludía al espíritu clásico de su poesía, perteneciente a la escuela septentrional, llena de un aliento místico.

A raíz de la muerte de su mujer se le acentuaron a En-

111. Carta del 6 de mayo de 1892. Archivo personal de Enrique Menéndez. D-126. (Inédita).

112. Eduardo de Huidobro: "Bibliografía de Enrique Menéndez". *Op. cit.*, p. 192.

113. *Epistolario*, pp. 12 y 13.

rique los síntomas neuróticos, que le obligaron en mayo de 1893 a escribir a Charcot, la figura más eminente entonces en el panorama de la neuropsiquiatría. Charcot le diagnóstica una neurastenia y le hace ver que es una enfermedad larga que puede curarse, si bien debe tener paciencia y regularidad en la práctica del tratamiento, en el que figuraban entonces los paseos, las duchas frías y los bromuros.

Estos son los años suyos de menor producción literaria, limitada a algunas composiciones y artículos en la prensa. “¿Por qué no escribe Menéndez?” se preguntaba en octubre de 1894 *La Región Cantabra*, al producirse un silencio en sus colaboraciones.

Como el estado de Enrique no mejoraba, su padre decidió llevarle a París, en abril de 1896, para que fuera sometido a tratamiento en la casa de salud de Anteuil, donde residió algunos meses. Trasladado a una clínica de Madrid, aquí fue lentamente restableciéndose. En otoño de 1897 busca de nuevo Enrique el amparo de su hermano Marcelino, con el que va a vivir a las dependencias de la Academia de la Historia. “Se me ocurre —le había dicho Marcelino— que podías irte a vivir conmigo; allí me sobran diez o doce habitaciones”.¹¹⁴ Del otoño de 1897 al verano de 1908 residieron juntos en compañía del montañés Gonzalo Cedrún de la Pedraja. Pero aquella forma de vida no iba a su temperamento, por lo que decidió volver a Santander.

En marzo de 1899 su padre empezó a resentirse en la salud. Hombre de una gran susceptibilidad nerviosa, según confesión de su propio hijo, cayó en los últimos años en un estado de ánimo en el que sólo buscaba la oración y la soledad. Murió cristianamente a causa de una complicación pulmonar el 13 de mayo de 1899.

Con los aires del nuevo siglo, Enrique vuelve a iniciar su producción literaria. Fue posiblemente Gumersindo Laver-

114. *Memorias de uno...*, p. 130.

de quien en 1888 le animó a dedicarse al teatro pensando que podría cosechar abundantes laureles.¹¹⁵ En 1888 escribe Enrique un drama titulado *Para el bien todo es camino*, que le da a leer a Amós de Escalante. El poeta amigo no se compromete mucho con el dictamen y sólo le enjuicia la parte poética: "En resolución —le escribe— todo mi sincero aplauso al poeta dramático", y afirma que "la versificación es primorosa, natural, elegante y suelta".¹¹⁶

La primera obra que alcanza el tablado con los goces del estreno es la comedia en tres actos y en prosa, titulada *Las noblezas de don Juan*, representada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, la noche del 18 de marzo de 1900.

La tesis de la obra era moralizadora y pretendía preservar de los peligros de un astuto y moderno don Juan a una criatura bondadosa e ingenua. La crítica aplaudió la forma literaria y el retrato de algunos personajes, pero subrayaba la inexperiencia del autor y los visos románticos de la comedia, que, según *El Imparcial*, la convertían en la obra meritoria de un principiante. José de Laserna, aunque puso algunos reparos, hizo una crítica justa, resaltando como sobresaliente la expresión literaria. *La Ilustración Española y Americana*, *El Liberal* y el *Boletín de Comercio*, de Santander, insertaron críticas sobre esta primera obra de teatro de Enrique, a cuyo estreno en Madrid había asistido expectante y nervioso su hermano Marcelino.

Al conocerse la obra en Santander, no se hizo esperar la opinión generosa de Amós de Escalante, quien se la transmite el 10 de abril de 1900, con estas palabras: "Cuando los de casa me preguntaron —¿qué te ha parecido la comedia de Enrique?— he contestado: que su autor ha gastado la vida escribiendo comedias. Porque no me explico de otro modo,

115. Carta del 13 de abril de 1888. Archivo epistolar inédito.

116. Carta de Amós de Escalante de abril de 1888. Archivo epistolar de Enrique Menéndez.

más que por una experiencia consumada lo maravilloso de un diálogo, que resulta naturalísimo, cuando en el diálogo corriente en que todos participamos sólo por excepción y casualidad se hallan la precisión, viveza, elegancia y buen saber de los diálogos de la comedia. El ambiente de humanidad que de ellos se desprende anima a las figuras que les hablan y da soberano interés a la fábula entre éstas forjada".¹¹⁷

En la tertulia de Pereda se leyó también otra comedia de Enrique Menéndez, llamada *La Reina de la fiesta*, que no llegó a estrenarse.

Como intermedio y antes de estrenar una nueva obra, Enrique publica en ese mismo año de 1900, en la Biblioteca Mignon, *A la sombra de un roble*. Es una colección de narraciones, a modo de "Diario" de un poeta, escrito desde una aldea-balneario, próxima a su ciudad natal. En los diversos capítulos —como dice Pereda en el prólogo— va vertiendo el autor sus pensamientos, la luz y los colores con los que se recrea en el paisaje. Le sirven de motivo para la construcción de estas páginas de prosa poética, una golondrina herida, su pájaro preferido; la noche estrellada o la descripción de una corrida de toros infantil.

Una muestra del carácter poético de la obra es la versión del poema "El mediodía", de Leconte de Lisle hecha por Enrique y publicada con anterioridad en la "Miscelánea semanal" de *El Atlántico*.¹¹⁸

Una vez más, al recibir el libro, su maestro Amós de Escalante le envía su juicio por carta: "Esto no es libro, es entraña viva de hombre, que siente y piensa, y sangraría si la hiriesen; ¡quisiera yo ver el mimo y blandura de mano y

117. Carta inédita del 10 de abril de 1900. Archivo epistolar de Enrique Menéndez.

118. Véase este poema en *El Atlántico* del 30 de mayo de 1887, y el llamado "Diálogo de las cartas" el 5 de marzo de 1888.

gesto con que le posa en su mesa la lectora después de leído, temerosa de que el choque le lastime!”.

Poco después, se refiere Escalante en esta crítica privada a la elegía de la fuente y a la corrida de toros de los niños, que describe Enrique Menéndez, de la que dice: “Y los compiladores de antologías hallarán para sus *trozos escogidos* el mejor modelo de narración en aquella corrida infantil de toros, escrita con tan maravillosa viveza y expresión”.¹¹⁹

Los dos hermanos se siguen intercambiando noticias sobre los estrenos, la salud de la madre y la del propio Marcelino, afectado ya entonces de reuma. Cuando se acercaban las vacaciones del verano Marcelino le anuncia su viaje a Santander precedido del consabido envío de libros: “Adjunto te mando el talón de ocho cajas de libros que ya deben estar ahí. Otras dos más pequeñitas irán conmigo, porque a última hora me ha enviado bastantes cosas Emilia Gayangos”.¹²⁰

Enrique, que vivía ahora con su madre, tuvo que atenderla en sus achaques cada vez más acentuados. En tanto, sigue con detalle los triunfos de su hermano en Madrid, se encarga de encuadernarle colecciones y le pide consejos sobre la manera de numerarle los libros de la Biblioteca, en la que va avanzando en su catalogación. En el verano de 1903, Marcelino pensaba ordenar su archivo catalogando sus papeles y correspondencia, para lo que le ruega que compre 30 carpetas con las letras del alfabeto.

Enrique, temiendo quedarse sólo —como así sucedió al morir su madre el 1 de septiembre de 1905— contrae matrimonio en segundas nupcias con su cuñada María Echarte el 26 de agosto de 1903.

Al año siguiente vuelve a las tablas con una nueva co-

119. Carta del 18 de diciembre de 1900. Archivo epistolar citado.

120. *Epistolario*, p. 26.

media, *Alma de mujer*, que estrena en Santander el 27 de enero, siendo acogida por sus paisanos y la prensa con todo cariño y un lleno completo del Teatro Principal. En junio es nombrado Correspondiente en Santander de la Academia de la Historia y pasa a formar parte de la Comisión de Monumentos Históricos. En este mismo año de 1904, prologa el libro *Mis flores* de Concha Espina y, entre otras publicaciones suyas, da a conocer su primera novela a la que titula *La golondrina*. El libro apareció dentro de la colección "Biblioteca Patria" en la que ganó un concurso. Era ésta una Biblioteca de claro matiz católico y en cuyo Patronato estaba el Marqués de Comillas y tenía por fines la recomendación a los lectores de libros aprobados por la censura eclesiástica. Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo, Palacio Valdés y Ricardo León, entre otros, aplaudieron este proyecto de una novelística católica. La crítica, que se movía dentro de estos mismos ambientes, acogió el libro con una alta calificación. Así, Ricardo León dijo que la obra participaba, a la vez, de la novela, del cuento y del poema y aludía en *El Cantábrico* al ambiente de tristeza de la obra, en un extenso artículo en el que ponía de relieve la sensibilidad e imaginación del autor.¹²¹ El agustino P. Graciano Martínez se refirió al libro con los calificativos desorbitados de joya artística, novela deliciosa, etc., comparándola, exageradamente en algunas escenas,¹²² con *Peñas Arriba* y *La aldea perdida*, crítica reproducida después en *El Diario Montañés*.

Con esta novela costumbrista de argumento montañés, de la que se hicieron hasta siete ediciones, obtuvo Enrique Menéndez el primer premio en el concurso, en el que figuraba de jurado su amigo José María de Pereda, que justificó su voto con estas palabras: "La creo merecedora del pre-

121. Ricardo León: "Enrique Menéndez. *La Golondrina*". *El Cantábrico*, 4 de julio de 1904, p. 1.

122. P. Graciano Martínez. *España y América*, núm. 13 del 1 de julio de 1904, pp. 321-324.

mio, por la pureza y limpidez de su lengua, la agudeza de sus conceptos, la verdad humana de sus personajes, la cristiana nobleza de su pensamiento generador y la interesante y artística sencillez de su contextura".¹²³

La Golondrina era una de tantas novelas realistas decimonónicas y si pecaba de algo era precisamente de falta de tensión argumental, ya que la vida de los personajes transcurre bucólicamente en la vieja casona montañesa de los Rudagüera, sin que apenas suceda nada trascendente de no ser la noticia de la llegada de una joven jándala de Cádiz, conocida por la "Golondrina", de la que está enamorado Pedro Rudagüera. El vuelco de un coche y la consiguiente muerte de la protagonista pone fin a la espera y comienzo del idilio, que se daba por seguro. La carencia de interés argumental no impidió que la obra fuera muy leída en su época y llegara pronto a agotarse. Enrique se lo hacía así saber a su hermano: "Mucho siento no poder complacer a Joaquina (Viluma) en su deseo de una nueva *Golondrina*, pues ni tengo ninguna, ni las hay aquí, y me parece está agotada".¹²⁴

La facilidad para publicar sus obras dentro de las colecciones de la "Biblioteca Patria" animó a Enrique Menéndez a sacar nuevos títulos. En 1905 obtiene también un primer premio su narración "Cuento de un pobre y una niña", incluido con los de otros autores en el tomo VIII de cuentos originales de la Biblioteca. Ya fuera de concurso se decidió a seleccionar una serie de narraciones publicadas anteriormente en la prensa montañesa con las que hizo el libro que tituló *Cuentos y trazos*. Vélez Albo escribió, con este motivo, una nota en *El Comercio* donde analizaba la psicología femenina que recoge "Cuento de Reyes" y llamaba madri-

123. Citado por Eduardo de Huidobro, *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo. Op. cit.*, p. 194.

124. *Epistolario*: Carta del 17 de noviembre de 1905, p. 110.

gal en prosa a "Memorias de un capullo".

Enrique sigue acudiendo a las tertulias y se traslada la organizada por Pereda al domicilio del novelista, ya que a partir de la hemiplejía que sufrió éste en 1904 le fue imposible hacer la vida habitual que acostumbraba con sus amigos. Es ahora un Pereda inmóvil, que no fuma y al que apenas se entiende cuando habla. A principios de este año de 1905 le escribe a Martín Domínguez Berrueta quejándose de la enfermedad que le postergaba desde la primavera pasada.¹²⁵ Y en términos parecidos se expresa cuando en diciembre de ese año escribe a Pérez Galdós y le dice que anda "desgobernado físicamente".¹²⁶

A primeros de marzo de 1906 fallecía el maestro Pereda. La noticia produce un gran sentimiento a Marcelino, quien se apresura a telegrafiar a la familia, y le escribe estas palabras a su hermano: "Era inminente sin duda, pero yo conservaba esperanzas de volverle a ver todavía. Dios no lo ha querido y habrá premiado sus virtudes en un mundo mejor y con gloria más sólida e inmortal que la que los hombres podíamos darle".¹²⁷

A su vez Enrique le transmite también por carta su pesar por la muerte del novelista de Polanco: "Figúrate la que también tendría, y tengo yo, con tantos años de trato diario y tantos estímulos y favores como le debí en mis ensayos literarios".¹²⁸

Con la muerte de Pereda desaparecía el escritor de mayor relieve de la literatura local. Para entonces le habían precedido algunos de sus amigos y compañeros de tertulia como Amós de Escalante, Juan Alonso, Pérez del Camino,

125. Colección en Biblioteca Municipal. Fondo Federico de Vial.

126. Soledad Ortega: *Cartas a Galdós*, p. 205.

127. *Epistolario*. Carta del 4 de marzo de 1906, p. 116.

128. *Ibidem*. Carta de Enrique del 11 de marzo de 1906. *Op. cit.*, p. 117.

Agabio Escalante, Santa Cruz, Francisco Mazón, etc. Poco antes también otras dos figuras prestigiosas de Cantabria, Jesús de Monasterio y Augusto González de Linares, habían muerto.

No pasaría mucho tiempo hasta aquel día 19 de mayo de 1912 en que daría a conocerse la noticia de la muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, el hombre más prestigioso de aquel llamado Siglo de Oro santanderino.

Dentro de los actos y veladas necrológicas que se organizaron en memoria de Pereda, *El Diario Montañés* preparó, con el mayor cuidado, un número extraordinario dedicado al autor de *Sotileza*. Enrique se lo hace así saber a su hermano: "Estoy engolfado en la confección de un número extraordinario, o mejor, de un folleto, que va a publicar *El Diario Montañés*, escrito exclusivamente por "Pedro Sánchez", Alfonso Huidobro, *Oremus* y yo, el cual en vez de ser, como de costumbre, una colección de gemebundos firmados por Fulano y Mengano, será una detalladísima biografía de Pereda, que pueda aprovechar quien en lo futuro emprenda su estudio definitivo".¹²⁹

En mayo salió la citada biografía de Pereda y nada más recibirla Marcelino Menéndez se apresura a dar la opinión a su hermano sobre esta interesante publicación periodística "llena de datos curiosos e íntimos, que pasado algún tiempo hubiera sido difícil o imposible reunir".¹³⁰

No sería ésta la única felicitación que recibiría Enrique por su colaboración en este extraordinario de *El Diario Montañés*. En esos días recibe también carta de Ricardo León, quien le dice al respecto.

"Cabalmente pensaba escribir a algún amigo de Santander para que me enviase esos que Vds. llaman modestamen-

129. *Ibidem*, p. 117. Carta de Enrique del 11 de marzo de 1906, p. 117.

130. *Ibidem*, p. 125.

te apuntes y que son una biografía completa, muy exacta, muy hermosa, tal como escrita por quienes tan bien amaron y comprendieron al maestro. Con cariñosa solicitud se adelantó Vd. a realizar mi deseo obsequiándome con cosa tan de mi gusto.

¡Cómo *sale* la figura incomparable de Pereda, semejante a un retrato del Greco, leyendo estas interesantes y castizas páginas! Como oro en paño las guardo junto al álbum de Cantabria y junto a los libros de Escalante que pude hallar, las novelas de Pereda, la Golondrina de Vd., las tablas de Salces, las artísticas fotografías que me regaló Dosal y otras reliquias y cosas montañesas que tengo en mi nuevo despacho y que espero aún montar, si Dios me da salud y mis amigos de *allá* no me olvidan.

Ahora voy comprendiendo mejor lo bien “que me ha sentado” en el espíritu esa larga estada en Santander; esos cinco años me han servido mejor que toda una vida de mariposeo por estas latitudes (se refiere a Málaga). Creo que a todos los meridionales viene de perlas una inmersión en el Norte, para quitarles la pereza y el sueño y abrirles los ojos y enseñarles a cultivar su vida interior. Perpetuamente quedará en mi alma la huella profunda que dejó ese país y siempre recordaré esa etapa de mi vida como una de las más felices y más fértiles.

Sobre todo, amigos como los que ahí he dejado, no he de volver a tenerlos jamás”.¹³¹

A los 46 años Enrique empieza a dar muestras de los primeros trastornos de la vista que terminarían produciéndole la ceguera. Con este motivo decide trasladarse a Madrid, en abril de 1907, no sin antes comunicarle a su hermano que la casa y sobre todo la Biblioteca será vigilada día y noche para que no falte ningún libro. Pocos días antes ha-

¹³¹. Carta sin fecha, escrita con el membrete del Círculo Mercantil de Málaga. Archivo de Enrique Menéndez. (Inédita).

bía publicado un *Vía-Crucis*, en forma de folleto, aparecido anteriormente en abril de 1905 en *El Diario Montañés*.

En 1908 la "Biblioteca Patria" le concede otro primer premio por su novela *El idilio de Robleda*. Su amigo José Antonio Lomba y Pedraja le acusa recibo de la novela y le envía su opinión, rica en socarronería montañesa, cuando le pone algunos reparos —pese a ser una obra delicada de poeta lírico—, como el no creer en la aristocracia de la sangre campesina y no creer tampoco en rústicos dignos y puntillosos como el tío Lope. En aldeanas puras y enamoradas sí cree, con tal de que no sean desinteresadas. Le habla de la poesía que corre por el *Idilio* y le recuerda los mejores trozos de la novela. Y termina diciéndole: "Pero muchos se asombrarán de que así case V. con aldeanillas a los vástagos de las familias distinguidas de la Montaña, como una cosa fácil y natural".¹³²

Lomba, que conocía bien el medio rural, de donde procedía, estaba más al día de la realidad social, separadora de clases, que de las buenas intenciones soñadoras de Enrique, que había tornado la unión de los personajes de *Blasones y Talegas* que escribiera Pereda en 1871.

Dejando aparte su obra menor, no vuelve a aparecer un libro suyo hasta que publica en 1910 *Interiores*, dedicado a José María Quintanilla, "Pedro Sánchez". Se trata de cuadros literarios con abundantes datos autobiográficos, publicados en su mayor parte en *El Diario Montañés* entre 1903 y 1908, con los que preparó este libro, de cuyo autor dijo A. Busquets, en *El Norte*, que era un orfebre del estilo. A partir de ahora el poeta utilizará su amplia y dispersa producción literaria para dejarla recopilada en futuros libros. Sin embargo, siente de nuevo la tentación del teatro y en

132. Carta del 12 de septiembre de 1908. Archivo epistolar de Enrique Menéndez. (Inédita). Véase también el juicio de Lomba sobre este libro en *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 3, julio-septiembre 1922, pp. 204-205.

1911 estrena en Santander *Del mismo tronco*, comedia en dos actos, que luego se representaría también en Madrid y Valladolid.

Con este motivo sus amigos le ofrecieron un banquete de homenaje en el Restaurante Cantábrico, en el que hablaron Eusebio Sierra, Fernández Llera y "Pick".¹³³ Enrique se lo contaba luego así a su hermano: "Hubo mucho entusiasmo, y yo estoy un poco asombrado de todo esto, pues no creí, la verdad, que el éxito de la comedia pasara de un *succes d'estime*. Más ya no puedo dudar, desde que se estrenó, de que ha gustado de verdad. Todo el mundo pregunta por qué no la he estrenado en Madrid y por qué no la llevo allá ahora: ignoran lo difícil que es conseguir que ahí hagan nada que vaya *de provincias*, ni que lo lean siquiera".¹³⁴ Pero la comedia sí se leyó y fueron los Quintero los que se la recomendaron a Joaquina Pino, quien la representó en el Lara en su beneficio.

La crítica fue muy desigual, según la filiación del periódico, pero sin descartar los valores de la comedia, no acabó de darle el espaldarazo definitivo como autor teatral. Así, *El Liberal* (23-IV-1911), decía: "La obra del Sr. Menéndez Pelayo está muy bien hablada, y el asunto, si no de gran trascendencia, por tratarse de un conflicto de poca importancia, que se desarrolla en el interior de un hogar afable y cristiano, donde todos los que allí viven, por las bondades que atesoran en su corazón, podrían ser canonizados sin formación de expediente, tiene el suficiente interés y está desarrollado con tan singular acierto para que al concluir la obra el público benévolo aplauda de muy buena gana".¹³⁵ *La Prensa* la titula de "comedia honrada, decente, limpia de

133. "Triunfo de Enrique Menéndez". *Revista Cántabra* del 11 de marzo de 1911, pp. 2-3.

134. *Epistolario*. Carta del 8 de marzo de 1911, p. 214. El banquete tuvo lugar el 5 de marzo.

135. *El Liberal*, 23 de abril de 1911, p. 2.

toda fase pecaminosa, pero no exhausta de ingenio y bien escrita".¹³⁶ A su vez, *El País* la calificó de filiación conservadora, en la crítica más dura, firmada por José Alsina. En general, todos aplaudieron el buen estilo, pero la obra parece que no convenció mucho e incluso *ABC*¹³⁷ anotaba que el autor haría "seguramente para el teatro cosa de más valía".

Cuando el teatro de su tiempo entraba por caminos renovadores y llevaba al tablado problemas sociales, comedias de costumbres y de sátiras sociales, algunas con argumentos conflictivos para el público, no podía tener en Madrid otro tratamiento la obra de Enrique Menéndez, de carácter moralizador y con una disyunción maniquea en los personajes, al estilo de Pereda, para terminar triunfando los buenos.

El Diario Regional en Valladolid (3-V-1911) y la prensa de Santander (*Revista Cántabra*, 4-V-1911, pp. 9-10) cumplieron al autor montañés con una buena crítica e incluso la citada revista publicó la comedia.

Al morir dejó Enrique otras piezas de teatro que permanecen inéditas, como *Los albaricoques* (Entrénés); *Un buen partido*, monólogo escrito para el primer actor Rafael Ramírez; *La criada vieja*, comedia en un acto y tres cuadros, cuya acción se desarrolla en una aldea montañesa; *La sobrina del rector*, comedia de estudiantes en dos actos y en prosa; la comedia *Don Paco* y la titulada *La reina de la fiesta*, etc., así como la zarzuela, original y en verso, *Mundo, amor y vanidad*. Sólo se atrevió a publicar Enrique en 1914 la comedia en un acto, *Rayo de luna*, estrenada en el Teatro Principal de Santander el día 9 de febrero de 1905 y representada de nuevo con motivo del festival patriótico a beneficio de los muertos y heridos de la campaña de Melilla (20 de abril de 1912), en el Teatro Principal.

No pudo cumplir, a causa de su falta de salud, el com-

136. *La Prensa*, 24 de abril de 1911.

137. *ABC*, 23 de abril de 1911, p. 12.

promiso de escribir una novela de unas 480 páginas encargada por Montaner y Simón y que debía haber figurado en la colección "Biblioteca Universal Ilustrada".¹³⁸

Su último libro importante fue *Cancionero de la vida quieta*, cuyo título iba bien a su tipología sentimental y pacífica.

Crepúsculo de unas vidas

La última distinción importante de Enrique concedida como merecimiento a su dedicación literaria fue su nombramiento como Académico Correspondiente, en Santander, por la Real Academia Española.

Sus últimos años estuvieron dedicados, como hemos dicho, a cuidar y catalogar la Biblioteca de su hermano, quien daba ya muestras por entonces de los primeros síntomas de su enfermedad, que intentó curar con tratamientos hidroterápicos y los medicamentos en boga para sus dolencias digestivas y reumáticas: peptona de carne, termosalina, yoduro potásico, salicilatos, etc.

Sus amigos médicos y, sobre todo, su hermano Enrique se preocuparon más de su salud que él mismo. La vida que hacía sólo en Madrid, su asistencia frecuente a banquetes e invitaciones de amigos y compañeros influyó en que cometiera excesos en el comer y el beber o, al menos, en que su régimen alimentario no fuera el más adecuado a su estado de salud. Pero la máxima gravedad se presentó con una ascitis, consecuencia seguramente de la cirrosis, que suponemos se encerraba en el síndrome gastro-hepático que le diagnosticó el Dr. Simón Hergueta, confirmada después por otros médicos que le asistieron. El 26 de octubre de 1911 se lo hace saber así a su hermano: "El estado general es bueno, la tripa no se ha llenado ni lleva camino de llenarse. La secreción diurética es cada vez más abundante y franca, de modo

138. Vid. cartas de la Editorial de marzo y septiembre de 1909

que acaso podremos evitarnos por ahora la molestia de una nueva punzada".¹³⁹

El Marcelino Menéndez Pelayo de los últimos años es ya un espectro del que recuerdan sus amigos pocos años antes. Su deseo era jubilarse y venir a Santander para dedicarse únicamente a completar el programa de su obra inacabada.

El día 8 de diciembre de 1911, en una fría mañana madrileña, realizaba su último viaje a Santander y sólo cuatro personas acuden a despedirle: el fiel Bonilla San Martín, su editor Graiño, el cervantista Givanell y el crítico González de Amezúa. Simbólicamente y por lo que representaban eran bastantes, pero ¿dónde estaba el resto?. Fechas antes de su muerte, Lomba y Pedraja, al ver su aspecto, escribiría: "Es la pavesa de Marcelino".¹⁴⁰ Convertido prácticamente en un anciano, demacrado por la enfermedad, pálido y taciturno, cuando no irritable, rebelde con los médicos y apoyado en un bastón, no deja ya dudas a nadie sobre su próximo fin, que procura ocultar, por si alguno poco caritativo le cree peor de lo que está. Pocos días antes se le presenta como complicación una afonía.

El único régimen que sigue a gusto es el de su disciplina intelectual que le hace trabajar afanosamente.

La prensa de Santander no deja traslucir su gravedad. A primeros de marzo de 1912 guarda cama varios días y *El Cantábrico* publica una nota diciendo: "Menéndez Pelayo, aliviado". Sin embargo, el sabio erudito, el más formidable y genuino intelectual de su tiempo estaba gravísimo.

Enrique se ve obligado entonces a comunicárselo a su hermana. Los tres hermanos, aunque distantes, habían permanecido siempre unidos. María Jesús le escribe en seguida desde el convento de la Enseñanza y percatada del próximo fin de Marcelino, le ruega a Enrique que le insinúen, con la

139. *Epistolario...*, p. 226.

140. Carta a Antonio Rubio del 2 de marzo de 1912.

discreción debida, que debe recibir los Santos Sacramentos. Para su hermana monja en esos momentos lo que más le preocupa es que su hermano confiese y comulgue e insiste a todo lo largo de la carta en este punto.¹⁴¹ Le adjunta la reliquia de una santa, remitida por las monjas, que estaba haciendo muchos milagros en favor de los enfermos. Y le recomienda como confesor al P. Zugarte. Pero sería el párroco, don Agapito Aguirre, quien le administraría la comunión el día 14 y el 18 don Román Orive le ofrece los últimos auxilios espirituales, no pudiendo recibir el Viático a consecuencia de los vómitos. Ese día por la noche su extrema gravedad hace prever a los familiares un fatal desenlace. Recibe la Extrema Unción y sufre un colapso a las cinco de la madrugada. Pocos días antes había pronunciado la frase que figura escrita en el monumento funerario que conserva sus restos en la Catedral de Santander: “¡Qué lástima morir, con lo que tengo que leer”.

Al día siguiente, a las dos de la tarde, pierde el conocimiento y entra en estado preagónico que concluye con la muerte a las seis y media. Moría en un día triste para Santander, en que se cumplían los emotivos versos escritos en su juventud:

“Ni ingenio ni saber en mi premiaste;
Sólo el intenso amor irresistible,
Que hacia las letras dirigió mis años,
Y aquél amor más íntimo y potente
A mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,
Sonando, cual arrullo en mis oídos,
Lento el rumor de su arenosa playa”.¹⁴²

141. Carta sin fecha que calculamos debió ser escrita en abril de 1912. Archivo de Enrique Menéndez. Publicada en el apéndice.

La muerte de Marcelino dejó consternado a Enrique. El cumplimiento del legado de su hermano y la custodia de su Biblioteca se convierten, a partir de ahora, en su mayor preocupación. En consecuencia, el 29 de mayo envía al Ayuntamiento de Santander copia de la parte del testamento que hacía referencia al legado a la ciudad de la Biblioteca, a la vez que agradecía en emocionadas palabras el comportamiento de Santander y de las autoridades en el entierro y honras fúnebres de su hermano. Sus colaboraciones se limitan a poner algún prólogo, como hizo con el de *Brumas cántabras* (1913), libro póstumo de José María de Aguirre o publica poesía religiosa. Posiblemente, su última participación en un acto público fue el 26 de junio de 1917 en la velada organizada en la Biblioteca Nacional, con motivo de la inauguración de la estatua de Marcelino Menéndez Pelayo, en la que su amigo el Dr. Ortiz de la Torre leyó el entrañable discurso de Enrique. Al año siguiente, al crearse por Miguel Artigas la Sociedad Menéndez Pelayo es nombrado Presidente Honorario de la misma.

María, su mujer, le presta sus cuidados y hace de lazarillo suyo cuando asiste alguna que otra vez a la tertulia del "conventículo" que se reúne en la Biblioteca. Francisco Cubría le describe en su época en estos términos: "Recuerdo de Enrique Menéndez su porte arrogante, más —ya quizá que por su físico, bastante caduco en sus últimos años— por la tendencia de su ceguera a sostenerle erguido".¹⁴²

Uno de sus corresponsales en estos últimos años es su gran amigo Ricardo León, quien se dirige a él llamándole maestro y le comunica en las cartas su nostalgia de la tierra

142. Vid. los últimos versos de "Cartas a mis amigos de Santander".

143. Francisco Cubría: Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander el 9 de diciembre de 1961. Copia mecanográfica en el Fondo Eduardo de la Pedraja. Ms. 1472,

cántabra en la que despertó su vocación literaria, teniendo como grandes modelos las figuras de Menéndez Pelayo, Pareda, Galdós y Amós de Escalante. Así le dice en 1918 haber comprado la casa de los Velarde en Santillana a la que se propone ir con frecuencia. "Montañés por vieja y cordial afición, vecino ya de Santillana, excuso decir a V. cuántas ocasiones habré de tornar al trato dulcísimo y deseable compañía de mis amigos de Santander, entre los cuales V. fue siempre el más amado".¹⁴⁴

Al año siguiente le promete Ricardo León enviarle alguna colaboración para el Boletín de la Biblioteca y le pregunta por el proyecto de transformar en novela la comedia titulada *La criada vieja*, para incorporarla al libro *Cuentos que pasan en casonas montañesas*. En esos años Ricardo León, metido en empresas editoras, le habla de su idea de sugerir la edición de las obras completas de Enrique Menéndez y de Amós de Escalante. El 15 de enero de 1920 le pide el primer tomo para editar *Cuentos que pasan en casonas montañesas* y de su propósito de preparar un *Manual de Literatura Española* sacado de las obras de don Marcelino. Ese mismo verano, en que veraneaba en Selaya, le comenta su proyecto de terminar allí una novela en ciernes. En diciembre Ricardo León vuelve a escribir y le pide un prólogo para poner al frente del libro de Amós de Escalante, *En la playa*, y le dice: "Vendría muy al caso la semblanza bellísima que publicó Vd. en el tomo de Cantabria, con alguna supresión y añadiduras que lo pusieran a compás de este nuevo tiempo".¹⁴⁵

Este sería, en efecto, su último libro. Como si presintie-

144. Carta desde Málaga, del 6 de octubre de 1918. Archivo epistolar de Enrique Menéndez. Archivo Bibl. Menéndez Pelayo.

145. Vid. las cartas de Ricardo León del 20 de febrero de 1919, 15 de enero de 1920, 31 de julio y 20 de diciembre de 1920. Archivo epistolar de Enrique Menéndez. (Inéditas)

ra la muerte, Enrique prepara las que deseaba fueran sus obras completas, en nueve tomos, en las que pensaba incluir poesía, teatro, novela y narrativa.

Enfermo de carcinoma de intestino, que le diagnosticaron los doctores Ballesteros y Morales, confirmado por Ortiz de la Torre, fallecía cristianamente el 22 de agosto de 1921.

Su viuda recibió el testimonio de condolencia y afecto de su Majestad Alfonso XIII y el Ayuntamiento le transmitía también, a los pocos días, su sentimiento por la muerte de su marido y el acuerdo de colocar un retrato del insigne poeta en el salón de lecturas de la Biblioteca Municipal.

Sus muchos amigos, después de su muerte, dedicieron publicar en 1922, en edición póstuma y reducida, las *Memorias* inconclusas de este poeta de Cantabria. Ahora se reeditan como homenaje, cumplido, en demasía, el centenario de su nacimiento que, por cierto, como a hombre al que no le sucedió nada, pasó completamente desapercibido en su tierra natal.

APENDICES

I

Casa de Nuestra Señora
Santander

Queridos hermanos María y Enrique: unida a vosotros más que nunca en estos momentos de prueba, pienso sin cesar en lo mucho que estaréis sufriendo y en la situación de nuestro pobre hermano; no sé ningún detalle desde anteayer que estuvo Eumenia y aunque confío en el Señor que no esté peor, comprendo perfectamente que su estado es grave y temo mucho que vuestro mismo cariño os impida ver con claridad la proximidad de un peligro que nuestro corazón quisiera no sentir; por esto mi preocupación constante es deciros que desde que supe la gravedad de la enfermedad de nuestro hermano, deseo le insinuéis, con la discreción debida, pero con eficacia que debe recibir los Stos. Sacramentos; y no es, hermanos míos, que yo dude de vuestra piedad y solicitud por el bien de nuestro hermano no, nada de eso, es que comprendo que es difícil en estos casos conservar la serenidad de espíritu que se necesita para sobreponerse a los sentimientos de nuestro corazón y pensar ante todo en el bien del alma; y así yo os suplico que para la tranquilidad de todos y mayor consuelo del pobre enfermo sigáis mi consejo, considerad que es este asunto el más trascendental que puede haber en la vida y que pudiendo, no debe esperarse a hacerlo de prisa y corriendo cuando la necesidad apremia tanto que apenas hay tiempo para ello.

Es un error bastante común el esperar a que haya peligro próximo de muerte para recibir los Stos. Sacramentos con lo cual se priva al enfermo de grandísimo mérito y se le hace mucho más penoso y difícil un acto que tanto ha de contribuir a su consuelo y quizá, como ha sucedido muchas veces, a la salud corporal.

Perdonadme, hermanos míos, creo que estoy ya pesada con estas reflexiones que quizá vosotros hacéis también como yo; pero esto consiste en que os quiero mucho, pienso mucho en vosotros y en el pobre Marcelino, decidle que pido mucho por él y lo mismo mi Rda. M^e Priora y toda la Comunidad que se interesan vivamente por su salud; que tenga mucha confianza en la protección de la Virgen Sma., de Nra. B la M^e Fundadora y de la amable santita de quién le hemos enviado la reliquia, que está haciendo muchos milagros, sobre todo en favor de los enfermos que la invocan.

Por fin os quiero decir, que me ha ocurrido la idea de que quizá fuera muy a propósito para confesar y consolar a nuestro pobre hermano, el P. Zugarte a quien creo ya conocéis, que además de su mucho celo y discreción es muy afable en su trato y aprecia muchísimo a Marcelino hablando siempre de él con gran entusiasmo, creo habían de entenderse bien; en fin vosotros veréis la mejor manera de arreglarlo yo sólo deseo vuestro bien y el mayor consuelo de nuestro querido hermano.

Queda rogando por vosotros vuestra hermana que tanto os quiere

M.^a Jesús, hija de N^o Sr.

II

*En el Círculo**

*¿Qué tienen ellas de prosa
para que en prosa se digan
de sus múltiples encantos
las múltiples maravillas,
las lumbres de su mirada,
la gloria de su sonrisa
(primor de sus arreos
sus flores y sus cintas?
El ser esto harta tarea
para quien está de prisa,
no del romance me excusa
ni de hablar en lengua digna.
Vayan versos aunque malos
y consuele vuestras vías
pensar que también lo fuera
la prosa, a más de lo antigua.*

* En la copia de este romance, existente en la Biblioteca Municipal, fue añadiendo al margen Federico de Vial los nombres de las bellezas de su tiempo a las que aludía en el poema Enrique Menéndez y que eran:

- 1.- Dolores Trueba
- 2.- Leonor Pérez de la Riva
- 3.- Rosario Inzaisti
- 4.- Rosario Tagle
- 5.- María Barreda
- 6.- María Vial
- 7.- Las hermanas Madrazo
- 8.- Inés Villatorre
- 9.- Luz Colina
- 10.- Paz Polanco

(Nota del colector).

*Más ¿quién cuenta en una hora
hora tan intempestiva,
sintiendo el sueño cual ronda
mi mente casi dormida,
de la memorable fiesta
la brillantez inaudita;
lo que los hombres contaban
lo que las damas vestían;
lo que en los bellos salones
perfumaba, ornaba, ardía;
luces que la noche niegan,
espejos que las duplican;
flores que en jardín convierten
lo que fue fábrica fría
miradores en macizos
y estufas en canastillos?
¿Quién el número detalla
de las que honor y delicia
daban al Círculo, fénix
nacido de sus cenizas?
Recordaréis que este Círculo
fue alzado sobre las ruinas
del otro, que se quemó
cuando yo estudiaba Física).
Baste a ese intento tan solo,
sin aventurame en cifras,
advertir que no había palmo
de suelo sin su alegría,
¿Quién ahora las detiene
y sus gracias analiza,
para no lograr al cabo
en letras reproducirlas?
Por mi inflamada memoria
cierto que aun pasan y giran;
más buenas para soñadas,*

no lo son para descritas.
 ¿Cómo a quién no te conozca
 tus encantos se le explican,
 Dolores de tantos sanos,¹
 tantas buenas envidias?
 ¿Dónde busco yo a los ojos
 de esa otra gallarda niña,
 - montañesa todo el año
 más santanderina a días--
 imagen que los recuerde,
 concepto que se los diga
 a quien de no haberlos visto
 haya la mala desdicha?
 Ni en la noche de mis penas
 ni en el color de la endrina,
 para ponderar su negro
 hallar negruras podría...
 Mas al detener en una
 el pensamiento y la vista,
 otra viene y los reclama,
 pasa otra y me los quita.
 Alla va gallarda muestra
 de la sal de Andalucía--²
 al menudísimo paso
 de sus pies de reina china,
 la que no ha de ser, de fijo,
 en Jerez mejor querida
 que lo fuera en la Montaña
 que ya la llama su hija.
 Encanto no hay que le falte,
 y en donde aparece brilla
 a más de bella, ingeniosa,
 devota además de linda.
 Tan devota que aún en baile
 al brazo enlaza solícita

dos bellísimos rosarios³
con quienes reza o platica
de los que uno fue bendito
de Bilbao no se en qué ermita,
y otro del marqués poeta⁴
en la blasonada villa.
La cual nuevo testimonio
la de su alcurmia y valía
en otra noble doncella⁵
para esta fiesta venida:
niña en la flor de sus años,
ya en cortesanas vigiliass
lucen donaires de hermosa
entre agudezas de artista
galas que la altiva corte
a nuestras playas envía
para decoro y adorno
de nuestras fiestas estivas,
aquí se acercan ahora
las dos leales amigas
que de dos ilustres vates
con los nombres se apellidan;
a los cuales honra y gloria
de la patria, no impedía
versificar galanteos
el hábito que vestían.
¡Bienvenida la elegante,
la dulce, la hermosa niña⁶
que por vez primera, oh gozo,
la adornada sala pisa.
A dos pasos de la suya,
no más lejos la tenía;
con que a cada nuevo baile

*"viene de fijo" decían.
Venga, pues, ya que también
de este balcón se divisa
ese mar de sus amores
adonde sus ansias miran...
La del triste nombre luego,
y la hechicera sonrisa,
crenchas de oro por corona
y ojos azules por guía;
conversación obligada
entre cuantos hoy platican
de europeas novedades
en la corte de la China
que de las bellas ha sabido
por las cartas dirigidas
al reino de porcelana
y en el Gran Hotel escritas.
Las dos graciosas hermanas,⁷
la gala santanderina,
esperada tantas veces,
tan pocas veces venidas,
y en cuyos rostros nevados
late tan honda poesía
que ni su propio tocayo,
honra del pincel, las pinta,
cogidas del brazo pasan
a su gallarda vecina,
novedad en estas fiestas
y en todas partes delicia...
Insuperable tarea
la de la entera revista,
que las descubriera a todas
como deben ser descritas,
la moradora en palacio,⁸
a quien en su huerto avisa*

*una palma solitaria
de penas allí prendidas.
La luz de un hermoso valle,⁹
que tantos ojos anima;
la paz de una antigua casa¹⁰
templo de preciosas niñas.
Las cien bellas forasteras
huéspedes de sólo un día
en la playa, en la memoria
de todo el año inquilinas.
Y las elegantes damas
con lujo y fausto prendidas
que a las doncellas la moda
ni los usos autorizan...
Todo, en fin, hay que dejarlo
para que el lector lo finja
con memorias que él conserve
de funciones parecidas.
Reflexione, sin embargo,
que en estas humanas lizas
del progreso, quien avanza
más lejos es la cocina;
sepa que de tales hechos
dio ayer sabrosa noticia
la que sus hornos enciende
del salón de baile encima...
Sepa, en fin, que fue la fiesta
de quienes la honraron digna;
y que no hubo en el programa
más tacha que la revista*

1887

Enrique Menéndez Pelayo

BIBLIOGRAFIA DE ENRIQUE MENENDEZ

BIBLIOGRAFIA SOBRE ENRIQUE MENENDEZ

Poesías (Santander, Impr. y Lit. de *El Atlántico*, 1886). 17x11.— 151 págs. más 1 en blanco y tres de índice.

Desde mi huerto (Santander, Impr. y Lit. de *El Atlántico*, 1890). 17x11.— 138 págs. más 2 hojas para el índice.

Romancero de una aldeana (Santander, Impr. de L. Blanchard, 1892). 17x11.— 87 págs. más 1 de índice.

Las noblezas de don Juan (Madrid, Tip. Vda. e Hijos de M. Tello, 1900). 20x13.— 56 págs.

A la sombra de un roble. Prólogo de José María de Pereda. Ilustraciones de P. Carcedo. Biblioteca Mignon. (Madrid, B. Rodríguez Serra, 1900). 13x7.— 95 págs.

Alma de mujer (Santander, Impr. Blanchard y Arce, 1904). 20x13.— 53 págs.

La Golondrina (Madrid, Biblioteca "Patria", 1904). 17x11.— 136 págs. la segunda edición.

Cuentos y Trazos (Madrid, t. 11 de la Biblioteca "Patria", S.A.). (1905). 17x11.— 130 págs. más 1 de índice.

Vía-Crucis nuevo (Santander, Impr. "La Propaganda Católica", 1907). 11x8.— 17 págs. ns. más 3 sin n.

El idilio de Robleda (Madrid, t. 47 de la Biblioteca "Patria", S.A. 17x11.— 146 págs. (1908).

Interiores (Madrid, t. 72 de la Biblioteca "Patria", S.A., 1910). 17x11.— 144 págs. ns. más 1 de índice, sin n.

Del mismo tronco. *Revista Cantabria* del 25 de marzo de 1911, 20 págs. 30x22.

Rayo de luna (Santander, Impr. La Propaganda Católica, 1914). 20x14.— 16 págs. ns. más 1 hoja en blanco.

Cancionero de la vida quieta (Madrid, Renacimiento, 1915). 18x12.— 180 págs. más 2 de índice.

Memorias de uno a quien no sucedió nada (Madrid, Voluntad, 1922). Obra póstuma.

En colaboración

Juegos Florales (Santander, Excmo. Ayuntamiento, Impr. F. Fons, 1888). Vid. "Noche de estío", págs. 21 a 27 y "A un árbol", págs. 83 a 88.

De Cantabria (Santander, Impr. *El Atlántico*, 1890). Vid. "A un árbol", págs. 141-2 y las semblanzas de Amos de Escalante, Tomás Campuzano, Adolfo de la Fuente, José María de Pereda, Fernando Pérez del Camino y Angel de los

Ríos en las págs. 15, 38, 67, 113 y 129, respectivamente.

Patria (Santander, Impr. de Blanchard y Arce, 1898). Vid. "En marcha" en la p. 9.

Homenaje de amor en honor de la Inmaculada Concepción en el 50.º aniversario de su definición dogmática (1854-1904), (Santander, Impr. La Propaganda Católica, 1904). Vid. "Romance", págs. 45-6.

Selectos. Cuentos originales (Madrid, t. 8 de la Biblioteca "Patria", S.A.). Vid. "Cuento de un pobre y una niña", págs. 5-28.

Apuntes para una biografía de Pereda. El Diario Montañés, mayo de 1906, 40 págs. Enrique Menéndez escribió los siguientes artículos: Físico de Pereda.— Carácter de Pereda.— Gustos y costumbres de Pereda.— Retratistas de Pereda.— Intérpretes de Pereda.— Los "talleres" de Pereda.— Las tertulias de Pereda.

Concurso infantil. Revista Cántabra (Santander, 1910) 92 págs. Vid. "De cómo Pablito no se desayunó hasta muy tarde, y por qué", págs. 8-9.

Reseña y discursos de la solemne velada con que el día 26 de junio de 1917 se inauguró en la Biblioteca Nacional la estatua de Don Marcelino Menéndez y Pelayo (Madrid, "El Universo", 1917). Vid. el discurso de Enrique Menéndez en las págs. 57-60.

Prologos

Mis Flores, de Concha Espina de la Serna (Valladolid, Tip. de La Libertad, 1904). Vid. "A quien leyere", págs. 5-11.

Amigo de Dios... de Evaristo Rodríguez de Bedia (Santander, Impr. "La Propaganda Católica", 1907). Vid. "Pocas palabras", págs. III-VII.

Brumas Cántabras, de José María de Aguirre y Escalante (Barcelona, Tip. El Siglo XX, S.A.). Vid. págs. 3-9.

En la playa, de Amós de Escalante (Madrid, Gil Blas/Renacimiento, 1920). Vid. Semblanza en las págs. 5-10.

Artículos en la prensa

Eduardo de Huidobro: "Bibliografía de Enrique Menéndez". *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, núm. 4, julio-agosto, 1921. Vid. "Escritos desperdigados", pp. 199-213.

Artículos en la prensa montañesa de don Enrique Menéndez Pelayo. Dos tomos con recortes de la prensa montañesa (1886-1908). Colección de Federico Vial. Ms. 1441.

Epistolarios

Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo. Prólogo e índice de Enrique Sánchez Reyes. (Santander, C.S.I.C./Sociedad Menéndez Pelayo, 1954).

Borradores de cartas y escritos, autógrafos de don Enrique Menéndez Pelayo. Colección de F. Vial. Ms. 1405.

Cartas recibidas por Enrique Menéndez Pelayo. Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Autógrafos

A la sombra de un roble. Colección E. de la Pedraja, ms. 77. 174x241 mm. Caja de la escritura, 145x225 mm.

La Golondrina. Colección de Federico Vial. Ms. 722. 2 hojas más 168 folios manuscritos; 155x217 mm. Caja de la escritura 130x198 mm. Lleva esta dedicatoria: "A su querido amigo Federico Vial ofrece estas cuartillas a las que sólo su cariñoso afecto puede dar mérito". Enrique Menéndez. Santander, julio de 1904.

Copias manuscritas

Poesías de Enrique Menéndez Pelayo, 1892. Colección de F. de Vial, ms. 516.

Varios, de Enrique Menéndez Pelayo. Colección de la Biblioteca de F. de Vial, Ms. 515.